



Universidad Nacional Autónoma De México
Facultad de Estudios Superiores–Iztacala
Carrera de Psicología

“La Construcción Psicológica y Social de la Maternidad”

Tesis para obtener el grado de Licenciado en Psicología que presenta:
Ana María Cuevas Calonge

Comisión Dictaminadora:

Dra. Patricia Ortega Silva.

Dra. Alejandra Salguero Velázquez.

Lic. Adriana Gpe. Reyes Luna.



Tlalnepantla, Edo. de México. Febrero de 2004.

AGRADECIMIENTOS



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la Dra. Patricia Ortega Silva, agradezco su tiempo, paciencia, ayuda y sus invaluable sugerencias y comentarios. Lo mismo que el aceptar y apoyar el proyecto durante su desarrollo.

A la Dra. Alejandra Salguero Velásquez por su cuidadosa revisión, sus atinadas sugerencias y su infatigable compromiso con la calidad del trabajo. Gracias.

A la Lic. Adriana Gpe. Reyes Luna, agradezco su colaboración y valiosas aportaciones.

A la Dra. Laura Evelia Torres agradezco su confianza y el haber creído en el proyecto, impulsando su inicio y cuidando su desarrollo dejándolo en manos de la mejor asesora y las mejores dictaminadoras.

Al Dr. Demetrio Demerutis Colín, por la confianza, el apoyo en la logística, el patrocinio y el impulso continuo.

A Anabelle y Daniela Demerutis Cuevas, por el apoyo en todo lo relativo a la computadora: imprimir, editar, escanear, guardar, etc. Sin su valiosa ayuda y tiempo, este trabajo no podría haberse llevado a cabo.

DEDICATORIAS

Dedico este trabajo a Anabelle y Daniela. Por ustedes fui y soy madre y esto me cambió la vida. Este trabajo es una forma de decirles, que nunca es tarde, que hay que terminar lo que empezamos. Las quiero con toda el alma, he querido formarlas siendo un modelo de mujer fuerte, emprendedora, constante. Deseo para ustedes

lo mejor, sé que habrán de lograrlo pues tienen todo para hacerlo. Algún día serán esposas y madres, pero no dejen de ser personas y nunca abandonen sus sueños.

También al Dr. Demetrio Demerutis Colín, esposo, novio, mejor amigo, gracias por ser mi cómplice y estar conmigo en las buenas y las malas desde hace ya un buen rato.

Dedico este trabajo a mis padres: Guillermo y Ana María. Me dieron la vida y creyeron en mí. Probablemente pensaron que este momento nunca llegaría, pero ya estamos aquí. Gracias por todo.

Al Dr. Javier Velasco y al Dr. Leonardo Lee por ser maestros, terapeutas, amigos y hoy por fin, oficialmente colegas.

A los entrañables amigos y confidentes, con quienes comparto la vida y a través de esto la enriquecemos; a Yolanda, Alicia, Víctor, Olga.

A mis hermanos: Carlos y Memo, a mis sobrinos Yaya y Aztlan.

Por último, dedico este trabajo a todas las mujeres, de esta y todas las épocas; de esta y todas las culturas. Para que entiendan que hacemos las cosas lo mejor que podemos, de acuerdo a la manera en que fuimos socializadas, que podemos y debemos perseguir nuestros sueños y seguir nuestros ideales. Que no por ser esposas y madres dejamos de ser personas con intereses e inquietudes propias. Que esos deseos de trascender, de aprender y ser mejores no sólo no son malos sino que son naturales, normales son...humanos.

INDICE

RESUMEN.....	7
--------------	---

INTRODUCCION.....	8
-------------------	---

CAPITULO I

LA PERSPECTIVA DEL GÉNERO

1.1 ¿Qué es el Género?.....	13
1.2 Necesidad e Importancia de la Teoría de Género en las Ciencias Sociales.....	15
1.3 Género y Lenguaje.....	16
1.4 Sexo VS. Género: El Punto de Vista Biológico.....	19
1.5 Género y Cultura: El Punto de Vista de la Antropología.....	19
1.6 Género e Historia: El Punto de Vista del Materialismo Histórico.....	22
1.7 Género y Psicología: La Explicación Psicoanalítica.....	25
1.8 Género y Sexualidad.....	26

CAPITULO II

FEMINIDAD Y MATERNIDAD

2.1 Feminidad y Maternidad.....	29
2.2 La Maternidad y el Instinto Maternal.....	31
2.3 Revisión Histórica de la Maternidad.....	33
2.3.1 <i>Grecia</i>	33
2.3.2 <i>Roma</i>	35
2.3.3 <i>Tradición Judeo-Cristiana</i>	35
2.3.4 <i>Edad Media</i>	36
2.3.5 <i>Revolución Francesa: Siglo de las Luces</i>	37
2.3.6 <i>Siglos XIX y XX</i>	39
2.3.7 <i>Perspectivas Actuales</i>	41
2.4 Feminidad y Maternidad en México.....	41

CAPITULO III

LA CONSTRUCCIÓN PSICOSOCIAL DE LA MATERNIDAD EN LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA.

3.1	Nunca es demasiado pronto para aprender a ser madre: La construcción de la maternidad en la infancia.....	47
3.1.1	<i>Propedéutico de la maternidad.....</i>	48
3.1.2	<i>Aprendizaje intrafamiliar de la maternidad.....</i>	51
3.1.3	<i>El ABC de la maternidad: La escuela.....</i>	53
3.1.4	<i>Sociedad y medios de comunicación.....</i>	55
3.2	Construcción de la maternidad en la adolescencia.....	57
3.2.1	<i>La adolescente en la familia: La relación madre-hija.....</i>	59
3.2.2	<i>Escuela y amigos. La cultura del romance.....</i>	61

CAPITULO IV

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MATERNIDAD EN LA JUVENTUD, LA EDAD ADULTA Y LA VEJEZ.

4.1	Construcción de la Maternidad en la juventud.....	68
4.2	Maternidad en la edad adulta.....	71
4.2.1	<i>Construcción de la maternidad en la edad adulta.....</i>	73
4.2.2	<i>Vivencia de la maternidad.....</i>	78
4.2.3	<i>Tipos de madres y particularidades de la maternidad.....</i>	83
4.3	La Vejez: no-maternidad o re-maternidad.....	94

CAPITULO V

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS.

5.1	Maternidad, familia y opresión.....	101
5.2	Mujeres – madres y estereotipos.....	106

5.3	En el camino de una nueva identidad femenina: ¿Maternizarse a sí misma o Apoyarse en la Niña Interior?.....	110
5.4	Mujeres y hombres ante una nueva feminidad–maternidad.....	114
5.5	Conclusiones.	116
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	119

RESUMEN

En el presente trabajo se describen y analizan los mecanismos sociales y culturales por medio de los cuales se crean y construyen en las mujeres, las cuestiones y tareas relativas a la maternidad. Desde el deseo de ser madres, la concepción de la maternidad como la vía exclusiva de realización de las mujeres a plenitud. La noción de la maternidad como la máxima expresión de lo femenino. De la forma en que se entrenan socialmente los llamados comportamientos femeninos innatos como docilidad, abnegación, deseo de servir y agradar, su misión, etc.

Se estudiará la distinción entre sexo biológico y el rol sexual a nivel psicológico y social. Se introducirá la perspectiva de género como una categoría conceptual en ciencias sociales; la cual subraya la historicidad de los contenidos de los roles sexuales y su variabilidad cultural. Se derivarán los conceptos de masculinidad y femineidad y de la maternidad como un contenido definitivo y esencial de la mujer. Se hará una descripción histórica de las maneras en que la maternidad se ha manifestado en la sociedad occidental y en nuestro país. Se discutirá la existencia del instinto maternal como imperativo biológico o como comportamiento aprendido. Se detallará el proceso de convertir a una pequeña hembra en una futura madre. Describiendo la labor de la madre, la familia, la escuela, los medios de comunicación, etc.; que trabajan de manera conjunta a fin de completar exitosamente este proceso de socialización, a lo largo de la vida de la mujer: infancia, adolescencia, juventud, edad adulta y vejez. Se llevará a cabo el análisis ofreciendo alternativas y las perspectivas que existen acerca del tema. Los cambios ya presentes y aquellos que ya se anuncian.

El material bibliográfico que habrá de estudiarse incluye una gran variedad de enfoques teóricos de las Ciencias Sociales. Para cuestiones de citas, referencias y listados bibliográficos y presentación del trabajo se emplean los lineamientos y criterios descritos en Hickman y colaboradores (2001) lo mismo que el Manual de Titulación de la carrera de Psicología (UNAM, FES Iztacala, 2003).

INTRODUCCION

“¿Por qué pretendes ser perfecta, una persona ideal en todas sus facetas?
¿Por qué deseas volverte esa maravillosa probeta de súper mujer, poseedora del trinomio mágico: joven, bella, inteligente?. ¿Sin olvidar además de ser exitosa en tu profesión, ser madre y esposa modelo?. ¿Por qué actúas un guión que no escogiste, que no sabes si te gusta o no, quién te lo puso en las manos, quién te lo heredó?”

Así se cuestiona la protagonista de “La Utopía”, uno de los cuentos de “Lotería: Historias de las rifas diarias”, de Claudia Marcucetti”(2003). Y en ese cuestionamiento da voz y expresión a la inquietud que asalta a cada vez más mujeres. Si nos sentimos atrapadas, sobrepasadas, deprimidas, inadecuadas; pensamos que tenemos una falla, una carencia, que en lo personal e íntimo tenemos un problema, que sólo nos aqueja a nosotros como individuos. No lo percibimos como un problema que afecta a todas las mujeres. Al verlas (desde fuera) parecen felices, satisfechas, plenas o más bien resignadas. El caso es que la mayoría está adaptada, ha sido condicionada a satisfacer las expectativas de familia y sociedad. Si es afortunada, o menos consciente, o menos instruida, o menos inquieta, o carece de opciones y oportunidades; habrá de conformarse y contentarse al vivir exclusivamente por y para otros. Renunciando a sus intereses, inquietudes y la satisfacción de sus necesidades personales; aprendiendo a realizarse y a vivir de manera sustitutiva, vicaria; por medio de la vida, las alegrías y las tristezas de los otros: esposo e hijos. Este es un secreto que es celosamente guardado: para ser personas plenas y realizadas, las mujeres requieren llevar a cabo un proyecto de vida como individuos, además de ser esposas y madres. Antes que madres y esposas, son mujeres, son personas con sentimientos, habilidades, intereses propios; los cuales deben plasmarse en la realidad.

A la ancestral carga del trabajo doméstico y la crianza de los hijos; se suma para millones de mujeres en la actualidad, el trabajo externo remunerado. De tal manera que en un mismo lapso de tiempo han de cubrir dobles y triples jornadas; dobles y triples roles; dobles o triples afanes.

Se espera, más bien se requiere, que la mujer sea capaz de cumplir con todo esto, sin descuidar ningún aspecto. Arreglándoselas para conservarse joven y bella, atender al marido (tanto en lo doméstico como en lo sexual); ser madre

dedicada y cariñosa, compañera de juegos, cómplice, amiga, enfermera y terapeuta de sus hijos. Al mismo tiempo que ser profesionista exitosa o tener un trabajo que le brinde cierta "independencia". Esto, en el caso de que cuente con una pareja estable y cooperativa. En caso negativo, habrá de sumar a sus esfuerzos la tarea de ser madre y padre a la vez; lo mismo que ser jefa de hogar, tanto en lo económico, como en lo social.

Las condiciones históricas y sociales que vivimos han generado división sexual del trabajo y perfiles de cómo debe ser y qué debe hacer una mujer. Perfiles que se han estereotipado y para llenar los cuales somos entrenadas, presionadas, motivadas y obligadas. Ideales que culturalmente han sido impuestos, cuyo incumplimiento, además de ser sancionado socialmente, provoca en las mujeres angustia, rabia y depresión. Ideales que hasta hace muy poco tiempo nadie cuestionaba, no criticaba. Ideales que se aceptaban como imperativos biológicos, determinados genéticamente.

Antes de los estudios antropológicos de Mead (1935) se pensaba que los roles sexuales y las características representativas de cada uno de ellos eran innatas, derivadas de la naturaleza de cada uno de los sexos. De esta manera dichas características permanecerán constantes, sin variación a lo largo de la Historia, en diferentes culturas y clases sociales. Es el trabajo de esta antropóloga el que establece que los roles, tareas, valores y actitudes atribuidos a cada sexo no son determinados biológicamente puesto que varían en entornos histórico sociales diferentes por lo cual son determinados y adquiridos por el individuo de acuerdo a la cultura en que éste se desarrolla.

Simone de Beauvoir en su ensayo filosófico "El Segundo Sexo" (1949) sienta las bases para el estudio y la definición de Femenidad y su contraparte la Masculinidad como el producto de un proceso psicológico de construcción del sujeto influido y determinado social y culturalmente.

En nuestra cultura a la mujer se le han asignado principalmente 2 roles. Ambos determinados por su sexualidad ya sea erótica o bien procreadora. Y en ambos se les han atribuido a las mujeres diferentes actitudes y comportamientos psicológicos y sociales complementarios.

En primer lugar el de ser la evocadora y satisfactora de los deseos eróticos del hombre por medio de su encanto y belleza. También se les ha asignado el papel de ser madres. Puesto que ellas son las que dan a luz (embarazo y parto son procesos biológicos exclusivos de las mujeres) se les destina de manera casi exclusiva al cuidado y la crianza de los hijos hasta convertirlos en adultos autosuficientes. Haciéndolas responsables absolutamente de la supervivencia y bienestar de los hijos en los aspectos biológicos, psicológicos y sociales.

A esta tarea de cuidado maternal han de dedicar las mujeres sus esfuerzos, su energía. En ella han de encontrar realización plena. La maternidad es el destino, objetivo y naturaleza de las mujeres. Esto se justifica usando el determinismo biológico, el instinto maternal y la llamada "naturaleza femenina" la mujer es suave, cálida, amable, sensible, nutridora, etc.

El tema del que se ocupará este trabajo es describir y analizar la manera en que la maternidad es construida psicológica y socialmente.

En el proceso de socialización se le atribuyen a las hembras humanas distintos significados que las constituyen como mujeres. Este proceso de socialización se inicia desde que el individuo está en gestación (puesto que gracias a los avances tecnológicos es posible conocer el sexo del bebé in -útero) y termina hasta la muerte. Continuamente recibimos mensajes culturales que definen, redefinen, detallan, ajustan y pulen nuestro perfil de mujeres adecuadas. Mensajes de la familia, la escuela, los medios de comunicación, la sociedad en general. Mensajes continuos y frecuentes cuya incesante presión termina por hacernos incapaces de distinguir lo que es innato en nosotros y lo que es aprendido.

El concepto de la maternidad como destino exclusivo y justificación de la existencia de la mujer está siendo cuestionado y desplazado. Hoy en algunos sectores comienza a verse como una elección, como una oportunidad que de manera consciente y voluntaria puede tomarse o dejarse. Sin que ello implique necesariamente traicionar la esencia de mujer o quedar incompleta.

Así, la maternidad como opción, la cual es posible debido a la proliferación de anticonceptivos; separa erotismo y procreación permitiéndole a la mujer adueñarse de ambos y tomar el control de su vida.

Si bien hasta ahora siguen existiendo muchos prejuicios y rechazo social hacia la mujer que voluntaria y personalmente decide no ser madre; ya que es tachada de egoísta, hombruna o libertina. Aquella mujer que no puede ser madre es devaluada y compadecida al ser víctima de la esterilidad. Aunque la mayoría de las mujeres tendrá hijos en algún momento de su vida; la realidad es que con hijos o sin ellos todas las mujeres viven la maternidad, incluso desde su temprana infancia. Si no tienen hijos establecen cuidados maternales hacia el esposo, novio, amante, los padres, amigos, el jefe, ahijados, etc. Así pues la mitad de la humanidad cuida maternalmente de la otra mitad. De ahí la importancia del tema maternidad; pues concierne a todos los seres humanos.

El objetivo del presente trabajo consiste en describir las diferentes formas por medio de las cuales se crean y construyen en las mujeres las cuestiones relativas a la maternidad. Desde el deseo de ser madres, la percepción de la maternidad (y la conyugalidad) como la única vía para la realización plena de la mujer. La sumisión de los intereses propios a los intereses y necesidades de los demás. La conciencia de la maternidad como la máxima expresión de la femineidad. La creación o construcción social de los llamados comportamientos femeninos "innatos" como la abnegación, la docilidad, el deseo de agradar, el deseo de servir, la sumisión, el instinto materno, el conocimiento del cuidado de otros, etc.

Se describirá también cómo la división genérica de la sociedad produce la división de tareas, actividades, carreras, trabajos, actitudes, formas de percibir el mundo, pautas de conducta valores, etc. que han dividido el mundo real y simbólico en 2 universos paralelos, contrarios, mutuamente excluyentes y no complementarios a nivel igualitario sino en una relación vertical de dominación - opresión. Esta situación crea perfiles estereotipados de la manera en que "debe" ser y comportarse una mujer y una madre. Perfil que si bien existía con mucha frecuencia en otras épocas históricas está cayendo en desuso en la actualidad ante el surgimiento y la proliferación de otras formas de vivir la maternidad como las madres solteras o divorciadas en familias encabezadas por mujeres, etc.

Perfil idealizado e inalcanzable en la lucha por cuya obtención millones de mujeres batallan día a día a fin de llenarlo en un esfuerzo inútil y sobrehumano. Ideal arbitrario que hace inadecuadas e insuficientes a muchas excelentes mujeres y madres. Batalla perdida que produce en las mujeres rabia, devaluación y depresión; que puede llevarlas al crimen o a la locura.

CAPITULO I

LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

“No se nace mujer se llega a serlo”. Esta célebre afirmación de Simone de Beauvoir, en su ensayo filosófico “El Segundo Sexo” (1949), puede considerarse como el punto de partida en la concepción de la femineidad (y en consecuencia de la masculinidad) como el producto de un proceso de construcción del sujeto. Hasta entonces se había considerado que las características físicas y psicológicas de la mujer estaban determinadas genética y hormonalmente. Es decir que en sus cromosomas se hallaba la programación de todos los aspectos que la convertían en una mujer “adecuada”, “aceptable”, “ideal”. Que se nacía hombre o mujer con todo el bagaje de creencias, sentimientos, valores, pensamientos, actitudes, preferencias y actividades; ya implantado en la conciencia y en la personalidad.

Es hasta entonces que de una manera sistemática se reflexiona e investiga acerca de la variabilidad de los roles sexuales en diferentes sociedades, épocas y culturas. Y surge el pensamiento de la influencia social o cultural sobre el comportamiento diferencial de hombres y mujeres. Creando la necesidad de una categoría o herramienta conceptual que distinga al sexo, como determinante biológico, del género, como producto de la socialización y formación psicológica de las diferencias sexuales.

1.1 ¿Qué es el género?

Género es una categoría, una herramienta conceptual, cuyos antecedentes se encuentran en los trabajos antropológicos de Margaret Mead (1935) y filosóficos de Simone de Beauvoir (1949).

Género es una clase o categoría a la que pertenecen las personas o cosas, es una clasificación. Tal es la definición que nos proporciona cualquier diccionario.

Pero en las ciencias sociales, género se refiere a la distinción entre hombres y mujeres, que tiene su origen en la distinción entre machos y hembras de la especie humana. Tal distinción se hace inicialmente por las diferencias anatómicas

relativas a los genitales. La distinción anatómica constituye la diferencia de sexo. La diferencia de género, radica en que a partir de esa diferencia de sexo, se construyen diferencias en las actividades a desarrollar, en las actitudes a formar, en los derechos, deberes, ideas, valores y formas de pensar en los miembros de cada uno de los sexos.

En otras palabras, se refiere a la identidad femenina o masculina, ya sea asignada o adquirida que se considera “sana”, “normal” y “socialmente aceptable” en un grupo humano, en un momento histórico y en un ambiente cultural determinado. Mead (1935) realizó un estudio comparativo entre tres sociedades y plantea que los roles sexuales y los conceptos de género son culturales y no determinados biológicamente; puesto que varían en entornos socioculturales diferentes. Es decir género es la división de los sexos, de sus roles, tareas, valores y actitudes. Pero es una división construida culturalmente y socialmente impuesta. Las normas y las reglas del género muchas veces no son explícitas, sino que van implícitas en el lenguaje, en la cultura y en otros signos (Lamas,1996), varían a lo largo del tiempo y con ellos los territorios económicos, sociales y culturales asignados a las mujeres y a los hombres. La existencia de diferencias socialmente aceptadas entre hombres y mujeres es lo que da fuerza y coherencia a la identidad de género. Si tal distinción es significativa es porque es un hecho social, culturalmente construido y convencionalmente aceptado.

Lamas (1996) describe que para la construcción del género en el individuo se articulan tres instancias básicas:

a) Asignación

Al momento de nacer un bebé, de acuerdo a la apariencia de sus genitales se le asigna como perteneciente a un sexo o a otro.

b) Identidad de Género

Se establece a los 2 ó 3 años cuando el niño adquiere el lenguaje. Es anterior al descubrimiento de las diferencias sexuales. Se identifica como niño o niña por el trato diferencial de los padres y otros adultos y asume los gustos, juegos, pensamientos o actitudes asociados a su género. A partir de esa identificación analiza y procesa sus experiencias y la información que recibe. Se relaciona e interpreta diferencialmente el mundo. Una vez establecida es muy difícil modificarla.

c) Papel de Género

Se forma con el conjunto de normas que dicta la sociedad respecto a lo aceptable o deseable del comportamiento masculino o femenino. Es producida por la influencia de instituciones sociales y culturales: familia, escuela, estado, leyes, religión, etc. Varía de acuerdo a la cultura, clase social, grupo étnico e incluso nivel generacional de los individuos.

1.2 Necesidad e importancia de la teoría de género en las ciencias sociales

Como se expuso en el apartado anterior, la categoría de Género es una categoría conceptual, que permite conjuntar los aspectos biológicos, psicológicos y socioculturales de la distinción entre sexos y roles sexuales. Es una forma nueva de aproximarnos y analizar viejos problemas. Permite replantear las cuestiones que se habían dado ya por sentadas como la diferencia sexual, la división sexual del trabajo, el matrimonio, la familia, la maternidad, la opresión y/o subordinación femenina, etc. Establece la importancia de las condiciones materiales de vida, del momento histórico y de las cuestiones culturales en la formación de roles y valores en los individuos. Rompe con el determinismo biológico y natural de las diferencias sexuales negando la inevitabilidad del comportamiento de uno y otro sexo en relación a que no está genéticamente programado sino que es histórica y socialmente adquirido. Es una forma de comprender y analizar de manera más integral los fenómenos humanos en sus tres dimensiones: biológica, psicológica y social sin reduccionismos.

1.3 Género y Lenguaje

Género es una clase o categoría a la que pertenecen las personas o cosas. En gramática, se define al género, como un accidente gramatical, al igual que el número. O sea que los sustantivos, adjetivos, pronombres y artículos pueden ser singulares o plurales; lo mismo que femeninos o masculinos (Lamas,1996) . Esto sucede con el español, el francés y el italiano entre otros idiomas. Algunas lenguas como el alemán tienen también un tercer género: el neutro; y algunas palabras que en español son masculinas en alemán son femeninas o neutras. En muchas ocasiones el género de los objetos o personas no corresponde de un idioma a otro. Inclusive hay idiomas, como el inglés, que no incluyen género. Así que para los

angloparlantes, es difícil la cuestión de aprender y entender nociones como la silla o el día y que los objetos tienen género.

Lo anterior reviste importancia por dos factores. Primero, los estudios históricos y antropológicos, sugieren que el cambio cualitativo del homínido superior al homo sapiens se da por el establecimiento de la cultura a través de la construcción del sistema de parentesco (que se explicará posteriormente) y de la creación de una forma de comunicación abstracta y simbólica: el lenguaje. Ambas cuestiones, dialécticamente relacionadas al género. En segundo lugar, el lenguaje permite procesos de comunicación, abstracción y simbolización de la realidad. El lenguaje codifica e interpreta el mundo de diferentes maneras. Establece un “mapa” de la realidad y nos permite simbolizar, organizar y aprehender el mundo. Además el signo, que es la unidad básica del lenguaje, es y existe independientemente del objeto. El signo no es el objeto que está representando sino algo distinto: un sonido, gesto, dibujo, ideograma, etc. algo convencionalmente creado y aceptado como sustituto o representación simbólica del objeto. Según Wittig (1979) las teorías lingüísticas sugieren que él/los lenguajes primitivos tenían 2 características principales (Lamas,1996):

a) El principio de la economía; es decir que se buscaba obtener el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo. Sus signos eran pocos, simples, breves y tenían más de un significado. Su estructura era sencilla.

b) Sistemas Binarios; la mayoría de las sociedades, incluso en la actualidad, piensan binariamente, o sea que elaboran sus representaciones y simbolizaciones por la contrastación de opuestos . Es decir, aíslan elementos simples, mínimos y establecen la presencia o ausencia de ellos. Afirman y niegan ciertos elementos, siguiendo la estructura del lenguaje binario que actualmente se usa para alimentar las computadoras. Esta última característica (división binaria) es determinante en el origen de la distinción entre los sexos y la creación de la noción de género.

Los sistemas de género en cualquier periodo histórico son sistemas binarios que oponen: hombre/mujer; masculino / femenino; individualismo/ relaciones mutuas; instrumentos artificiales /naturaleza; política / ámbito doméstico; público/ privado; autoridad /sumisión (Lagarde,1993).

Las categorías opuestas en los sistemas de género, no son equilibradas, hay posición jerárquica: Lo masculino sobre lo femenino. Asimismo, los símbolos de lo

masculino son generalmente positivos, de mayor fuerza, etc; Incluso en el lenguaje coloquial " padre" es algo moderno, valioso, bello, agradable, bonito, etc. En contraposición los signos femeninos son negativos, oscuros, volubles, incomprensibles; por no mencionar las implicaciones del vocablo "madre " como algo sin importancia, innombrable, etc.

1.4 Sexo vs. género: el punto de vista biológico

Dividimos a los seres humanos en dos categorías o sexos: Machos y Hembras. Para tal distinción se considera solo la apariencia externa, la anatomía de sus órganos genitales. Este rasgo aunque es arbitrario - ¿Por qué consideramos los genitales y no la altura, el color, la cantidad de pelo? — es en la mayoría de los casos constante, claro, evidente y universal. Solo alrededor del 2% de la población presenta malformaciones o deformaciones en sus genitales de forma que resulta difícil ubicarlos como hembras o machos. Por eso, actualmente la distinción sexual se hace tomando en cuenta 5 áreas fisiológicas: genes y cromosomas, hormonas, gónadas, órganos reproductivos internos y genitales externos. Es el conjunto de todas estas características lo que define como perteneciente a uno u otro sexo, en aquellos casos en que hay deformación o poca definición genital. Aunque se haga esta distinción, la realidad es que como miembros de la misma especie hembras y machos tienen más rasgos en común, más similitudes que diferencias. Los dos sexos representan dos aspectos de la vida de la especie. Sus cuerpos son similares, los órganos genitales en ambos son simétricos, las hormonas sexuales de uno y otro pertenecen a la misma familia química.

Por término medio la mujer es menos alta (aunque hay mujeres más altas), tiene menos peso y su esqueleto es más frágil (debido a la acción de las hormonas femeninas, a su descenso en el climaterio y a los embarazos repetidos). Sus formas son más redondeadas y su pelvis más ancha (también por acción de las hormonas en preparación al parto), se dice también que su masa muscular es menor a la del hombre, este aspecto que se toma como una diferencia intrínseca de la mujer, podría estar definida por la división sexual del trabajo y de los juegos, que limita la participación de la mujer en actividades físicas intensas , reduciendo su capacidad muscular, siendo así un producto de una costumbre y no su causa.

De Beauvoir (1949) refiere que en la humanidad nace un número equivalente de individuos de uno y otro sexo aproximadamente 100 niñas por cada 104 niños.

Aunque el índice de mortalidad infantil y perinatal es mayor en los niños, durante la adolescencia y la juventud mueren más mujeres (sobre todo por complicaciones de embarazo y parto) Sin embargo la expectativa de vida de las mujeres es entre 5 y 10 años mayor que la de los hombres (Selby, 1991). Lo que distingue a la hembra humana es el desarrollo. El macho se desarrolla de una forma más simple; crece hasta la juventud, hacia los 15 o 16 años empieza la espermatogénesis que se mantiene hasta la vejez. Puede engendrar hasta los 70 años o más y su declive en la producción de hormonas (Andropausia o climaterio masculino) es mucho más sutil y breve que el de las mujeres. La hembra a partir de su vida embrionaria adquiere la dotación de oocitos (óvulos) para toda la vida.

Durante la infancia crece al mismo ritmo que los varones y muchas veces tiene talla y peso mayores. Adquiere el lenguaje antes, sostiene su cabeza, se sienta, y camina en general antes que los niños (De Beauvoir, 1949 ; Marone, 1999). En la adolescencia, por influencia de las hormonas tiroideas, los ovarios comienzan a trabajar secretando hormonas que permiten la maduración de los óvulos, la feminización del cuerpo, la aparición de los caracteres sexuales secundarios y el inicio de la menstruación; que conlleva la capacidad y posibilidad de que la mujer sea madre. Hacia los 45 o 50 años se desarrolla la menopausia, un fenómeno fisiológico inverso a la pubertad; la actividad hormonal ovárica disminuye o desaparece trayendo consigo una crisis fisiológica y psicológica difícil de superar y manejar.

Menstruación, embarazo, parto y lactancia son fenómenos, que tienen un alto costo físico, emocional, social e incluso económico para la mujer. Son labores fatigosas, arduas, que le exigen sacrificios, le desgastan su organismo, le limitan su actividad social y económica. Son labores que subordinan al individuo (en este caso la mujer) al beneficio de la especie (De Beauvoir, 1949). ¿Qué ventaja obtiene la mujer?, la ganancia es simbólica: la maternidad es una vocación, una misión en la vida y una mujer fecunda tiene mayor atractivo y desde luego mayor prestigio (Lagarde, 1993). A pesar de todas estas cuestiones el sexo biológico no es destino. Y no es posible teorizar y analizar las diferencias psicológicas de hombres y mujeres sin estudiar aspectos de la historia, la sociedad y la cultura.

1.5 Género y cultura: el punto de vista de la Antropología

Desde el punto de vista biológico hombres y mujeres están más cerca el uno del otro que de cualquier otro ser vivo. Por lo tanto la idea de que son diferentes y opuestos entre sí no proviene de la naturaleza. Los sistemas sexo/género son productos de la actividad humana histórica. La Antropología es la disciplina que se ocupa del estudio y la investigación de la cultura humana. Investiga hasta dónde ciertas características y conductas humanas son aprendidas o si forman parte de la naturaleza de la especie. Los antropólogos siempre se han interesado en cómo la cultura expresa y modela las diferencias entre hombres y mujeres. Las contribuciones de la antropología al estudio del género son numerosas. Mead en 1935 (citado en Lamas,1996), fue pionera al plantear que los conceptos de género son culturales y no biológicos y varían en entornos socioculturales diferentes. Murdoch en 1937 (Lamas,1996) realizó el estudio y comparación de la división sexual del trabajo en 3 sociedades, concluyó que no todas las especializaciones de actividad por sexo se explican por diferencias sexuales. El hecho de que a las personas se les asignen diferentes ocupaciones desde la infancia es lo que explica las diferencias observables de conducta y temperamento. Linton en 1942 (Lamas,1996), estableció que todas las personas aprenden su estatus sexual y los comportamientos adecuados y aceptables. Femenidad y masculinidad son estatus que se vuelven identidades psicológicas para cada individuo. La mayor parte de los individuos están de acuerdo en el estatus asignado. Cuando hay conflicto, la sociedad también tiene formas de manejo y/o represión, de tal conflicto. De Beauvoir (1949) establece que no se nace mujer, sino que se llega serlo a través de un proceso de culturalización. En 1979 Wittig en Lamas(1996) menciona que al nacer un bebé nos preguntamos por los rasgos sexuales anatómicos (biológicos) los cuales determinarán el destino psicológico y social del bebé. Y ese destino es estructurado por un sistema de género que se edifica sobre lo que la cultura supone como intrínsecamente femenino o masculino. Rosaldo (1980) establece que el lugar de la mujer en la vida social humana no es producto lo que hace , del conjunto de sus tareas y labores , sino del significado social y cultural de las mismas a partir de su interpretación en un contexto histórico y social

determinados. La definición de Scott (1986) del género tiene varias partes. Género es el elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias entre sexos. Pertenecer a un género significa detentar poder o carecer de él.

El proceso de adquisición del género se hace a partir de 4 formas:

Símbolos culturales: representaciones múltiples y contradictorias de los ideales masculinos y femeninos.

Conceptos normativos: doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas que afirman, describen el significado de lo masculino y lo femenino.

Instituciones y organizaciones sociales: sistemas de parentesco, hogar, escuela, mercado de trabajo, organizaciones políticas, etc.

Identidad subjetiva: construcción e introyección psicológica y social del género.

Cucchiari, en Lamas (1996) establece que un sistema de género es un sistema simbólico o de significado, que consta de dos categorías complementarias y mutuamente excluyentes. Dentro de ellas, se ubica a todos los seres humanos. Los genitales son el criterio que se utiliza para asignar a los individuos. A cada categoría queda asociada una gama de actividades, actitudes, valores, objetos, símbolos y expectativas. Si bien las dos categorías son universales: hombres y mujeres. Su contenido varía de una cultura a otra de una manera impresionante. Además de las contribuciones de los autores ya mencionados, la Antropología explica el género a través de dos conceptos: los sistemas de parentesco y la teoría del regalo o el intercambio de mujeres. Los sistemas de parentesco descritos en Lamas (1996), son formas empíricas y observables del sistema sexo género. En Antropología, un sistema de parentesco, no es una lista de parientes biológicos, sino un sistema de categorías y posiciones que pueden llegar o contradecir los vínculos genéticos. Este sistema define deberes y responsabilidades entre los individuos. Regula el apartado de bienes y servicios, la producción y la distribución; la hostilidad o la solidaridad entre grupos, etc. En las sociedades pre-estatales organiza la actividad económica, política, ceremonial, y sexual. Sobre estas relaciones o categorías se distribuyen o heredan diferencialmente derechos, deberes, estatus y roles. Es un sistema social de relaciones basadas en el intercambio de regalos y en la consustanciación, es decir compartir una misma sustancia, tal sustancia compartida crea lazos genéticos, si se trata de semen o sangre; lazos de crianza, si hablamos de la leche materna; de nutrición, si se comparten los alimentos; de adopción, por el intercambio de niños o político –

sociales, por el intercambio de mujeres (Cucchiari ,en Lamas,1996). Así pues este sistema de parentesco está ligado a un sistema de categorías de género, las cuales reproduce a su vez, sobre todo en lo referente a la estructura marital. La teoría del Regalo (Lamas ,1996), indica que a través del intercambio de regalos que pueden ser bienes, servicios, o incluso personas se expresan, crean y afirman relaciones sociales. Quien da más y mejores regalos, logra una red más amplia de relaciones sociales y mayor prestigio social. Asimismo, sirve para mantener la paz. Debido a que por el tabú del incesto, el cual se explicará posteriormente, ciertas mujeres están prohibidas; estas mujeres se ofrecen a otros. Así, la mujer, se constituye en un regalo, en un objeto de intercambio. El intercambio de mujeres une a dos grupos de hombres, estableciendo entre ambos vínculos de reciprocidad, solidaridad y parentesco. La relación de intercambio que se convierte en matrimonio no es una relación entre un hombre y una mujer, sino entre dos hombres. La mujer no decide, no participa, es el objeto que se cede de uno al otro. Ella no puede darse a sí misma, ni dar a sus hijos, no tiene derechos de concesión o de propiedad. Aquí está expresada la desigualdad de género, la subordinación de la mujer y el dominio del hombre. Restos de estas costumbres persisten hasta hoy. Basta sólo recordar que el novio y su padre solicitan al padre de la novia la mano de ésta en matrimonio y que el padre de la novia la entrega en la iglesia. En los matrimonios arreglados que aún existen la mujer no elige ni decide, sigue siendo el objeto de un intercambio entre hombres.

1.6 Género e Historia : el punto de vista del materialismo histórico

La humanidad no es una especie animal, es una realidad histórica. Esto quiere decir, que ningún fenómeno humano puede ser analizado de manera aislada del contexto histórico, social, cultural, e ideológico en el que se está representando. Los rasgos que caracterizan a la mujer serían la menor aprehensión del mundo y la esclavitud a la especie, por las labores de gestación, parto y crianza, es decir por las labores reproductivas (De Beauvoir,1949).

Al principio de la historia, los miembros de los dos sexos participaban en las cacerías colectivas, las mujeres debido a las cuestiones de la reproducción debían abstenerse de tales actividades por algún tiempo y se ocupaban en cazar presas pequeñas y en recolectar frutos para completar su dieta. Las labores de crianza de

los niños complementaban su tiempo y las obligaban a permanecer fijas en un solo lugar lo que les permitió domesticar algunos animales y comenzar a criarlos (el origen de la ganadería); observar los ciclos de la naturaleza, comenzar a sembrar y cosechar (agricultura), desarrollar técnicas de conservación de alimentos y pieles (curtiduría), hacer vasijas (alfarería), procesar metales (metalurgia), comenzar a hilar y a tejer, usar hierbas medicinales para curar e inclusive intentar crear y comunicarse con un mundo de espíritus, (magia y chamanismo). Como se ve, las aportaciones de las mujeres al mantenimiento de la tribu y su bienestar fueron numerosas y propiciaron el establecimiento de la vida sedentaria. Cuando empieza a haber excedentes de alimentos (por la agricultura y la ganadería) surge la propiedad privada: de bienes y terrenos y surge la necesidad de permanencia, de trascendencia, de heredar.

Hasta ese momento la descendencia de los hijos era matrilineal y ante la necesidad del hombre de asegurarse la descendencia a fin de transferir la propiedad, se crean los mitos de relaciones heterosexuales exclusivas, de fidelidad, de la virginidad. Transformando así la filiación de materna a paterna. Este es el origen de la familia patriarcal basada en la propiedad privada. Y la función del heredero es tanto económica (mantener e incrementar la propiedad) como mística (preservar a los dioses totémicos y a los antepasados) Este es el momento de la confirmación de la subordinación y opresión de la mujer. Relegada a la procreación, al ámbito doméstico y a las faenas secundarias. Despojada de su importancia práctica y de su prestigio es relegada a un segundo plano a la categoría de sirviente.

Para el materialismo histórico, analizar las causas de la opresión (de una clase por otra o de un sexo por otro) es la base para realizar los cambios necesarios para lograr una sociedad sin jerarquías. Así pues, si el sexismo es un producto secundario del capitalismo se acabaría en el caso de una revolución socialista exitosa. Ante esto, es posible argüir que los documentos etnográficos están llenos de registros de prácticas sexistas: como las iniciaciones masculinas, los cultos secretos de hombres, etc. También en la Europa y China feudales había sexismo; del cual sólo mencionaremos dos ejemplos: el uso del cinturón de castidad y la costumbre de vendar y entablillar los pies para limitar su crecimiento y hacerlos más atractivos. Entonces la desigualdad sexual no es producida por el capitalismo,

ya existía, aunque si ha sido acentuada por este sistema económico.

Para Marx, así como una máquina sólo se convierte en capital cuando existe una contradicción entre la fuerza de trabajo y la posesión de los medios de producción, y cuando el propietario se adueña de esa ganancia extra (no pagada al trabajador) que se llama plusvalía. Una hembra humana sólo se convierte en mujer domesticada, oprimida, en objeto, mercancía o símbolo sexual cuando existen ciertas relaciones de producción y determinadas condiciones histórico – sociales (Schmuckler,1998).

Uno de los elementos claves de la opresión femenina, según la teoría marxista es el llamado trabajo doméstico. Este es el trabajo que requiere ser realizado a fin de reproducir la fuerza de trabajo; es decir mantener la salud, la vida, la fuerza del trabajador y eventualmente producir nuevos futuros trabajadores. Para esto se requiere una serie de productos: alimentos, ropa, vivienda, etc., los cuales no están en forma directamente consumible, es decir, hay que preparar los alimentos, lavar la ropa, asear la casa. Se requiere un trabajo adicional: el doméstico el cual es realizado por las mujeres. No se considera productivo, ya que no produce capital ni plusvalía; pero es un elemento clave en la producción por que a través del trabajador se articula la producción de plusvalía. Es un trabajo invisible, improductivo, monótono y no remunerado (Marx 1849, en Lamas,1996). Lo que se necesita para reproducir al trabajador está determinado por las necesidades biológicas del organismo humano; por las condiciones físicas del hábitat y en gran parte por la tradición cultural. Marx agrega que es por influencia histórica y social que se determina que tener una esposa es una de las necesidades del trabajador. Que el trabajo doméstico debe ser realizado por mujeres y no por hombres. También determina que las mujeres no trabajan, no dirigen, no heredan, ni hablan con Dios (es hasta hace muy pocos años que algunas iglesias cristianas permiten la ordenación de ministros femeninos). Engels (en Lamas, 1996) establece que antes del Capitalismo ya existían formas sociales de opresión sexual. A partir de las relaciones de producción se generan relaciones de sexualidad. El grupo humano tiene que reproducirse a sí mismo de generación en generación. Hambre es hambre, pero lo que califica como alimento aceptable es determinado y obtenido culturalmente. De la misma forma lo que califica como conducta sexual aceptable también lo determina la cultura. Toda sociedad tiene un sistema de

sexo género. Un conjunto de disposiciones que regulan el sexo y la procreación, así hombres y mujeres son moldeados para ajustarse a tales normas. El sistema de Género puede ser igualitario o estratificado de acuerdo a lo que las condiciones materiales y las relaciones sociales especifiquen.

1.7 Género y Psicología: la explicación psicoanalítica

El Psicoanálisis es una teoría de la sexualidad en la sociedad humana. En ese sentido es una teoría de género, ya que ofrece una descripción de los mecanismos por los cuales los sexos son divididos y deformados, de cómo el niño andrógino y bisexual se transforma en hombre o mujer. De acuerdo a la teoría de Freud en la fase pre-edípica, los niños de ambos sexos son psicológicamente imposibles de distinguir. Son bisexuales, exhiben las mismas actitudes libidinales activas y pasivas, además para ambos sexos la madre es el primer objeto de afecto, de deseo. La fase edípica presenta al niño la alternativa de tener falo o no tenerlo (castración), y esta presencia o ausencia del miembro masculino conlleva la diferenciación entre dos situaciones sexuales: hombre o mujer. La posesión del falo implica un significado social de superioridad y dominación del hombre sobre la mujer. Para la niña implica una limitación, una carencia, la inferioridad (envidia del pene). En esta etapa, los niños descubren las diferencias sexuales y su propio destino al pertenecer a un género o al otro. Descubren que hay sexualidad prohibida, el tabú del incesto. Descubren que los dos géneros no tienen los mismos derechos ni futuros sexuales. Para el varón, el tabú del incesto involucra a algunas mujeres, por ejemplo la madre; para la niña a todas las mujeres: la prohibición de la homosexualidad. Debido a que para los dos sexos, el primer objeto amoroso es la madre, la niña es colocada en una posición de afecto homosexual, donde la regla de la heterosexualidad exclusiva es muy dolorosa. Ella percibe que la madre y las otras mujeres sólo pueden ser amadas por alguien dotado de falo. Ella carece de la prenda simbólica que puede ser cambiada por una mujer. Este sentimiento de carencia (sentimiento de castración) hace que la niña redefina sus relaciones consigo misma, con su madre y con su padre. Se aparta de la madre con rabia y frustración porque la madre no le dio un falo, ella tampoco lo tiene, se vuelve entonces hacia el padre pues cree que él puede darle uno. La mujer recibe simbólicamente el falo por medio de la relación sexual, pasa a través de ella y se convierte en hijo. A fin de integrarse a este proceso, el de

sexualidad adulta, heterosexual y normal, debe reprimir su impulso libidinal y transformarse en pasiva. Este proceso de creación de la femineidad es violento y brutal. Deja en las niñas un gran resentimiento por la represión y supresión de las que fueron objeto.

Ante este proceso, sólo quedan tres alternativas para la niña:

Enloquecer, reprimir la sexualidad y volverse asexual.

Protestar, aferrarse al narcisismo y volverse masculina u homosexual.

Aceptar la situación "firmar el contrato" y volverse "normal".

El amor de la niña por la madre es inducido por la tarea materna del cuidado infantil determinado por la división sexual del trabajo (Lamas, 1996). Se obliga a la niña a abandonar ese amor para asumir su papel sexual adulto y pertenecer al hombre. Si la crianza se compartiera y hubiera cuidadores de ambos sexos, el objeto amoroso sería bisexual, no habría el imperativo de abandonarlo, no habría predominio de género ni superioridad masculina y la crisis edípica sería una reliquia o una utopía.

1.8 Género y Sexualidad

Todo sistema de género incluye ideas acerca de lo que constituye una expresión sexual adecuada y socialmente aceptable. Regula también, de manera explícita o no, lo que no es aceptado y debe ser rechazado o criticado. Por medio de esta ideología no sólo se expresa la mecánica sexual adecuada, el objeto amoroso "ideal", las características físicas y psicológicas que debe poseer, lo mismo que los símbolos, fantasías, etcétera, que constituyen el erotismo lícito.

El sexo es un acto imaginativo, que constituye una necesidad natural, en el sentido biológico y que ha sido elaborada culturalmente. Por estos mismos mecanismos ha sido confinado al área genital.

La sexualidad Humana, es de origen, esencia y naturaleza plástica, bisexual, activa y no centrada en los genitales, sino distribuida en todo el cuerpo y abarcando todos los sentidos. La genitalidad, la heterosexualidad exclusiva y la monogamia son restricciones institucionales y conforman los llamados tabúes o

prohibiciones sobre determinadas prácticas sexuales u objetos de afecto, las cuales se oponen a nuestra naturaleza biológica y convierten la sexualidad en un principio social ordenador al limitarla y controlarla, incorporándola a un sistema de género, pleno de restricciones.

Con base en lo anterior, podemos decir que la perspectiva de género es una categoría conceptual que abre múltiples áreas de investigación en las ciencias sociales y que resulta útil en numerosos contextos. Permite abordar cuestiones netamente humanas como cultura, parentesco, familia, roles sexuales, maternidad, etc. de manera integral. Considerando los aspectos biológicos, psicológicos y sociales integralmente, sin reducir estos fenómenos a uno solo de sus elementos.

Desde el punto de vista de la Historia, se dice que ésta la escriben los vencedores, en este caso la han escrito los hombres. La perspectiva del género no pretende escribir la Historia de las mujeres, sino integrar la historia de las relaciones y contradicciones de hombres y mujeres porque no es posible entender el mundo de las mujeres de manera independiente al de los hombres. Cualquier dato o investigación que nos acerque a la comprensión de la construcción psicosocial de la feminidad y de la maternidad, iluminará igualmente la cuestión de lo masculino y la paternidad. La finalidad de los estudios de género no es promover una revolución para que la mujer domine y el hombre se subordine. Más bien es el establecimiento de relaciones igualitarias, no jerárquicas, donde las diferencias entre los género sean percibidas como oportunidades de complementación y enriquecimiento para la pareja y la sociedad, y no como pretextos para la subordinación y el dominio. En palabras de Lamas (1996): los estudios de género no deben dividirnos, sino reivindicarnos a hombres y mujeres como miembros todos del género humano.

Una vez establecido que las características psicológicas y sociales de los dos géneros presentan variabilidad histórica y social. Es necesario definir y describir cuales son los contenidos específicos que se han atribuido en nuestra sociedad a las mujeres, las cuales en su dimensión de madres, constituyen el objeto de nuestro estudio, de esto habrá de ocuparse el segundo capítulo del presente trabajo. Cuál es el contenido de la feminidad en nuestra sociedad; cómo, este

contenido se plasma y se centra en las tareas de la maternidad, como definitorias de lo femenino por naturaleza. Por último, cómo se ha manifestado la maternidad como instinto y como tarea a lo largo de la historia de la humanidad y de nuestro país.

CAPITULO II

FEMINIDAD Y MATERNIDAD.

Cuando nacemos debido al aspecto de nuestros genitales somos asignados como pertenecientes a un sexo u otro, comienza un complicado y prolongado proceso: la construcción del género. Este proceso que dura toda la vida y se va modificando a fin de adaptarse y adaptarnos a la época en que vivimos, a la etapa de la vida que estamos pasando y a los distintos roles que debemos asumir. Nos transforma de individuos hembra o macho en hombres y mujeres, es decir en seres femeninos o masculinos. Cada uno de los géneros tiene características de personalidad, conductas, actitudes, sentimientos, pensamientos, creencias, valores, actividades y profesiones que le son asignadas. Este cúmulo de mensajes tiene que ser impregnados en el individuo a fin de hacerlo “funcional”, adecuado y aceptable en un contexto histórico, social y cultural determinado.

2.1 Feminidad y Maternidad

Femenino es un adjetivo que se deriva de la palabra latina “femina” que significa: mujer, se refiere a algo que pertenece a las mujeres o a las niñas (Borysenko (1998)). Que tiene cualidades, características que se aplican o relacionan con las mujeres como: amable, delicada, pasiva, etc, es decir, al hablar de lo femenino, no nos referimos a órganos sexuales, a diferencias biológicas; más bien a la manera en que hemos estructurado nuestra conciencia, nuestro comportamiento, actitudes, pensamientos; a nuestro género. Así pues, lo femenino, la femineidad es una construcción cultural con variabilidad histórica y social.

En las tradiciones espirituales de todo el mundo se expresa lo masculino y lo femenino como opuestos, que existen en los mundos natural y simbólico. Este par de opuestos simboliza a cualquier par concebible de opuestos: luz-oscuridad, frío – calor, norte–sur. De la misma manera que la polaridad china del ying-yang, que se encuentran contenidas una en la otra en el interior de un todo más amplio. La relación entre estos dos elementos es recíproca, es decir cada elemento está en

sintonía con el otro. También funciona como los polos de un imán: lo opuesto se atrae y lo semejante se repele (Zweig, 1992).

De acuerdo a la teoría psicológica de Carl Jung, en todas las personas existe un aspecto femenino y otro masculino de la personalidad, sin importar su sexo. Este patrón universal de la mente humana, presente tanto en hombres como en mujeres se llama arquetipo. Así pues todo ser humano posee un principio masculino y otro femenino (Zweig, 1992). Si una persona niega y renuncia a la posesión de estas características y las proyecta hacia fuera. Como cuando la mujer proyecta lo masculino en el hombre, se vuelve dependiente de que otra persona encarne lo masculino (Borysenko, 1998). En nuestra sociedad se carga a los hombres con la tarea de acarrear y representar todas las cualidades de lo masculino (actividad, pensamiento analítico, agresividad, independencia iniciativa, acción orientada a metas, etc.) negándoselas a las mujeres y limitando a estas a los rasgos femeninos “aprobados culturalmente” (sentimientos intensos, dependencia, pasividad, sumisión, etc.) privando a los dos sexos de la posibilidad de un desarrollo armonioso de la personalidad y limitando sus posibilidades de elección y de acción. Identificarse sólo con un aspecto particular de nuestra naturaleza es reducir y limitar nuestra personalidad (Zweig, 1992).

En nuestra cultura occidental, el desarrollo excesivo de lo masculino y la consecuente glorificación de la razón, lo objetivo, la actividad es la causa principal de la opresión de las mujeres (Lamas, 1996). Aunque también aquello que de femenino tengan los hombres está siendo oprimido. Hombres y mujeres sufrimos la opresión y desvalorización de lo femenino. Históricamente, cultural y socialmente, a la mujer se le han asignado dos roles principales (Lagarde, 1993). En primer lugar el de ser “La Diosa del Amor”. Se le ha creado la obligación y la necesidad de evocar deseos eróticos en el hombre usando su encanto y belleza. Para lo cual debe hacer enormes esfuerzos, sacrificios e inversiones para cuidar y mejorar su apariencia física, su capacidad de atraer a un hombre y retenerlo. Por lo que se enfatizan las cualidades de sensualidad, belleza, sentimentalismo, intimidad, etc con diferentes variantes culturales. También se les ha cargado con el papel de ser madres. Dado que las mujeres son el vehículo natural de la función maternal, puesto que los hombres no pueden dar a luz biológicamente. Se les asignan las cualidades y actividades psicológicas (que no pertenecen por naturaleza

exclusivamente a la mujer) que implica la tarea maternal: suavidad, calidez, amabilidad, sensibilidad, ser nutridora, disponible sin vida propia independiente de los hijos (De Beauvoir, 1949). Lo maternal es una fuerza poderosa, que se expresa a través de una amplia gama de actitudes, emociones y comportamientos humanos. Dar a luz es un fenómeno material; psíquico y espiritual. Se da a luz una idea, una creación, una obra de arte y esto también pueden hacerlo los hombres (Zweig, 1992).

2.2 La maternidad y el instinto maternal

La producción de niños siempre ha sido una cuestión de poder. El control de la reproducción y la fecundidad femeninas son el ámbito por excelencia de la dominación de un sexo por otro y de la lucha por el poder. En las sociedades patriarcales son una forma más de dominación del varón (Joseph&Miller, 1990). La maternidad no es un hecho de naturaleza intemporal y universal. Constituye parte de la cultura, es influido por ella y está inserto en condiciones histórico sociales particulares que determinan su significado y las prácticas sociales que la rodean, las cuales están en continua evolución. En la Antigüedad, la función materna estaba muy presente en mitos y leyendas y es objeto de estudio para médicos y filósofos. Sin embargo, no existía la palabra maternidad ni en latín, ni en griego. Es hasta el siglo XII que la palabra “maternitas” es inventada por los clérigos (Kniebiehler,2001). Vocablo simétrico y paralelo a “paternitas”, para caracterizar la función de la Iglesia en ese momento histórico y para otorgar y reconocer una dimensión espiritual a la maternidad. Aunada a la expansión del culto de María.

La procreación es un fenómeno natural que implica un proceso biológico y fisiológico específico y momentáneo: el embarazo. La maternidad incluye dos aspectos: el embarazo y una acción a largo plazo: la crianza y educación de los hijos hasta convertirlos en adultos independientes y autosuficientes. Es decir que la maternidad implica cuestiones biológicas, psicológicas y culturales (Kniebiehler, 2001). Siempre se había supuesto que al fenómeno biológico del embarazo correspondía una actitud mental y conductual determinada: la maternalidad. Simone de Beauvoir (1949) fue la primera en cuestionar la existencia del instinto

maternal, lo mismo hicieron algunas feministas. Sus opiniones fueron severamente criticadas y rechazadas aduciendo que eran más producto de su militancia feminista, que de su trabajo como científicas e investigadoras. Sin embargo, en referencia a los humanos no es posible hablar de instintos. Además en la investigación antropológica e histórica no se han encontrado actitudes universales y necesarias en relación a la crianza de los niños (Badinter,1981); el hecho de dar a luz no nos dispara un switch que nos convierte en amorosas y dedicadas, ni sabemos automáticamente qué hacer y cómo cuidar al bebé, ni nos enamoramos inmediatamente del niño (Friday,1994); ni nos volvemos sacrificadas renunciando a nuestros propios intereses y necesidades a fin de satisfacer las del bebé, contentándonos al satisfacer nuestras necesidades y obtener triunfos de manera vicaria a través de los triunfos de nuestros hijos. Todo esto que en nuestra sociedad está relacionado con una “buena madre” no existe per se en nuestra naturaleza humana, no es un instinto, no es automático; es el producto de un complejo proceso cultural y social que se inicia desde que nacemos y continua toda nuestra vida y nos convierte en mujeres- madres. En otras palabras, es aprendido, abarca aspectos materiales, emocionales y culturales y varía de acuerdo a la época histórica.

2.3 Revisión histórica de la maternidad

El estudio de la evolución del cuidado materno comprueba que puede o no haber interés, dedicación al niño y ternura (Kniebihler, 2001). El amor maternal es un sentimiento humano, no está inscrito en la naturaleza femenina, es incierto, frágil, imperfecto; se ha asociado con la mujer, aunque no le es exclusivo.

La madre, para Badinter (1981) es un personaje relativo, el cual no puede ser concebido sino en relación con el padre y el hijo. Es un ser tridimensional, en tanto es un ser específico con deseos, necesidades y aspiraciones independientes del hijo. Esta relación triangular madre – hijo- padre es un hecho psicológico inscrito en una realidad social debido a que las funciones y características adecuadas de cada uno de ellos son determinados por las necesidades y valores de una sociedad dada. Así, la madre será más o menos buena dependiendo de la valoración o desprecio de la sociedad hacia la maternidad.

2.3.1 Grecia

En la antigua Grecia la dimensión simbólica de la maternidad (los pensamientos y sentimientos) se expresaba a través de los mitos, de las leyendas de Dioses y Héroes. Estos eran relatados por madres y nodrizas, se aprendían en la escuela, se representaban en el Teatro. En los mitos, se proyectaba el interés, la angustia, los deseos y los sentimientos relacionados a la maternidad y a las relaciones madre- hijo (Kniebiehler, 2001). Los mitos fueron redescubiertos en el Renacimiento, interesando y deslumbrando a los humanistas, modificando su forma de ver el mundo. Posteriormente permitieron a los psicólogos identificar y definir complejos, como Freud y el complejo de Edipo. Démeter (hija de Rea, nieta de Gaia) era la Diosa de la tierra cultivada, la cual otorga la dimensión sobrenatural a la maternidad. Ella da al hombre el regalo de la agricultura, que trae consigo la civilización de la humanidad (la dieta que incluye cereales permite la posición erecta). También protege a las madres y recibe a los muertos. El parto se vivía colectivamente, era una experiencia sólo entre mujeres. Era asistido por una partera (protegida por la diosa Eileitia), era relevante para varias generaciones. Los peligros y sufrimientos que imponía se comparaban a los que los hombres sufrían en la guerra.

Los médicos griegos consideraban evidente la inferioridad femenina. Asumían que el parto exitoso era la mayor prueba de salud de una mujer; esto aseguraba la supervivencia de la especie y la renovación de las generaciones. Galeno, definió a la mujer como un hombre “al revés”. El fue el primero en establecer la correspondencia de los órganos masculinos (externos) y los femeninos (internos). Lo mismo que en señalar el designio divino que implicaba que los órganos femeninos fuesen internos a fin de otorgar mayor protección al niño. Aristóteles, justifica desde un punto de vista filosófico la autoridad paternal y el dominio masculino fundándola en la notable desigualdad que existe entre los hombres y mujeres. Aunque son seres complementarios, se considera que el papel de la mujer es secundario incluso en la concepción, es pasiva. La naturaleza de la mujer es imperfecta e inacabada (Kniebiehler, 2001).

2.3.2 *Roma*

La aportación de los romanos, al cuidado e institucionalización de la maternidad, va en dos aspectos. En primer lugar crean el marco jurídico que sitúa la maternidad en el ámbito familiar y social. Dado que el derecho romano es patriarcal instituye el poder del padre en la familia. El embarazo y el parto daban identidad a la mujer como matrona (esposa del padre). También crean diversos tratados (e.g. el de Soranos, médico griego) que describen y clasifican las enfermedades de las mujeres aplicando las ciencias relacionadas (anatomía, embriología, ginecología y obstetricia) y todos los métodos terapéuticos de que disponían, desde dietética, hasta cirugía, incluyendo recetas anticonceptivas y abortivas.

En Roma, las damas de la nobleza no amamantaban para preservar la belleza de su cuerpo y evitar vínculos con bebés que con mucha frecuencia morían (Badinter, 1981). Los padres apoyaban la tendencia para evitar que el vínculo madre-hijo se fortaleciera para que la madre no tuviera influencia sobre el hijo y para privilegiar el linaje paterno pues se creía que la leche transmitía caracteres hereditarios (Kniebiehler, 2001).

2.3.3 *Tradición Judeo-Cristiana*

El monoteísmo judeo-cristiano rechaza los mitos y los relatos de la Antigüedad. Aunque en el plano ontológico, hombre y mujeres son vistos como iguales, el Dios Creador es un padre todopoderoso (patriarcal). A pesar del mensaje de Cristo, de amor e igualdad, el cristianismo fortaleció y justificó la autoridad paterna y masculina en el matrimonio apoyándose en las Escrituras. El matrimonio es una institución severa para las mujeres cuya misión es controlar la sexualidad y fecundidad de las ellas.

Las representaciones de la maternidad son alrededor de Eva y María. Eva, la primera mujer, es una criatura débil y frívola, asimilada a la serpiente, el demonio, aunque en las culturas antiguas se le relacionaba con la sabiduría. Así, la mujer se convirtió en símbolo del mal (Kniebiehler, 2001). Después de la desobediencia, Eva es marcada y maldita: “Parirás con dolor, tu pasión irá a tu hombre y te dominará”, esto durante siglos justificó la subordinación y sacrificio de la madre.

María, fue la imagen materna por excelencia (Kniebiehler, 2001). Emancipada del poder masculino, sometida a un poder superior (la voluntad divina) fue dispensada de la esclavitud de las relaciones sexuales (por su virginidad) y de las angustias y dolores del parto. Amamanta a su hijo, lo cual le da a la leche materna el valor simbólico de nutriente vital y consagración máxima de la madre al hijo (Badinter, 1981). Posteriormente la imagen de María se amplió para convertirla en transmisora de la Fe. Su culto resurge y crece a fines del siglo XIX y principios del XX con el aumento de apariciones y milagros marianos: Fátima, Medjugorje, etc. La imagen de María eleva la maternidad por encima de la naturaleza y la afectividad dándole una dimensión divina y trascendente. Los cristianos compensan la desaparición de las Diosas, propias de las culturas antiguas con la asunción de una mujer.

2.3.4 *Edad Media*

La maternidad es un asunto de mujeres, implica una sucesión de eventos (pubertad, desfloración, embarazo parto, lactancia, crianza) a través de los cuales la mujer desarrolla su experiencia individual en un marco social comunitario. A la aparición de la menstruación, (cuya sangre anunciaba la de la desfloración y la de los partos) la joven iniciaba la confección del ajuar (vestidos y ropa blanca) que la acompañaban en todas sus funciones femeninas; esto significaba meditar, planear y ocuparse de su cuerpo y su destino de mujer. La vocación materna se enfatizaba y propiciaba en función a las necesidades de continuidad de la especie (Kniebiehler, 2001). Uno se casaba para dar a luz y el embarazo no cambiaba o limitaba el trabajo diario. El parto era un momento muy fuerte de socialización y convivencia femenina, una experiencia colectiva, en la que intervenían mujeres de todas las edades. Eran atendidas por parteras; los cirujanos no atendían partos pues pensaban que era una tarea ingrata y desagradable. En el siglo XVI, las parteras fueron perseguidas por la Monarquía e Iglesia. Acusadas de magia, de brujería y complicidad con abortos e infanticidios, fueron obligadas a organizarse en corporaciones supervisadas por los cirujanos. Las mujeres abortaban con métodos muy peligrosos. Abandono e infanticidio eran prácticas muy frecuentes y estaban más determinadas por factores económicos que por miedo a la pérdida de prestigio o a las críticas.

La madre tenía un papel muy importante, producía los hijos que eran necesarios para asegurar la permanencia del grupo, la manutención de los ancianos y el recambio de mano de obra. Era la proveedora de alimentos, además de la lactancia, se ocupaba del huerto y el gallinero, preparaba los alimentos, horneaba el pan, hacía las conservas. Con su trabajo artesanal apoyaba el presupuesto familiar y dado que conocía de las hierbas y sus usos era la “doctora” de la familia.

2.3.5 *La Revolución Francesa y el siglo de las luces*

En este momento histórico hay un cambio en la mentalidad acerca de las mujeres. A pesar de que la mujer sigue estando subordinada al hombre, se ensalza y glorifica su papel de madre. El cuerpo femenino, en tanto primer refugio de la vida humana, se volvió digno de atención, estudio y cuidados (Kniebiehler, 2001). La Ginecología y la Obstetricia entraron en una era de progresos. Los médicos quisieron desempeñar las labores de las parteras, así la atención de embarazo y parto dejaron de ser espacios exclusivos de las mujeres. Dejaron de vivirse de manera colectiva y solidaria. En ese momento comenzó a excluirse a las embarazadas de los trabajos duros.

Si bien el mito del instinto maternal fue creado y difundido en el siglo XVI por la Iglesia Católica, es en este momento que cobra un nuevo auge y es impulsado por científicos y filósofos en un primer momento y por la sociedad en general posteriormente. La noción de instinto maternal surge como una forma de control ideológico de la Iglesia sobre las mujeres a fin de evitar el gran número de muertes infantiles que sucedían en ese momento. Dado que muchas de ellas eran producidas por descuido, negligencia en el cuidado o abierto maltrato la idealización del amor maternal y la dedicación a los hijos, como valores y virtudes ensalzables en el aspecto religioso primero y social después buscaba proveer de cuidados más continuos y cercanos a los niños, a fin de asegurar una mayor tasa de supervivencia. El amor espontáneo de la madre al hijo (Badinter, 1981) es exaltado como un nuevo valor; natural y social, que es favorable a la especie y a la sociedad. La mujer debe consagrarse al cuidado del niño, el cual comienza a tener

un valor mercantil a largo plazo. La mayor prioridad es lograr la supervivencia del mayor número posible de niños. Hasta entonces el 25% de los niños nacidos, moría el primer año. Antes de llegar a los 10 años había muerto el 50%. Aunque estos números variaban de región a región y de acuerdo a las condiciones de vida; la realidad es que la mayoría de las madres eran indiferentes, si no es que abiertamente negligentes del cuidado de los hijos. La mayoría de ellas se separaban del bebé al nacer y lo enviaban al campo al cuidado de una nodriza (muchas veces enferma, siempre pobre, mal nutrida y sobrecargada de trabajo) que descuidaba y desatendía a los niños. Cuando regresaba el niño (a veces enfermo o desnutrido) era puesto al cuidado de una gobernanta hasta que tenía la edad para ser enviado interno, generalmente a un colegio católico (los varones) o al convento (las niñas). De ahí solo volvían para casarse (Badinter, 1981; Kniebiehler, 2001).

Muchos pensadores del siglo XVIII, entre los que destaca Rousseau, señalaron la importancia de la madre en la supervivencia y educación del niño. La madre, sin la carga del trabajo productivo, se dedicó a la vida doméstica y al cuidado de los niños. A cambio, de tal dedicación se les prometió la igualdad, el respeto de los hombres y el reconocimiento social por la utilidad y el valor de su labor. Empezó a considerarse al ser humano, como una riqueza económica potencial. Su mano de obra produce beneficios y garantiza la protección militar del país. Este tipo de consideración es un reflejo del naciente capitalismo.

Las madres se preocupaban asimismo por producir y reproducir el instinto materno, haciendo que las niñas criaran un perrito o gatito; que fueran madrinas espirituales de niños abandonados. También utilizaron otro instrumento inventado en el siglo XIX: la muñeca. Esta, inicialmente representaba a una joven mujer elegante (podríamos comentar que fue el antecedente de la "Barbie") para motivar a las niñas a querer crecer, a inventar complicados peinados y atuendos. Es hasta 1850 que los fabricantes empezaron a presentar muñecas bebé asexuadas, con las que las niñas jugaban a ser mamá (Kniebiehler, 2001).

Las mujeres de la clase burguesa fueron las primeras en asumir de forma intensiva el cuidado de los hijos, en retomar el amamantamiento y en prescindir de las nodrizas. El medio cultural empezó el "ataque" psicológico señalando que la función de los senos femeninos es la del amamantamiento, no la vanidad. Se elogia la belleza de las nodrizas y los "encantos" de la maternidad, se enfatizan los beneficios físicos y emocionales de la lactancia.

2.4.6 Siglos XIX y XX

En el siglo XIX, surge la imagen perfecta de la “buena madre”, la cual es aceptada e imitada por todas las clases sociales. Cualquier desviación es criticada y sancionada socialmente. Los cambios más relevantes en la práctica de las tareas maternas son los siguientes:

Se enfatiza la lactancia. La leche materna es estéril y adecuada a las necesidades del bebé.

Surge la creencia de que los cuidados la ternura y el mayor contacto físico del niño con la madre le ofrecen un mayor bienestar al bebé.

Se otorgan cuidados prenatales a la madre (dieta, higiene y ejercicios)

Se promueve el cuidado de la higiene y salud del bebé. Se señala la necesidad y la importancia de mayor tiempo dedicado al niño y sus necesidades.

Se abandona el uso de las fajas en los bebés y se les ponen ropas holgadas que permiten una mayor libertad de movimientos

Se comienza a considerar la negligencia o descuido de la madre hacia el niño como uno de los peores crímenes

Es muy importante mencionar que la mayor dedicación y cuidado de la madre hacia el niño produce la liberación del niño (en cuando mayores oportunidades de supervivencia y valor social) y al mismo tiempo implica la alienación de la mujer – madre (que debe postergar o negar sus propias necesidades). Las madres son las que transmiten la ideología dominante, las costumbres y la religión. En esa época surgen nuevos “oficios” femeninos (maestra, enfermera, educadora), aparecen los jardines de niños y el acceso de las mujeres a las profesiones médicas y de trabajo social. Surgen en los Estados los conceptos de licencia pagada por maternidad, seguros de maternidad y subsidio familiar.

A principios del siglo XX avanza el uso de los anticonceptivos. El aborto se practica ahora con métodos menos peligrosos y traumáticos. Incluso son los médicos quienes los practican, desplazando a las parteras.

La atención médica de la reproducción humana en los hospitales se convirtió en asunto de hombres. Incluyó el uso de la anestesia, técnica de asepsia, técnicas de sutura, se generalizó la cesárea. Por el descubrimiento de la pasteurización se rehabilita el uso del biberón, el cual había sido utilizado desde la Antigüedad, pero

había resultado mortal, debido a las infecciones que producía y transmitía. Ahora podían esterilizarse biberones y leche. El triunfo en el uso del biberón transforma la relación madre-hijo desde el punto de vista simbólico y práctico al disociar gestación y nutrición. Esto permitió que las madres se vieran liberadas de la lactancia a fin de incorporarse al mercado de trabajo. Esto también posibilita compartir las tareas de crianza con el padre.

El parto atendido en el hospital se convierte en un evento individual, sin partera, A fines del siglo XX se inventa el diafragma, la píldora, el DIU, los implantes dérmicos. También la Iglesia sugiere el uso de los métodos naturales. Se inventa y generaliza la ecografía a fin de monitorear y supervisar embarazo y partos. Se populariza el uso de la cesárea, los partos programados, la anestesia epidural, la episiotomía; convirtiendo la reproducción humana en un asunto científico y técnico. Hay tratamientos contra la esterilidad, fecundación in vitro, partos múltiples, abortos terapéuticos, comercialización de óvulos, alquiler de úteros y congelación y clonación de embriones. Una corriente alternativa pugna por los partos asistidos por parteras, en el hogar, en tinas de agua templada, sin anestésicos y con cursos Lamaze o psicoprofilácticos.

La madre del fin del siglo XX limita y programa su fecundidad. Ella quiere a todos sus hijos por igual. Concibe a la maternidad como un asunto personal, que si bien tiene repercusiones sociales, da sentido a la propia vida.

2.4.6 Perspectivas actuales

Los avances científicos y tecnológicos han desplazado la maternidad de ser una mera función biológica a una elección activa, racional y afectiva. Dado que es una necesidad social, que implica la renovación de las generaciones no es exclusiva de la vida privada ni la expresión de un deseo personal. Si hay apoyo de la colectividad: el compañero, la familia extendida, la sociedad (guarderías, escuelas) se seguirá dando a luz.

La maternidad no es ya la única vocación para las mujeres. Muchas de ellas la ven como un complemento para sus carreras, padeciendo al mismo tiempo las dobles y triples jornadas: trabajo externo, trabajo doméstico y crianza de los hijos (Lagarde, 1993).

El trabajo externo es realizado por las mujeres con fines de recompensa económica y cómo un medio para la realización personal y el desarrollo de la personalidad. En la medida en que la mujer fomenta una mayor participación y cooperación de la pareja en las tareas de crianza de los hijos tendremos una relación hombre- mujer más igualitaria, una relación padre- hijo más cercana y satisfactoria , matrimonios más felices y una sociedad más plena e igualitaria.

2.4 Femenidad y Maternidad en México

En México, como en casi todas las culturas, los términos feminidad y maternidad han sido sinónimos. Esto se ve reflejado en la Historia, la cultura y la forma de educación que se da a las mujeres.

Entre los aztecas, aún las Diosas como Coatlicue, cargaban sobre sus hombros la obligación del trabajo doméstico, la crianza de los hijos y el honor (prestigio) de la familia. Su valor, su destino y su justificación de vida era dada por los hijos. En los pueblos precolombinos, el principio femenino fue considerado heroico y sagrado. Ligado siempre a la fertilidad de la Tierra y a la conservación de las costumbres y tradiciones (Herrero,1998). La vida cotidiana en las culturas precortesianas estaba totalmente dividida por géneros. Los hombres se dedicaban a la guerra y las mujeres a la casa. La educación de los valores y costumbres se llevaba a cabo sobretodo por tradición oral. A las niñas de todas las clases sociales, se les educaba en casa hasta los nueve años. Se les entrenaba para cumplir con las labores propias de su sexo: el cuidado del hogar y de los hijos. Después eran enviadas a la escuela, donde de les formaba en el culto a la divinidad y en la educación moral, a fin de preservar la castidad. La primera y más importante vocación de vida era el matrimonio y la familia. La segunda opción implicaba la dedicación al servicio religioso. La tercera consistía en ingresar a la “Casa de cantos”, donde aprendían danza, música y cantos a fin de preservar la historia y las tradiciones, para transmitir las a las siguientes generaciones. Fuera de estas opciones, las mujeres sólo podían ser comerciantes, en apoyo o sustitución de sus maridos o bien parteras, las cuales eran sumamente respetadas, pues fungían además de curanderas, consejeras y casamenteras (Herrero, 1998).

Durante la época de la Colonia no hubo cambios sustanciales debido a que

españoles y aztecas compartían dos ideas básicas. En primer lugar las mujeres son diferentes e inferiores a los hombres. Además el destino principal de las mujeres es el matrimonio. La educación de las mujeres tenía tres diferentes etapas: primero catecismo, el cual las instruía en lo relacionado a la cultura occidental católica. Enseguida venía la cultura media en escuelas, la mayoría de las cuales eran o bien religiosas o conventos o improvisadas. Se enseñaba a las niñas a leer y escribir, las cuatro operaciones aritméticas, labores manuales, los llamados oficios de mujer (costura, tejido, cocina y economía doméstica).

La educación superior, era exclusiva de las clases acomodadas debido a que requería de preceptores particulares, los cuales daban clases de acuerdo a los intereses de la alumna, siendo supervisados por el confesor. Básicamente incluían latín, griego, música y pintura. Es hasta mucho más tarde, que se originan las escuelas públicas y los conservatorios.

A partir de la Independencia de México, surge la necesidad y la costumbre de educar a la mujer y de proporcionarle oficio, a fin de permitirle solventar sus gastos y evitarle el peligro de la prostitución (el cual acechaba a viudas y solteras pobres).

Ignacio Ramírez, sugiere que hay que dar participación política a la mujer y promover la igualdad de los sexos. También insiste en la necesidad de educar a las mujeres a fin de que cumplan más cabalmente su función de madre y de educadoras de la siguiente generación (Herrero, 1998). En esa época, se comienza a dar importancia y reconocimiento social a la labor de las mujeres. Al mismo tiempo, se les abre el espacio para realizar algunas profesiones: maestra, educadora y partera. Fue hasta 1904 que hubo abogadas y doctoras en nuestro país.

En 1916 en el seno del Congreso Feminista de Yucatán, aparece el primer instructivo sobre la regulación de la natalidad. En todos los países del mundo la separación entre procreación y sexualidad ha sido la condición necesaria para la emancipación femenina.

Rosario Castellanos (citada en Herrero,1998), quien fuera Secretaria de Educación en los años 50's, afirma que la única posibilidad que existe en México de ser mujer y alcanzar la categoría de ser humano, es a través de la adquisición

de educación y la creación cultural. También señala que la aportación femenina ha sido limitada, dado que la mujer ha sido relegada al hogar y se le han negado las oportunidades de adquirir educación y participar en la actividad cultural.

La salida de las mujeres de los espacios exclusivamente femeninos, obedece a la apertura de una nueva independencia (intelectual y económica) de las mujeres, al acceso a mayores oportunidades de educación y a la igualdad entre los sexos. Esto ha promovido que las mujeres no sean sólo maternales sino que desarrollen sus capacidades e intereses como seres humanos. Esto enriquecería la vida de toda la sociedad, al dotar a los niños y niñas de modelos más igualitarios y positivos. Ellos aprenderían a colaborar como compañeros, a elegir el tipo de personas que desean ser y el tipo de relaciones que desean mantener con los demás. La Educación es un proceso que inicia con el nacimiento y termina con la muerte. Hay que estar preparados para los retos que cada etapa nos presenta y para las múltiples y libres posibilidades de elección que la educación nos abre.

Gracias a los adelantos científicos y tecnológicos; a la inserción cada vez mayor y más importante de las mujeres en el mercado de trabajo y a la creación y difusión de una conciencia femenina, la maternidad no es ya un destino ineludible para las mujeres de inicios del Siglo XXI. Si bien es cierto que aún en este momento histórico, la gran mayoría de las mujeres serán madres en algún momento de su vida. También es cierto que ser madres no será para todas ellas la única y exclusiva fuente de desarrollo y realización de que disponen.

Cada vez son más numerosas las mujeres que ven la maternidad como una elección; como una opción que puede o no tomarse, sin que por ello la mujer vaya a ser sancionada socialmente, o vaya a quedar incompleta. El acercarse a la maternidad como una elección consciente y voluntaria, más que como un sino inexorable da la posibilidad de vivir esta experiencia con mayor sentido de la realidad, valorándola en su justa dimensión, sin sobre-valorarla, pudiendo así extraer una satisfacción real de este proceso.

La maternidad implica un conjunto de tareas y actitudes que pueden ser desgastantes y fatigosas. La mujer desempeña un trabajo externo remunerado,

por eso, debe plantear y asumir la posibilidad de compartir con su pareja la responsabilidad del cuidado de los hijos y el trabajo doméstico. Y no verlo como una obligación exclusiva, a riesgo de verse presa de dobles y triples jornadas de trabajo. Es ella quien debe promover y presionar el cambio, el hombre espontáneamente no lo asumirá.

Mientras más instruidas y activas son las mujeres, menor satisfacción lograrán en un matrimonio tradicional, Menor será el sentimiento de logro y felicidad que tendrán con la maternidad. La maternidad no es ya nuestra única vocación, u opción de vida. No es ya una forma de llenar nuestras carencias afectivas y sociales; la forma de canalizar la frustración de nuestras necesidades reprimidas o de contrarrestar la soledad o la vivencia de un matrimonio cruel.

Maternidad y Femeidad no son ya sinónimos y podemos ser mujeres cumplidas, completas y felices sin tener hijos. La maternidad y sus tareas son un no-trabajo. No pueden organizarse, mecanizarse ni racionalizarse, dado que el niño es un sujeto, no un objeto. El niño ocupa un lugar en el cuerpo y la mente de la madre y aunque cueste dinero, no tiene precio (Badinter,1981).

Finalmente, no es posible hablar de instinto materno sino de presión social e ideológica; de distintas formas de valorar la maternidad y desvalorizar la soltería (o viceversa) a través del tiempo y las diferentes culturas. El llamado "instinto maternal" es parte de las construcciones sociales y culturales en las que hemos nacido, hemos sido criados y hemos terminado por introyectar, de tal manera que casi creemos que es instintivo y que es natural.

Una vez definida la femineidad a partir de la función procreadora de la mujer, es necesario ahora describir las distintas formas y mecanismos que familia y sociedad emplean para transformar un bebé humano del sexo femenino, en madre potencial. Dotándola de los valores, pensamientos y comportamientos necesarios a fin de convertirla en un ser de otros y para los otros. Destinada a cuidar de los demás y poner sus necesidades por encima de las propias. En el siguiente capítulo, se abordará el proceso por el cual a lo largo de la infancia y adolescencia, una niña es moldeada, modelada y orientada hacia la maternidad.

CAPITULO III

LA CONSTRUCCION PSICOSOCIAL DE LA MATERNIDAD EN LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

Uno de los principales objetivos de la sociedad patriarcal es mantenerse en el tiempo, persistir. Por esta razón es necesario reproducir las creencias, valores y prácticas sociales, transmitiéndolas a las siguientes generaciones. El mecanismo utilizado es el proceso de socialización. Por el cual un individuo va conociendo, imitando y reproduciendo contenidos simbólicos y pautas conductuales. Se va adaptando al medio histórico-social en que le ha tocado vivir. Los medios son distintos: La familia, La escuela, las instituciones sociales, los grupos, el medio laboral, La religión, los medios de comunicación. Estos transmiten las normas, valores y comportamientos vigentes y “adecuados”. Tatúan en nuestra mente y en nuestra piel estos contenidos, con tanta frecuencia e insistencia que terminamos por no poder diferenciar lo que nos ha sido dotado genéticamente de forma innata, de aquello que se nos ha inculcado culturalmente.

En la adquisición de los roles de género se lleva a cabo un proceso que inicia desde que el individuo está en gestación, ya que gracias al desarrollo de los aparatos de ultrasonido es posible conocer el sexo del bebé in útero, y sólo termina con la muerte. Continuamente estamos recibiendo mensajes culturales, que redefinen, pulen, ajustan nuestro perfil de hombres o de mujeres.

En el proceso de socialización se le atribuyen a las hembras distintos significados que las constituyen como mujeres. El más importante de ellos hacia el cual tiende el mayor esfuerzo educativo, normativo y social: la única y más noble vocación para las mujeres es la de ser madres.

3.1 Nunca es demasiado pronto para aprender a ser madre: La construcción de la maternidad en la infancia

Anteriormente, sólo era posible conocer el sexo de un bebé hasta el momento

del nacimiento. En la actualidad gracias a la ecsonografía es posible conocerlo desde que el individuo está en gestación. Así pues, la educación del género empieza incluso antes de que el bebé haya nacido.

La familia se rige por los patrones culturales de la sociedad en que se desenvuelve. Estos patrones implican un tipo de trato y educación específicos para los individuos recién llegados al mundo (o incluso por llegar) de acuerdo al sexo al que pertenecen (León, 2001). Al nacer una niña se eligen nombres femeninos, se pinta la habitación de color rosa y se le llena de borreguitos, ositos o muñecas. La bata y las pantuflas que se pone la madre en el hospital son rosas, lo mismo que el moño que franquea la entrada del cuarto. El padre orgulloso (y resignadamente en la mayoría de los casos) reparte chocolates a sus amigos y familiares. Los cuales en ocasiones le dan sus condolencias por no haber tenido un varón y otras lo acompañan en la borrachera con la que pretende olvidar el agravio y donde se promete a sí mismo que la próxima vez sí llegará el “machito”.

En muchos casos el padre (y los abuelos) rechazan velada o abiertamente a la niña y a la madre, llegando a negarse a verlas o reconocerlas, a ocultarlas o incluso al infanticidio (Echavarrí & Miranda, 1997). En algunos casos llegan a golpear a la madre por el imperdonable delito de haber traído al mundo a una mujer. Con lo cual demuestran una tremenda ignorancia, pues es el padre quien genéticamente determina el sexo.

La madre recibirá a la niña con compasión (al prever la vida de sumisión y sufrimiento a la que está destinada), con rechazo (al culparla del descrédito y rechazo que ella misma está sufriendo) y en algunos casos con agrado, al ser percibida como un muñequita viviente con la cual la madre podrá jugar, a quien podrá vestir, adornar y llenar de moños. Entonces si nace una niña se le viste de colores tenues, sobretodo rosa y amarillo. El trato hacia ella es cuidadoso y con mayor ternura (Echavarrí & Miranda, 1997). Se les regalan juguetes que las preparen para sus futuras ocupaciones. Escobas y trapitos para limpiar el polvo de su casita (Herrero, 1998). Muñecas y cunitas para entretenerse siendo madres, platitos y ollitas para jugar a la “comidita”. Disfraces de mujer adulta: tacones, pelucas y cosméticos de juguete a fin de crear a la “futura seductora” y a la que se convertirá en consumidora en ocasiones compulsiva, de perfumes, moda y maquillaje de las siguientes décadas.

Se procura que la atmósfera que rodea a las niñas sea armoniosa, tranquila y amable. Con ellas se utiliza menos el lenguaje soez. Se procura que los juegos no sean rudos, ni sucios, como jugar con tierra, etc. (Echavarrí & Miranda, 1997). Se les ponen moños y diademas en los complicados peinados que se les hacen en el cabello, largo por supuesto. Se les ponen vestidos con profusión de moños y olanes, de colores claros, los cuales son fácilmente ensuciables y que limitan la libertad de sus movimientos y sus juegos. También se les ponen zapatos blancos, incómodos y a veces de tacón. Cada vez más, se tiende a vestir a las niñas con modelos en miniatura de la ropa “de moda” de las mujeres. Así pues, las vemos desde los 3 ó 4 años con ceñidos pantalones a la cadera, con blusitas ombligueras, escotadas, con delgados tirantes (o de plano sin ellos), microfaldas (o maxicinturones) y los eternos zuecos o sandalias de tacón. Versiones reducidas de la mujer seductora y deseable impuesta por la moda y la publicidad.

3.1.1 *Propedéutico de la Maternidad*

La mayor parte de las mujeres se siente prisionera de cierto modelo de femineidad, un modelo determinado por la sociedad patriarcal. El hombre con el correr de los siglos ha determinado la historia de la mujer de acuerdo con sus ventajas y criterios. Creando también el mito de la mujer ideal de acuerdo a sus propios deseos, aspiraciones. Lo que le gustaría ser, lo que odia y lo que teme. El predominio del hombre y de sus estándares está indisolublemente ligado a la complicidad de la mujer. La cual se somete colaborando activamente en la educación de los hijos e hijas haciendo de estos unos perfectos dominadores, de ellas unas criaturas sometidas. Respaldada por todos los mecanismos sociales, familiares, religiosos y publicitarios, la acepción de la mujer “adecuada” y “aceptable” implica que sea femenina. Es decir, obediente, sensible, cariñosa, nunca irónica o sarcástica, provocativa, ingenua, con “cierta” inteligencia. Que no tenga ni un atisbo de agresividad hacia el hombre y que sea sumisa. Así pues, a una mujer que demuestre ser libre, responsable consciente y autónoma se le reconocerá como poco femenina.

Es muy importante mencionar que aquellos comportamientos relacionados al éxito, la competitividad, la responsabilidad y la independencia son totalmente

incompatibles con los valores femeninos (Debold,1993). En nuestra sociedad los comportamientos que definen a una persona exitosa, son los mismos que definen la masculinidad. Los que independientemente de la época, la zona geográfica y el nivel socioeconómico son inculcados y reforzados en niños y hombres. Estos comportamientos incluyen la confianza en si mismos, la predisposición a correr riesgos, la independencia y autonomía activas, el comportamiento orientado a lograr los objetivos, el impulso a alcanzar logros, la automotivación y persistencia del comportamiento en el tiempo a fin de llegar a sus metas. A las niñas por el contrario no se les inculca y en el caso de que desarrollen el comportamiento no se les refuerza, más bien se les denigra y ridiculiza por no ser femeninas, por su comportamiento “agresivo” de “marimachos”. De Beauvoir (1949) y Marone (1999) coinciden en comentar que las niñas tienen ventaja evolutiva en relación a los varones. Las muertes durante la gestación, las perinatales y en los primeros años de vida son menos frecuentes en niñas. Ellas son más resistentes a las enfermedades, su talla y peso son mayores que las de los niños hasta la adolescencia. Aprenden a sentarse y a caminar antes que los varones. También hablan antes, manejan oraciones más complejas, aprenden a contar y a leer más pronto que los niños. Hasta los 10 años son audaces, competitivas, curiosas, energéticas. Corren, juegan, trepan, se pelean se sienten orgullosas de su cuerpo y de su fuerza al igual que los varones. A los niños se les inculca y refuerzan estos comportamientos. A las niñas por el contrario, desde los primeros años y como destino impuesto por la sociedad se le empieza a inculcar la pasividad (Zweig, 1992). Se le refuerza por estar quieta y callada, por no alzar la voz, por no ensuciarse. Se le premia por no correr riesgos, ni aventurarse lejos de la mirada de los padres Se le enseña que para agradar, es necesario esforzarse; se requiere renunciar a si misma, a sus inquietudes y necesidades: a hacerse objeto. Se le limita la libertad, la curiosidad y la iniciativa. Se le trata como una muñeca viviente con ropas incómodas y complicados peinados. Se le abandona en su infancia en un mundo de mujeres donde imitan los usos de las mayores y donde la relación de éstas con la niña es muy ambivalente (Hancock, 1990 en Zweig,1992). Las mujeres (madres, tías, abuelas, etc.) miman y sobreprotegen a la niña y al mismo tiempo le son hostiles, al imponerle a la pequeña el mismo destino del cual ellas son víctimas; como una retorcida forma de reivindicar su femineidad y al mismo tiempo vengarse.

Las niñas que son criadas por hombres en palabras de Simone de Beauvoir: “escapan a las taras de la femineidad “y adquieren comportamientos “masculinos” que le son bastante funcionales en la competitiva sociedad en que vivimos. Desde muy pequeña a la niña se le inculca la necesidad de agradar; la noción de que para ser dichosa, hay que ser amada. Por esto la suprema necesidad de toda mujer es hechizar a un hombre. Para esto no se le pedirá mayor virtud que su belleza y su comportamiento femenino. Por esto el cuidado de su físico empieza a convertirse en una obsesión, durante toda la vida.

Las niñas tienen una gran tendencia a las relaciones sociales y esto, que podría representar una gran ventaja, se convierte en un gran obstáculo (Borysenko,1998). Las niñas son entrenadas a detectar y responder con una gran intensidad a las emociones de las demás personas. Es más susceptible a avergonzarse y a modificar su comportamiento para evitar el enfado o la desaprobación de sus padres, maestros o familiares. Al ser, el ser humano un animal de “manada”; busca y necesita ser “aprobado” y “aceptado” por su grupo social. Por eso la culpabilidad y la vergüenza por no ser aceptado, son potentes elementos coercitivos cuya amenaza resultante: el aislamiento y el rechazo son sumamente temidos y evitados. Estos son dos de los mecanismos más usados, por la familia y sociedad en la socialización de los individuos. Esta es la cara oscura de una capacidad social que en su aspecto positivo brinda a niñas y mujeres: la intuición, la compasión y la empatía.

A las niñas se les enseña también, a vivir por y para otros (Lagarde,1993). A dar mayor importancia a validar los deseos, inquietudes, necesidades y emociones de los demás por encima de los propios. A ser obediente, diligente, cuidadosa, laboriosa, dedicada. A trabajar sin descanso; mucho, bien, de buen grado, sin quejas y en la mayoría de las veces sin agradecimiento, reconocimiento ni retribución. Niñas y mujeres siempre trabajan, sobretodo por y para los otros, es una de sus cualidades genéricas (Lagarde, 1993).

3.1.2 Aprendizaje intrafamiliar de la maternidad

El agente socializador y catalizador más importante en la familia y la sociedad,

de los contenidos y significados relacionados a la maternidad, es la madre. A través de la relación madre-hija, modera, selecciona, y pone al alcance de la niña los valores, conceptos y comportamientos relativos a la Maternidad. No sin antes, matizarlos o más bien contaminarlos con sus propios juicios su experiencia y sus sentimientos, tanto positivos como negativos (Friday, 1994). Es decir las pautas de educación relativas a la maternidad y al sexo son transmitidas vivencialmente por la madre de generación en generación y de manera poco variable. En otras palabras, el ejercicio maternal de las mujeres, es producto del aprendizaje y de la identificación en un rol determinado. A las niñas se les enseña a ser madres, con juegos y ejemplos. Se les entrena para el cuidado infantil y se les repite continuamente que su misión, vocación y lo único que dará sentido y trascendencia a su vida es la maternidad. Es sólo a través de esta vivencia que la mujer estará completa, encontrará su legitimidad como mujer. En nuestro mundo hasta hace muy poco tiempo, para ser visible había que dar vida, para ser reconocida (por lo menos un día al año) había que parir. La capacidad de procrear, de reproducir la especie y el linaje, de educar y socializar es lo que valida la existencia de la mujer.

Por medio del trato cotidiano, en el proceso de crianza y socialización, se nos enseña a ser un vivo retrato de lo que fueron nuestras madres. Ellas depositan en sus hijas una serie de creencias y valores. Las recompensan por la ayuda y compañía que les brindan, el amor que les prodigan. Al mismo tiempo la madre se relaciona con el mundo a través de sus hijos, sus triunfos y sus preocupaciones son los de ella en una forma de recompensa vicaria .Ya que en muchos de los casos la madre no tiene actividades o intereses que desarrolle por sí misma , para su propia satisfacción y realización.

En el ámbito psicológico, la mujer obtiene una serie de gratificaciones por medio de los hijos, como tener una motivación para obtener éxitos y realización. El sentirse más femenina, el tener responsabilidades en la vida. El sentir que sus hijos son la prolongación de ellas mismas y por otra parte el poder que obtienen a través de la manipulación de los hijos y sus afectos en el interior de la familia. Este vínculo con los otros por medio de la prodigalidad y el servicio es el vínculo esencial de la maternidad como institución. Que define la identidad de las mujeres y que da sentido a su existencia y completud por medio de la satisfacción de las

necesidades de otros.

La prestigiada psicoanalista Karen Horney en (1989) expresa que la relación madre-hija es la más dramática de todas las relaciones pues pone en evidencia la condición servil de la mujer. La madre se ve obligada, a transmitir por toda herencia relacional, la opresión, la discriminación y la explotación que ella misma sufre. La niña recibe directamente de la madre, la preparación necesaria para adaptarse y perpetuar el sistema patriarcal en el cual ella seguirá siendo una esclava y donde deberá transmitir la estafeta una generación más. Esta esclavitud no sólo afecta la conducta y las acciones de la mujer, sino todo su universo cognitivo, afectivo y sentimental (Echavarrí & Miranda,1993). La niña en contacto con su madre establece una valoración de sí misma. De modo que resulta difícil romper con la imagen que se espera de ella como mujer sin romper con la madre. A partir de la identificación mujer–madre, los atributos adscritos a la maternidad son transferidos a la mujer. Actitudes tales como tolerancia, paciencia, generosidad, renuncia, entrega, bondad, dedicación resultan ser las expresiones más acabadas de la femineidad. Actividades tales como la limpieza de la casa, cuidado de los niños, cocinar, le son enseñados a la niña. Estas actitudes y actividades promueven la identificación mujer – madre, la cual encuentra su apoyo sostén y aval en la ideología patriarcal que esgrime la maternidad como el ideal y vocación femeninos por excelencia.

Desde los primeros años de la infancia la niña se da cuenta de la posición relativa de los hombres y las mujeres en la sociedad (Debold,1993). Ella crece experimentando el poder (más bien la falta de él) en la cultura occidental. Nota su menor fuerza física, las tareas a las que ha sido destinada, su falta de libertad. Vulnerable a la opresión y a la dominación sólo siente poder en el contacto emocional y social. Se siente muy ligada a la madre y a otras mujeres con las cuales teje una red de seguridad emocional.

3.1.3 *El abc de la maternidad; la escuela*

La madre es el educador o posibilitador de experiencias en dos planos. En el plano Formal imparte la instrucción de cómo bañarse, comer, vestirse, dar los primeros pasos o decir las primeras palabras, etc. En el plano informal la madre es

un modelo inter-actuante y trascendente que sirve de referencia a la niña de cómo se comporta, expresa y conduce una mujer. La madre apoyada por todo el sistema familiar y social no enseña a independizarnos emocionalmente, más bien centra su educación en la necesidad de ser “adecuada” al contexto al adquirir y exhibir los comportamientos y actitudes sociales, morales, religiosa, etc. que le permitirán ser aceptada por otros, servir a otros. Esto en conjunto tiende a hacer del hogar el espacio femenino por excelencia refugio indispensable de la mujer – madre, necesario para anclar la seguridad, construir la personalidad y dar valor y trascendencia a su vida.

Al adentrarse más adelante la niña en otro espacio social: La escuela, la sociedad refleja la evaluación de quién es ella basada en noción cultural de femineidad. La escuela refuerza y amplía el trato diferencial hacia hombres y mujeres que ella ya ha vislumbrado en la familia. Y los comportamientos que en casa le han sido inculcados a ella, ahora son esperados. Se espera que sea buena, amable, obediente, dulce, alegre, cooperativa y trabajadora.

Dado que el destino social de la mujer es el de ser esposa y madre permaneciendo en el hogar, muchas familias aún hasta la fecha, no ven la importancia, ni la necesidad de que sus hijas estudien, ni de que aprendan un oficio que les permita sobrevivir. No son motivadas, ni apoyadas a la preparación técnica, intelectual o profesional. Así pues, se comenta: “para que estudia, si no lo necesita; “es mujer” o “el título sólo le servirá para colgarlo en la cocina”. Aquellas que logran llegar a la escuela no son motivadas ni recompensadas ni por los maestros ni por el sistema. Los maestros y maestras tienden a dar un trato diferencial a niños y niñas. En el caso de los hombres, si fallan en el desempeño académico los maestros lo relacionan a falta de estudio o flojera, motivándolos y recompensándolos por sus intentos y esfuerzo. En el caso de las niñas cualquier falla o insuficiencia son interpretados como falta de capacidad. También con prejuicio de género “las mujeres no son buenas para las matemáticas o la física”. Así las justifican y no las motivan a estudiar más. Por otro lado a los maestros puede resultarles más fácil o cómodo trabajar con niñas pues ellas son más obedientes, calladas, dóciles, cooperativas (Marone,1999). Por lo que en muchas ocasiones al calificar su desempeño académico suelen matizarlo con su buena conducta dando así una calificación o promedio mayor al que realmente están

obteniendo.

En el sistema escolar vigente, se tiende a devaluar a las mujeres, además de que carecen de las habilidades (autoestima, competitividad, acción orientada a objetos, iniciativa, etc.) que les permitirían competir y triunfar en un sistema donde hay un orden jerárquico de calificaciones, una continua comparación con otros donde la auto imagen se basa en el desempeño y donde hay que auto motivarse para persistir en un esfuerzo. La escuela en conclusión, reafirma los valores y comportamientos divididos por género que se inician en la familia. No motiva y recompensa a las niñas por su trabajo intelectual. No ofrece en la mayoría de los casos, modelos de mujeres autónomas, inteligentes, etc. las cuales pudieran inculcar y recompensar en las niñas la dedicación a logros académicos.

3.1.4. *Sociedad y medios de comunicación*

El niño o niña adquieren su identificación sexual por medio de juguetes, juegos, libros, deportes, medios de comunicación. También a través del vínculo con los abuelos, tíos, hermanos, maestros, etc. Cuando los niños son pequeños los juguetes que se les dan son muy similares para los dos sexos: animalitos de peluche, pelotas, sonajas, animalitos chillones (Echavarrí & Miranda, 1997). Son juguetes grandes, vistosos, de colores llamativos, suaves, tiernos. El gusto o preferencia personal del niño es lo que determina su apego a cierto juguete. Conforme los niños van creciendo los juguetes que se les dan se van diferenciando de acuerdo al sexo, reforzando la educación de género. Sin embargo es muy importante dar a los niños de los dos sexos la oportunidad y la motivación de jugar con todo tipo de juguetes.

A las niñas se les dan utensilios de cocina y de limpieza en miniatura como entrenamiento a sus futuras labores domésticas. También muñecas, a fin de prepararlas para la maternidad. De entre las muñecas destaca la famosa "Barbie". Es la muñeca más vendida del mundo, tanto en su versión original como las imitaciones. Este juguete no enseña a ser madre, sino mujer. Es el símbolo de la femineidad moderna (Marone, 1999). Es el tótem de las fantasías masculinas y la gran saboteadora de la autoestima de las mujeres. Todas las mujeres desean ser

(y los hombres tener) una mujer como Barbie: breve cintura, largas y torneadas piernas, larga y sedosa melena, las niñas adoran probarle sus numerosos ajueres y utilizar sus múltiples hábitats y accesorios. Así las preparan para ser futuras practicantes del culto a la belleza y al consumismo. Siembran en ellas la insatisfacción con su apariencia que habrá de acompañarlas hasta la tumba y la obsesión, por la ropa, el peso y la belleza. Es necesario dar a las niñas otro tipo de juguetes, como equipos científicos, cajas de herramientas y juegos de mesa, para promover la adquisición de habilidades mecánicas y soluciones estratégicas. Promover la práctica de deportes, sobre todo en equipo, para enseñar disciplina física y fortaleza y posibilidades de su cuerpo, lo mismo que habilidades competitivas.

En cuanto a los medios de comunicación, estos influyen grandemente en la formación y adquisición de valores relacionados con femineidad y maternidad. A través de técnicas sobre todo visuales y utilizando el arte y la ciencia de la persuasión, lo mismo que las técnicas psicológicas, tratan de comunicar mensajes, de atraer clientes y obtener ganancias al promover el consumo masivo. Para lograr sus objetivos, los publicistas y los patrocinadores no vacilan en transmitir cualquier mensaje. Las imágenes creadas por los medios de comunicación, son forma de control social que restringen y disminuyen el poder e independencia de las mujeres. Al presentar el ideal de belleza femenina y al presionar a las mujeres para alcanzar la perfección física como tarea de vida, con parámetros irreales frívolos e inalcanzables, reducen la autoestima femenina, la convierten en consumidora compulsiva y la distraen de objetivos más trascendentes e importantes (Marone ,1999), provocando un gran desperdicio de tiempo, dinero y energía. Presentan la belleza, la juventud y la sensualidad como una llave maestra que abre todas las posibilidades de éxito, felicidad, plenitud y romance, con las consecuencias naturales de matrimonio e hijos.

Algunos de los peores estereotipos negativos de cada género, están representados en las novelas románticas, las películas, las telenovelas y muchas canciones. En las canciones se expresa y se busca hacer permanente la dominación masculina e incluso la violencia hacia las mujeres. Implican que la mujer es un objeto para que el hombre haga con ella lo que quiera. En las novelas románticas y en las telenovelas se presentan personajes muy estereotipados. Los

hombres son siempre misteriosos, impredecibles, peligrosos y ricos. Las mujeres son indecisas, jóvenes, bellas, ingenuas, inexpertas y se ponen continuamente en peligros de los cuales deben de ser rescatadas (Marone,1999). En verdad, no muestran la vida como es; ni los personajes actúan como la gente real. Siempre toman decisiones impulsivas, viscerales y negativas, dejándose llevar por sus pasiones, por los celos, la envidia o la avaricia. Sin meditar las consecuencias de sus actos. Siendo siempre muy fáciles de engañar. Si bien los modelos de madre que presentan son variados, tienden a polarizarse. Por una parte la madre posesiva, orgullosa de su linaje, controladora, manipuladora, egoísta y cruel; imagen que suele ser más identificada con las madrastras. En el otro extremo, una imagen que es presentada con mayor frecuencia, que es mejor recibida y aceptada por el público la madre, que sin importar su edad o condición social es sufrida y sacrificada. Es vejada, humillada y maltratada, incluso (o sobretodo) por sus hijos. Sufre ofensas y privaciones con singular estoicismo y elegancia. Es capaz, hasta de dar la vida por sus hijos. Su recompensa es la felicidad y realización de los suyos. Su reconocimiento llega (a veces) después de su muerte, otras veces nunca, por medio de la consabida frase: "era una santa".

Como vemos, juegos, costumbres y medios de comunicación recalcan y refuerzan miles de veces aquello que hemos aprendido en casa y escuela. Hombres y mujeres son diferentes. Las mujeres sólo nacieron para ser madres. Las madres son incondicionalmente generosas, sacrificadas, sufridas, abnegadas. Viven para los demás, son felices a través de otros, para lo cual deben renunciar a sí mismas, a lo que las hace personas, a sus gustos, a sus necesidades, a su realización. Soslayando que antes que madre es mujer y que ante todo es un ser humano.

3.2 La construcción de la maternidad en la adolescencia

La crisis de la pubertad, la cual da inicio a la adolescencia se inicia hacia los 12 ó 13 años, más o menos 2 ó 3 años antes que en los varones. En la actualidad, en muchas niñas puede iniciar a edades tan tempranas como los 9 ó 10 años. Esta etapa trae cambios muy importantes para la niña a nivel fisiológico, psicológico y social. Los cambios fisiológicos son abordados con disgusto, inquietud y en

algunos casos con vergüenza. La niña percibe que su cuerpo cambia, que se le hace extraño, ajeno. Que tiene cambios sobre los cuales ella no tiene ningún control, que ya no expresa su individualidad. La niña quisiera esconderse, desaparecer, hacerse invisible. Esto provoca que muchas niñas caminen encorvadas (para ocultar sus senos), utilicen varias capas de ropa, una encima de otra, que no utilicen pantalones ni ropa ceñida (a fin de ocultar sus nuevas curvas), que se escondan en su cuarto o que se vuelvan excesivamente tímidas. En casos extremos como una manifestación inconsciente de su negativa a crecer las niñas desarrollan trastornos alimentarios. A fin de detener su desarrollo y evitar el acumular grasa en sus cuerpos que les genere curvas. Es importante mencionar que los casos graves de bulimia y anorexia cursan con ausencia de la menstruación. Este es uno de los factores, más no el único, que determina la aparición de trastornos alimenticios en las adolescentes. Otro más, el cual reviste la mayor importancia es la presión ejercida por la sociedad y los medios de comunicación, para el logro y mantenimiento de ideales estéticos artificiales, irreales e inalcanzables.

3.2.1 La adolescente en la familia: la relación madre-hija

A la madre le molesta le angustia y se le dificulta el explicar a su hija las cuestiones relativas al sexo, al parto, al embarazo y a la menstruación (Friday,1994). En esta área, la madre de manera más o menos explícita manifiesta sus propias creencias, valores y sentimientos acerca de sí misma y de su femineidad; los cuales a querer o no, transmite a su hija. Muchas mujeres, al igual que muchos hombres, sienten asco y desprecio por el aparato reproductor femenino. Por su apariencia, textura y olor, sienten repugnancia por la menstruación. Esta última simboliza lo femenino y es percibida socialmente como algo innombrable, como si al ignorarlo fuera posible desaparecerla. Se le percibe como algo sucio, vergonzoso, como una servidumbre, una maldición, una calamidad a la que ni siquiera se le llama por su nombre. Se dice “está enferma o indispueta “ , “está en sus días “ , “tiene la mala visita “ , ”la caperucita roja “,etc. Al aparecer la menstruación y tras una breve y rápida explicación de los cuidados a seguir. La madre comienza a percibir de una forma diferente a la hija. Ahora es una mujer, ya puede embarazarse. Limita más la libertad de la niña y la fuerza a

tener un comportamiento aún más recatado, dócil, callado, quieto. La madre es cómplice de la sociedad. Es hostil hacia su hija y su independencia, la cual como mujer corre más peligros en esta sociedad machista. La madre persigue a la adolescente, la vigila, la restringe, no le permite tomar sus decisiones. Le reprime la curiosidad, la espontaneidad, su personalidad (De Beauvoir, 1949; Marone, 1999).

Al haberse transformado su cuerpo y verse limitada su capacidad de acción y su fortaleza, el cuerpo de la joven se ha hecho más frágil, su fuerza y agilidad son menores. Además los cambios y desequilibrios hormonales crean inestabilidad motora y nerviosa, esto aunado a lo doloroso de su periodo menstrual. Como la joven no tiene ya confianza en la fuerza, agilidad y estabilidad de su cuerpo, pierde confianza en sí misma. El advenimiento de la menstruación en la hija crea en la madre la confirmación de que la niña es mujer y la necesidad de retomar los esfuerzos por educarla, por hacerla "adecuada". Para ello, hay represión, restricción de la libertad, límites a su curiosidad e inquietudes. Impone a la hija reglas más severas en cuanto al cuidado del cuerpo, las costumbres, la forma de vestir, los juegos, las actividades, la compañía. Se intensifica la participación en las labores domésticas y las responsabilidades en el hogar. No se le motiva a continuar estudiando. En muchos casos se les saca de la escuela y se les pone a trabajar o simplemente se les recluye en el hogar (Lagarde, 1993).

Como la Madre es la que enseña y presiona a la hija a adaptarse a la sociedad, la hija asocia con su madre el dolor y las renunciaciones que esto representa. Por eso, dirige hacia ella la rabia y el odio que siente por la opresión y la discriminación de las cuales es víctima por ser mujer. Incluso cuando la relación entre ambas es estrecha hay un cambio y una ruptura. Esta "traición" de la madre es el origen de la "Matrofobia", es decir el miedo, la renuencia a ser igual a nuestra madre (Friday, 1994). La Matrofobia es una ruptura, una fractura entre generaciones de mujeres, las cuales a partir de la adolescencia no son ya vistas como maestras, amigas, cómplices. Sino como enemigas, traidoras y en la mayoría de los casos como rivales y competidoras por el amor y atención de los hombres. La competencia entre mujeres se aprende en la relación madre-hija. Se compete con la madre activamente para no ser como ella una criatura dependiente, para ser mejor, para superarla, para ser excepcional. Con la madre se aprende y luego se compete con otras (todas) mujeres de fuera de casa, mientras aprendemos las

artes del romance. Las soluciones o triunfos individuales a estas competencias llegan por medio de un hombre o una relación determinada. Así, sólo se consigue que la fractura entre las mujeres se acentúe, al quedar cada una encerrada en su pequeño mundo doméstico, más dependiente y aislada que nunca. Esta es una consecuencia de la sociedad patriarcal, desconfiamos de las otras mujeres. Por efecto de la lucha por los hombres, nos convertimos en enemigas, olvidando que es en el clan de mujeres, constituido por varias generaciones, en donde aprendemos tanto valores como conocimientos prácticos. Nos nutrimos y apoyamos; nos validamos y defendemos (Debold,1993). La mujer a quien la niña está más unida, la capacita para unirse a la sociedad patriarcal que la hace ajena a sí misma, a los hombres y a las otras mujeres.

3.2.2 Escuela y Amigos. La cultura del romance

Para la adolescente es doloroso y peligroso dejar atrás la infancia. Etapa en la cual si bien tenían restricciones a su libertad y actividad, eran un poco más dueñas de su cuerpo y contaban con la seguridad de las relaciones interpersonales (Hancock,1990,en Zweig,1992). Estas representaban una red de apoyo y sustento para las niñas, con la cual no cuentan las jóvenes. La joven, se aleja del entorno de mujeres en que se hallaba para incorporarse al mundo de los hombres. Ser una mujer en la cultura patriarcal transforma de muchas maneras el Yo. Las niñas se distancian y se desconectan inconscientemente de las jóvenes mujeres en que se han convertido. Están expuestas a la amenaza real de ser aniquiladas si no cumplen con las expectativas del patriarcado por la vía del castigo, la violencia y el aislamiento.

En nuestra sociedad, las influencias culturales e históricamente sexistas han contribuido al desarrollo de la incapacidad de la mujer. Hay conceptos estereotipados de lo masculino y lo femenino, donde lo femenino es devaluado. Se considera a las mujeres demasiado blandas para manejar los riesgos y dificultades de la vida. En la escuela por ejemplo, las niñas son premiadas por exhibir rasgos femeninos, como la cooperación, la sumisión y la pasividad. A niñas y adolescentes se les refuerza diferencialmente con respecto a los hombres. Se les refuerza por lograr un objetivo de desempeño: portarse bien, obedecer y cooperar con el maestro. Y no por lograr un objetivo de aprendizaje: aprender las lecciones,

competir, perseverar y superar las dificultades (Marone,1999). De esta manera tendrán buenas calificaciones, influidas por su conducta, lo mismo que por su conocimiento. Asimismo, no son motivadas a continuar estudiando o a interesarse e incorporarse a las áreas científicas y técnicas, para las cuales se les hace sentir que no tienen aptitudes, y en las cuales podrían insertarse en el mercado de trabajo, en posiciones con mayores y mejores remuneraciones y posibilidades de desarrollo. Por el contrario, se les induce a adoptar profesiones de “mujeres “, generalmente de servicio y atención a otros. En las cuales puedan explorar y aplicar sus habilidades “femeninas“, se consideran socialmente adecuadas y puedan combinarse con sus actividades de esposa y madre. de maestra, enfermera, trabajadora social, educadora o secretaria.

Las mujeres aprenden desde niñas, que las características relacionadas a su sexo son inferiores, denigradas y aún ridiculizadas. Se dan cuenta de que los varones (e incluso otras mujeres) las juzgan por su aspecto físico y no por sus capacidades e inteligencia, las cuales, pueden incluso ser un impedimento para ser aceptadas. Por lo cual algunas jóvenes, se auto-sabotean imponiéndose límites, obligándose a fallar y a no explotar todo su potencial a fin de poder encajar. La joven que no es aceptada se culpa a sí misma, en lugar de culpar al prejuicio social y al contexto cultural que la discrimina.

En la adolescencia el interés por ser popular con el sexo opuesto es lo más importante. Así las jóvenes pueden demeritar sus logros para no perder su “esencia femenina”, pasividad, incapacidad, deseo de agradar. Esto es contradictorio con lo que solicita y requiere para desempeñarse en el mundo laboral moderno. En este ámbito como en muchos otros la respuesta femenina tradicional es inapropiada e incluso peligrosa.

Las mujeres son vistas como objetos y como presas, así son presentadas por los medios de comunicación y percibidas socialmente. Esto induce a la violencia contra la mujer al ser presentada como un objeto tentador, sensual, incitante a quien se puede agredir impunemente. Las adolescentes comienzan a temer correr riesgos, temor que es fomentado por los padres, los cuales las sobreprotegen y las rescatan cuando hay dificultades. La sobreprotección impide que la niña aprenda a protegerse y defenderse de un agresor externo o del autosabotaje que se inflige en

su comportamiento. No se les permite exponerse, arriesgarse, defenderse, trascender límites. A las jóvenes se les enseña a ser cautelosas, a evitar la ira de otros, a limitarse para no ponerse en riesgo. También se les enseña que serán rescatadas por alguien (por sus padres, sus maestros, esposos, o príncipe azul) que resolverá todas sus dificultades.

Las adolescentes también reciben de padres y maestros gran cantidad de elogios gratuitos, los cuales no refuerzan un comportamiento capaz. Más bien las vuelven desconfiadas, “complacedoras” compulsivas, dependientes de fuentes externas para lograr la ayuda, la aprobación y la seguridad.

Algunas chicas sufren en algún momento de acosos sexuales, sin importar su raza, clase social, o aspecto. La joven se hace así consciente, de lo amenazadora que resultó su sexualidad en una cultura hecha a la medida de los deseos masculinos. Se dan cuenta muy pronto de que la expresión de sus deseos: curiosidad, franqueza, placer son entendidos como insinuaciones sexuales. Se malinterpreta su conducta y se ven expuestas a peligros. La facilidad de los hombres para separar los sentimientos profundos y las sensaciones físicas ha creado una cultura donde los cuerpos de las mujeres se ven como fuente de placer y sensualidad. Al mismo tiempo la necesidad de agradar, la pasividad y la docilidad impide a muchas jóvenes el defenderse o poner límites sanos en las situaciones donde está comprometida su sexualidad. Entregándose a encuentros sexuales no deseados sin protección contra enfermedades, sin cuidados anticonceptivos. Exponiendo su salud, su vida, el potencial que tienen para tener proyectos, lograrlos y convertirse en personas exitosas e independientes y producir uno de los problemas sociales más graves y frecuentes: los embarazos adolescentes.

A veces, las jóvenes hijas de familias desintegradas buscan esa maternidad precoz a fin de tener un hijo, dedicarse a él, remontar y transformar su propia historia infantil de descuido, negligencia y abandono (Friday,1994). Una preocupación excesiva por gustar y atraer a los hombres es una amenaza a las aspiraciones de las mujeres. Esto podría indicar una gran falta de confianza en sí misma, una necesidad de atención externa y una sobreidentificación de su persona como objeto sexual en respuesta a los mensajes de la sociedad.

En muchos casos son recomendables las escuelas sólo de mujeres, para contrarrestar los efectos de la socialización del género y promover un mejor desarrollo de niñas y jóvenes. En estas escuelas hay una atmósfera más propicia para el estudio y el trabajo y menos distracciones, derivadas del interés de las jóvenes en atraer al sexo opuesto,. Se dedica más tiempo al estudio, los logros académicos son mayores y más visibles. Hay espacio y motivación para la curiosidad y la dedicación a todo tipo de campos científicos y laborales. Las jóvenes tienen mayor oportunidad de destacar, de ser valoradas objetivamente y de ejercer liderazgo. Por último y no por eso lo menos importante, hay disponibilidad de diversos modelos femeninos positivos: maestras, investigadoras, trabajadoras, mujeres exitosas con diversos intereses (Marone,1999).

La adolescente, experimenta con su aspecto al tratar de encontrar su propia identidad. Buscando el reflejo de mujeres que representen un modelo a seguir. Por eso es tan importante darles la oportunidad de conocer y valorar a diferentes tipos de mujeres. Está obsesionada por ser atractiva por eso experimenta con su ropa, corte y color de cabello, con tatuajes y perforaciones en diferentes partes del cuerpo, maquillaje, etc.

Aunque una parte de su inquietud por la belleza tiene que ver con el más poderoso de todos los impulsos biológicos: el sexo y la continuación de la especie., la mayor parte de su preocupación(y a veces obsesión) ha sido engendrada por la publicidad, el cine y la televisión. Las adolescentes están continuamente pendientes de su aspecto físico, se sienten inseguras y se comparan constantemente con imágenes idealizadas. Se les ha dicho al menos un millón de veces que su belleza es el boleto al éxito, la felicidad y el amor. Empiezan una lucha con el tema de la comida y el control del peso. Llegando a la extrema delgadez o a la obesidad como un intento de detener el desarrollo que habrá de convertirlas en mujeres o para camuflajearlo. Durante la primera infancia se nos recompensa por comer, ya que nos permite crecer y estar sanos. En la adolescencia ya se ha interiorizado un poderoso mensaje cultural que implica que comer es malo y que te hace engordar. La anorexia y la bulimia son trastornos alimentarios que sobretodo se manifiestan en muchachas jóvenes de clase media y alta, exitosas, brillantes y privilegiadas. En esta etapa las jóvenes aprenden también que una de las tácticas más importantes de la conducta femenina adulta

es la de evitar los enfrentamientos con otros aún cuando ello exija prescindir de nuestros sentimientos. La adolescente lleva a cabo una lucha, que a veces dura toda la vida por equilibrar el tiempo y cuidado que se le ha dado a los demás, con el que nos damos a nosotras mismas. La verdadera intimidad con otra persona requiere una conciencia firmemente desarrollada de la identidad sexual y personal, la capacidad de fusionarse y la de separarse estableciendo límites en unas áreas. Al perder el yo en su relación con los demás y al buscar satisfacer únicamente las necesidades de otros acabará produciendo ira, resentimiento, depresión, pérdida de energía y enfermedades relacionadas con el estrés.

El último golpe y desafío a la fortaleza y equilibrio psíquico de la mujer es su entrada a la llamada "Cultura del Romance". La entrada a la batalla por atraer y conservar un hombre a su lado, que le dé respaldo, seguridad, protección y valor, ante sus propios ojos y ante los demás (Marone,1999). Este proceso trae consigo la necesidad de ser atrayente decorativa y sumisa, lo cual le crea contradicción a la joven entre la necesidad de incorporar la feminidad y la manifestación de comportamientos capaces, asertivos y eficaces. Así pues la realidad del mercado sexual es un obstáculo entre la mujer y sus éxitos y necesidades personales y profesionales por un lado, y el logro de una pareja. La moneda de cambio de la joven es el atractivo físico, su sensualidad y su comportamiento femenino. Esto es cambiado por fortuna, posición, seguridad y ¿amor?

A mayor belleza de la mujer, mayores posibilidades de obtener un marido adecuado y estabilidad, por lo cual, concentra sus esfuerzos en lograr y conservar su belleza, minimizando otros logros y reduciendo sus aspiraciones, a fin de tener éxito con los hombres, colocándose en una situación dependiente y muy peligrosa ante la posibilidad de divorcio, viudez, abandono, etc. Ya que al abandonar sus intereses y capacidades, al descuidar su formación profesional y técnica y al alejarse del mercado de trabajo ven reducidas y en muchos casos eliminadas sus oportunidades de mantenerse a sí mismas viéndose reducidas a la dependencia o a la pobreza.

Con base a lo mencionado anteriormente podemos concluir que al momento de la adolescencia, hace apenas 12 ó 13 años que llegó al mundo un ser humano, que fue revisado y designado como hembra. Se etiquetó con aretes en las orejas,

moños en el cabello y ropas rosadas. Traía el mismo potencial intelectual que un individuo del sexo contrario. Inquietudes, sueños, necesidades y aspiraciones, las cuales han sido moldeadas y en algunos casos mutiladas en un proceso de presión continua, constante y precisa. Para hacerlo funcionar en sintonía con la sociedad a la que pertenece. La presión es suave pero continua. La imposición y reafirmación de los valores son incesantes. Nos recuerda a los aparatos de ortodoncia, o a los árboles bonsai. En ortodoncia, con la aplicación de pequeñas fuerzas, pero aplicadas de forma continua en un lapso de tiempo prolongado, se obtienen grandes y permanentes movimientos en los dientes. Los bonsai por arte de paciencia y perseverancia son obligados a tomar caprichosas formas, a fin de adaptarse a la idea de su creador, al recipiente que lo ha de contener, al espacio que ha de ocupar. Si se aplicara una fuerza intensa, se rompería. Lo mismo pasa con muchas mujeres, el trato y la educación diferencial presente en cada momento de su vida, terminan por moldearlas, dominando sus “excesos” personales, haciéndolas adecuadas y valiosas en el mercado sexual de la sociedad patriarcal donde su mayor valor depende de su belleza y su femineidad.

Si bien durante la infancia y la adolescencia, se establecen los cimientos y las bases de la construcción psico-social de la maternidad. El proceso no ha concluido. En el siguiente capítulo se analizará y se describirá cómo se continúa el proceso en la juventud y la edad adulta. Describiendo además la experiencia de vida de la maternidad durante la edad adulta y su abandono o eventual reciclaje durante la vejez.

CAPITULO IV

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MATERNIDAD EN LA JUVENTUD, LA EDAD ADULTA Y LA VEJEZ.

Durante la infancia y la adolescencia se llevó a cabo un complicado e intensivo período de entrenamiento a fin de convertir a una hembra humana en un embrión de mujer-madre. Por medio de juegos, atuendos, juguetes, valores y actitudes enseñados, se domestica a una niña limándole las asperezas y bordes filosos, sus intereses personales, ambiciones, entusiasmo por la vida y la actividad, una auto imagen basada en los logros, una sana autoestima. Para sustituirlas por las llamadas virtudes femeninas: quietud, tranquilidad, docilidad, obediencia, paciencia, entrega, espíritu de servicio. Se le convierte en un ser que depende de la opinión y de la aprobación de otros. Que pone siempre en primer lugar las necesidades y sentimientos de otros antes que los suyos. Se le ha colocado en la cultura del romance y ya ha interiorizado la noción de sus propias carencias e incompletud. Necesita a otros para estar completa y está ya casi lista para la misión más importante de su vida; para cumplir el destino para el que existe y fue creada. Para satisfacer las expectativas de familia y sociedad: conseguir un marido y tener hijos y así darle a su dimensión de mujer, su más pleno significado al convertirse en esposa y madre.

4.1 Construcción de la maternidad en la juventud

La cultura es un instrumento poderoso, que moldea la personalidad de los sujetos influyendo en su manera de razonar, en la forma de representarse las cosas, en la escala de valores o principios elegidos para conducirse y también en los prejuicios y mitos acerca de cómo ser hombre o mujer en un momento histórico determinado. El proceso de incorporación de la cultura comienza a edades muy tempranas. La sociedad se vale de recursos e instituciones para presionar a los sujetos con el fin de que se ajusten a las características ideales.

En una sociedad dominada por los hombres, estos tienen más privilegios en comparación con las mujeres (León,2001). Pueden caminar por las calles de noche, están exentos del trabajo doméstico por tradición (siempre hay una mujer que lo haga por ellos: la madre, la hermana, la novia, la esposa o la hija). También

disfrutan de más libertades, no deben sujetarse a los tabúes de castidad, fidelidad conyugal o monogamia. Tienen mejores puestos y mayores salarios. Su identidad se deriva de su hacer, no de su condición progenitora; ser padres es un rol para ellos, no su esencia (Lagarde,1993). La imagen social que se exige a la mujer está basada en el ajuste y subordinación a la posición masculina de supremacía. Fomenta en la mujer la necesidad de protección, el miedo a lo imprevisto, una indefensión adquirida, un miedo al éxito, un gran temor a la vida. Se le enseña, que sólo se convertirá en una persona integra cuando tenga a un hombre a su lado.

La juventud, es la etapa de la vida en que se culmina la formación profesional o técnica, de aquella carrera que se ha elegido. Donde en la mayoría de los casos, se inicia el trabajo productivo; a pesar de las grandes cifras de trabajadores adolescentes o incluso niños. Es la etapa, donde se elige pareja y se forma una familia. La juventud, es la etapa donde la persona ha de separarse de su familia de origen y volverse autónoma. De manera ideal, en la juventud habría de ampliarse la acción de las mujeres, fomentar la educación y la capacitación de las muchachas. Insertar a las mujeres en el mundo laboral, social y político, a fin de hacerlas mujeres realizadas y plenas en lo académico y laboral. Por medio de la consolidación de la noción del trabajo femenino como la única forma de lograr autonomía, igualdad e independencia. Culturalmente, la autonomía es vista como soledad, aislamiento, incluso como egoísmo. Sin embargo ser autónomo implica decidir por uno mismo, ser responsable de uno mismo, de sus decisiones, actos y palabras. Responder a sí mismo y proveerse de los medios, situaciones y relaciones necesarias.

Sin embargo, todo lo anterior no es realizado por la mayoría de las mujeres y aquellas que lo llevan a cabo lo abandonan paulatinamente a fin de dedicarse de tiempo completo a la búsqueda y conquista del hombre. El que habrá de completarla, de darle existencia social y jurídica al convertirse en la “señora de”. Conforme la joven va aumentando en edad, la presión social y familiar para formar pareja y familia se sigue incrementando. Y la exigencia de ser bonita, sexualmente atractiva y “femenina” se convierte en una pesada carga para la joven. La cual debe dedicar gran cantidad de dinero, tiempo y energía en equiparar su imagen a los estereotipados ideales de belleza presentados y afianzados por los medios de

comunicación, con éxito limitado, si no es que nulo. ¿Cuántas mujeres en nuestro país tienen los atributos genéticos para igualarse a esos estándares? Ser rubias, altas, delgadísimas (pero bien dotadas en el área pectoral), de interminables piernas, etc. Esto produce frustración desesperación, auto desprecio y un continuo e inevitable sentimiento de no ser adecuada, de no ser suficientemente buena.

Respecto a ser “femenina” es decir, dócil, inofensiva, no competitiva, dependiente, etc, comportamientos que deben cotizarla más en el mercado de conseguir pareja; paralelamente la vuelven menos valorada y competitiva en el área laboral y académica. Impidiéndole obtener logros y recompensas mayores, valoración, promoción de puestos y aumentos de sueldo, lo que la desanima de persistir en su empeño y se convierte en un elemento más que la induce a abandonar sus intereses, actividades y ambiciones personales; “quemando sus naves” en cuanto encuentra a un candidato.

En relación a la necesidad de ser atractiva sexualmente, se le plantea una profunda contradicción, la joven ha sabido desde muy pequeña que su sensibilidad y sexualidad son las monedas de cambio en la cultura del romance. Es estimulada socialmente y por los medios para ser sensual y sugestiva; al tiempo que los tabúes de virginidad, castidad y relaciones sexuales restringidos al matrimonio persisten e insisten en la necesidad de mantenerse casta. A pesar de esto muchas jóvenes transgreden los tabúes, pero lo hacen de manera inconsciente, arriesgada, irresponsable, dejándose llevar por el momento, las hormonas, el discurso supuestamente amoroso de su compañero o de algunas copas, sin tomar control o responsabilidad de sus actos ni tomar medidas anticonceptivas, o de protección a la salud. Tirándose de cabeza a situaciones riesgosas como embarazos no deseados, relaciones abusivas con los novios o amantes, abortos clandestinos y sus complicaciones, enfermedades venéreas y matrimonios apresurados.

Las relaciones con otras mujeres jóvenes que hasta este momento habían sido cercanas y nutritivas, aún con cierta dosis de competencia, se vuelven terriblemente competitivas y en muchos casos abiertamente hostiles. Esa otra mujer nunca más podrá ser una “hermana” un espejo de nuestra vida, un apoyo, se convierte en una abierta y hambrienta enemiga envidiosa de su ser y sus éxitos Decidida a ser la primera en encontrar y conservar a su “presa” y en caso contrario

arrebatárselo a otra mujer. Ahora está sola, no puede confiar en nadie, esta separación entre mujeres es propiciada e impulsada por la sociedad patriarcal (Debold,1993).

En la familia, en el trabajo, con los amigos y novios se presiona para que la joven cuide y atienda los hombres de su entorno. Actuando como madre realizando por otros tareas que ellos son aptos para hacer. Sometiéndose voluntariamente a relaciones de servidumbre que paulatinamente van demandando más esfuerzo, energía y tiempo y la van inferiorizando.

En resumen, durante la juventud familia, sociedad y medios de comunicación continúan el esfuerzo de hacer a la mujer un ser destinado al servicio de otros, sometido y dependiente. Un ser que haciendo a un lado necesidades e intereses personales; disponga su cuerpo, energía, trabajo y tiempo para dar vida en el plano físico, psicológico y cultura, y para reproducir esa vida siendo real o simbólicamente: madre

4.2 La maternidad en la edad adulta .

La presión para “crecer y multiplicarse” existe en diferentes grados en la gran mayoría de las culturales actualmente. El hecho de que entre las sociedades exista diferencia en las tasas de natalidad, indica que existen factores culturales que afectan la conducta y los patrones reproductivos individuales. (Conway&Chemin,1998). La motivación humana para procrear o bien para usar métodos de control natal, es enormemente afectada por normas culturales, mitos y creencias sociales.

En la mayoría de las sociedades antiguas y en las sociedades modernas agrícolas, poco tecnificadas, una familia grande se constituye en una ventaja económica, por un lado los hijos son mano de obra, ayudan al trabajo y por otro lado son un seguro de vejez que ofrece cuidado y manutención de los padres en esta etapa (Joseph & Miller,1998). Además el número de hijos de la pareja aumenta el status del hombre y de la mujer dándoles prestigio por cumplir sus roles: de macho viril y potente el hombre y de dadora y conservadora de vida, la mujer.

De manera general e independiente a cuestiones histórico sociales, si las mujeres tuvieran la decisión, ellas se inclinarían a tener menos hijos: a fin de darles más y mejor atención, cuidados y oportunidades. Esto es aún más evidente en aquellas mujeres con mayor nivel educativo, con mejores ingresos y donde, culturalmente se les ofrece más igualdad. Expresada en oportunidades de elección, educación y empleo (Griffiths,1995) .

Si bien en todas las épocas históricas han existido y se han empleado diferentes formas de evitar y/o terminar con un embarazo, desde tés, hasta abortos. En años recientes las formas se han multiplicado, sin embargo, es bajo el número de mujeres que hacen uso de ellos. El uso de un método anticonceptivo implica una elección consciente y deliberada de llevar una vida sexual activa, de la cual la mujer está asumiendo la responsabilidad . Nuestra cultura no socializa a las mujeres para ser sujetos que eligen y se responsabilizan , más bien para ser objetos pasivos ante los embates de las hormonas o las presiones del compañero. La realidad es que ninguna mujer puede considerarse libre si no tiene la opción de elegir acerca de su sexualidad y de decidir si se convertirá o no en madre y en qué momento.

4.2.1 La construcción de la maternidad en la edad adulta

El destino que la sociedad propone tradicionalmente a las mujeres es el matrimonio y la maternidad. Hacia el objetivo de convertir a la niña en madre se dedican continuos y enormes esfuerzos desde el día en el que la niña nace. Si bien en las relaciones de conyugalidad (matrimonio, amasiato, unión libre, noviazgo) los dos sexos son necesarios; esa necesidad no genera una relación de igualdad ni de reciprocidad entre hombre y mujer.

El hombre es el individuo autónomo y completo. Es considerado el productor y proveedor, su existencia está justificada y definida por su trabajo. Es independiente, domina, decide. A partir del matrimonio pasa de ser atendido por su madre a ser atendido por su esposa, la cual es simultáneamente también su madre. Su esencia no se pierde al ser esposo y/o padre.

La mujer, por el contrario define su esencia, naturaleza y misión por esas dos

dimensiones superpuestas: la de esposa y madre. La mujer no goza de autonomía personal ni de independencia económica, no importando el hecho de que tenga o no un trabajo remunerado fuera del hogar. Puesto que el dinero de la esposa no es dinero personal, sino familiar, el cual es empleado básicamente para el mejoramiento de la calidad de vida de la familia y sobretodo de los hijos. Su existencia está justificada y es valiosa únicamente en función del servicio que da a otros. Así gran cantidad de labores y tareas son desempeñadas por las mujeres para esposo, hijos y familiares por el convencimiento cultural de que son un deber ineludible asociado al amor maternal. Las madres y esposas actúan como si los otros estuvieran impedidos. Haciendo a un lado el hecho de que son individuos física y psicológicamente aptos. Ese conjunto de acciones y cuidado maternos son realizados por las mujeres pues han internalizado que es trabajo propio de ellas y que es el núcleo de su identidad femenina. Se le denomina trabajo materno excedente(Lagarde,1993), pues es una carga y esfuerzo que en la mayor parte de los casos puede ser realizado por el sujeto beneficiado. Además son labores que no son apreciadas como trabajo o como creación, que no le generan a la mujer ni reciprocidad ni gratitud. Asimismo son actividades realizadas por la mujer desde el sometimiento, la servidumbre voluntaria y la desvalorización e inferiorización de sus labores y rol social.

La maternidad tiene como objeto fundamental la supervivencia y conservación física, afectiva e intelectual cotidiana de los individuos a lo largo de su vida. Aún antes de nacer, las mujeres forman parte de una historia y un destino que las conforman como madres y esposas. Maternidad y conyugalidad son las esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida de las mujeres independientemente de su edad, clase social, nivel educativo, nacionalidad, afiliación política o creencia religiosa. Todas las mujeres son madres y esposas aunque no tengan hijos ni marido. Ser madre y esposa consiste en vivir de acuerdo a las normas que expresan su ser de y para otros. En realizar actos de reproducción física y social y en entablar relaciones de servidumbre voluntaria. Conyugalidad y maternidad son sólo reconocidas si involucran marido e hijos. Si bien la mujer maternaliza cualquier relación con los otros al hacerse cargo de sus necesidades y atenderlo, ya sean el marido, el jefe, los padres, los hermanos, los amigos, novios, amantes, etc.(Lagarde,1993).

Las mujeres son especializadas por medio de su crianza y educación en la maternidad. En la reproducción de la sociedad en el aspecto físico- biológico, al dar a luz a nuevos individuos y proporcionarles alimentos y cuidados. En el nivel psicológico, por el establecimiento de identidades personales y genéricas de pensamientos y afectos. En el aspecto social por el establecimiento y mantenimiento de relaciones sociales, instituciones y normas. En el nivel cultural por la transmisión de lengua materna, valores, conceptos e interpretaciones del mundo, etc El objeto al que se aplica el trabajo de la mujer es el ser humano. Su trabajo consiste en reproducir material y subjetivamente al sujeto. En humanizar y socializar al ser humano en su propia cultura, género, clase, grupo y tradiciones. La maternidad es el conjunto de hechos de la reproducción social y cultural por medio de los cuales las mujeres crean, cuidan, generan y revitalizan de manera personal directa y permanente a otros. Desde el nacimiento, en su supervivencia cotidiana y hasta la muerte. La maternidad es un fenómeno socio-cultural. El conjunto de acciones y relaciones de la maternidad que las mujeres realizan y tienen son definitorias de la feminidad El contenido de la maternidad es histórico y está definido por las formas sociales de producción y reproducción (Marx ,en Lamas 1996). La situación de clase social determina el contenido específico de la maternidad, de sus prácticas y actividades.

La maternidad en cuanto a progenitura, es una experiencia evidente, comprobable, personal y corpórea. Con evidencia biológica incuestionable , que deja una marca en el cuerpo, la psique y la condición social de la mujer: aún cuando el hijo muera se continua siendo madre. Es una tarea que se asume obligatoriamente. Ya embarazada, la mujer es madre, no se duda de la maternidad biológica: la proximidad y la casualidad son innegables. Existe aún al margen de otras instituciones como el matrimonio.

En oposición la paternidad más que una relación biológica innegable es una relación de convención social. De ella, sólo hasta últimas fechas, es posible dar evidencia biológica irrefutable por medio de las pruebas de ADN y tipos sanguíneos. Ocurre en función a otras relaciones: con la mujer. Requiere el marco de otras instituciones como el matrimonio y se “fortalece” bajo la sombra de tabúes como monogamia femenina y virginidad, que le otorgan al padre más seguridad acerca de su paternidad (Lagarde,1993). Esta cuestionabilidad de la

maternidad es reproducida y validada incluso por las mujeres, sólo basta recordad palabras como:” la paternidad es un acto de fe “ o “ los hijos de mis hijas mis nietos serán y los hijos de mis hijos en duda estará” tal y como afirman muchas mujeres mayores.

La madre es la reproductora de la cultura, la relación del hijo con la madre es un complejo proceso cultural que le enseña al hijo el conjunto de usos y expectativas para sí y para los demás (Lamas ,1996) . Enseña qué es ser hombre y qué es ser mujer. En qué condiciones se obedece, cuándo y a quién. La forma y los contenidos de la relación con la madre son diferentes si el hijo es varón o niña, lo cual contribuye a la formación genérica de roles. El trato, la relación, el afecto y la socialización hacia el hijo serán diferentes de acuerdo a si es niño o niña; si es el primer o último hijo. Si nació después de un aborto, separación o reencuentro de la pareja. Si es muy joven o muy grande, si es soltera o pertenece a algún grupo que reprime o persigue a la maternidad, como por ejemplo las monjas, si el hijo fue engendrado en la salud, la enfermedad, el amor o la violencia. Si fue producto de una “manda” religiosa, de una aventura extramatrimonial, un “volado”, un “accidente” con el anticonceptivo; si es deseado o no. También si su sexo o apariencia corresponden o no con el de las expectativas de la madre. El idioma con el que somos iniciados en la cultura, es lo que se llama lengua materna, la que aprendemos de nuestra madre. Es el conjunto de signos, mensajes y símbolos verbales y gestuales; tanto conscientes como inconscientes con los que la madre expresa su particular elaboración de la concepción del mundo.

El primer parto es el ritual simbólico del nacimiento de la verdadera mujer: la madre Si bien los hombres participan en la reproducción , se han liberado de casi todo compromiso social y de todas las tareas relativas a la reproducción biológica: como gestar, parir y amamantar.

La Ideología dominante en cuanto a la maternidad es biologicista. ser madre es una función natural del cuerpo, los atributos maternos son una impronta corporal determinada genéticamente y producida hormonalmente. Sin embargo la tendencia a la maternidad y la forma de vivirla están históricamente determinadas y culturalmente transmitidas. La maternidad, en tanto su aspecto biológico el

embarazo, si está determinado biológicamente. Es decir es la consecuencia lógica de la actividad sexual heterosexual. Si bien sexualidad y erotismo son tendencias distintas y opuestas a la maternidad. En la especialización de nuestra sociedad se distinguen dos tipos de mujeres de acuerdo al sentido y a la finalidad que le otorgan a la sexualidad. El sexo “erótico” cuyo único fin es el placer, practicado por mujeres “malas”; amantes, prostitutas, etc. No pertenecen a este dominio las novias, esposas y mucho menos las madres. Las novias tienen prohibidas las actividades sexuales en función al tabú de la virginidad. Esposas que habrán de convertirse en madres y sobre todo las madres son mujeres “buenas” y acceden a la sexualidad solo con fines de procreación. Su práctica está limitada por ideas de pasividad, decencia y los tabúes de castidad y monogamia femenina (Lagarde,1993).

Se considera que las mujeres constituyen el llamado sexo amoroso que siempre están disponibles para brindar bienestar, calor y atenciones. Que han sido creadas y criadas para el amor incondicional y el servicio a los demás. Cuya única razón de ser es el ser madres. Si no tienen hijos han fracasado; si los tienen fuera del matrimonio se devalúan y al tener hijos en las condiciones sociales “adecuadas” son idealizadas y apreciadas no por su ser sino por su función: ser madres.

La maternidad idealizada, exige de la mujer que se restrinja su personalidad, sus intereses, actividades pensamientos y sentimientos. Que ponga todo su ser y subjetividad al servicio de la madre, negando a la mujer. Exigen una actividad y entrega incansables. La madre debe ser una persona totalmente amante, dispuesta, poderosa y resistente más allá de la capacidad humana. Algo menos implicaría un fracaso.

4.2.2. La vivencia de la maternidad

A pesar de que la mayoría de las mujeres tienen la ilusión y el deseo de ser madres es difícil separar lo que le pertenece a la persona de las expectativas y presiones sociales. Además muchas mujeres no se preguntan si lo desean o no; simplemente siguen la costumbre y hacen “lo que deben hacer”. No deciden ser madres de manera consciente y voluntaria; en muchos casos ni siquiera se les ocurre el que sea una opción, en lugar de un destino.

Algunas veces, tienen expectativas poco realistas y/o le otorgan significados o propósitos confusos. Algunas son madres para satisfacer su amor propio, al tener un hijo (bello), como una narcisista prolongación de sí misma. Otras para revivir su niñez o para resocializarse a sí mismas, en estos casos la madre espera obtener en la identificación con su hija (o hijo) algo que no obtuvo en su propio desarrollo como hija en relación con su madre (Friday,1994). Algunas se sienten presionadas por las expectativas familiares y sociales, o bien por la insistencia del esposo de continuar el apellido. Otras viven la maternidad como una manera de apresurar un matrimonio, de impedir un abandono o de retener al marido y salvar su matrimonio. Lo central aquí es la titánica, intachable e interminable labor que la mujer toma al ser madre.

Cuando el niño nace, el amor maternal no se presenta de inmediato; por más que la ideología dominante se empeñe en decir que es innato y gratuito. Este amor como en todas las demás relaciones humanas se desarrolla paulatinamente a partir del conocimiento mutuo. Se deriva del cuidado, la convivencia y el ajuste recíproco. Cuidar a un bebé es un duro esfuerzo, es un trabajo constante, extenuante y a veces fastidioso. Esto lo saben las madres, aunque no lo reconozcan ni lo confiesen y cualquier persona que haya cuidado a un bebé. La primera reacción ante el bebé recién nacido es un shock. La madre se siente culpable y deprimida. Está cansada, un poco decepcionada; si no se siente embelesada o si no ama de inmediato a su bebé. Familia y sociedad no le permiten exteriorizar ninguna emoción negativa. La realidad es que las madres experimentan sentimientos ambivalentes ante sus hijos: amor – resentimiento, afecto-irritación, pero no se les permite saberlo es decir hacerlo consciente, mucho menos expresarlo. Esta contradicción entre lo que siente, lo que “debe” sentir; y la responsabilidad del cuidado del bebé hace que la mujer se sienta insegura. El mito del instinto maternal que implica que todas las mujeres aman a sus bebés de manera inmediata y automática pone a las mujeres a merced de una sociedad dominada por el varón, la cual utiliza el mito del instinto maternal para reforzar su supremacía.

Como ya se ha planteado no existe el instinto maternal. Sólo existe en muchas mujeres (no en todas) y también en algunos hombres, el gusto y la disposición de

cuidar de otros, sobre todo de los niños pequeños.

Con el nacimiento del hijo comienza la desexualización de la mujer. Se suprime a sí misma como mujer que se siente orgullosa y competente en su sexualidad. Con lo que priva a su hija de la identificación que más necesita para ponerse en contacto con su propio cuerpo y su sexualidad.

A partir de ahora se hablará de la relación madre –hija; de mujeres –madres reproduciendo sus roles. Según Nancy Friday (1994) existen dos grandes mentiras que determinan y contaminan la relación madre-hija en la sociedad en que vivimos. En primer lugar la disociación entre sexo erótico y procreador provoca que la sexualidad de la mujer esté en conflicto con su papel de madre, sobre todo con base a las ideas tradicionales de la feminidad. La madre lleva a cabo un proceso de desexualización de sí misma, continúa con la actividad sexual con su compañero y se encarga de reprimir y educar la sexualidad de la hija transmitiéndole con su silencio y negación de la sexualidad profundos temores y vergüenza. En segundo lugar el mito de la madre perfecta, siempre buena y amorosa, hace a la hija buscar eternamente la presencia de la madre ideal, achacándose la culpa si esta no aparece, no reconociendo como madre a quien la hace sentir culpable, inadecuada o irritada, esperando siempre el regreso de la buena, sin poder enojarse con la madre, pues depende de ella. Como hija, extrae el valor, el sentido de afirmación personal el auto concepto y la capacidad de amor, del amor que le tuvo su madre. Las primeras impresiones de vida dejan en la hija un rastro hondo a través del cual interpreta las siguientes experiencias. Si de pequeña no consigue la proximidad y el amor que necesita, se hará temerosa no evolucionará emocionalmente y no irá tras lo que busca en la vida.

Durante los primeros meses, se vive una etapa de simbiosis madre-hijo la cual es muy importante ya que libera al bebé del temor a la soledad y a la vulnerabilidad (Friday,1994). Si es experimentada adecuadamente, la hija se sumerge en ella, la vive, la disfruta y después la abandona, pues está segura que en cualquier momento puede restablecerla. Así se aprende a confiar en el amor y a gozarlo. Si no se vive adecuadamente, se buscará la simbiosis durante toda la vida, desconfiando de los demás, aferrándose a las personas hasta ahuyentarlas. En la siguiente etapa, el hijo distingue su cuerpo como algo separado de la madre, aunque sus sentimientos y emociones aún están fundidos. El hijo experimenta

ansiedad si la madre no está a su alrededor, ni satisface sus necesidades rápidamente. Poco a poco aprende a aceptar el alejamiento o ausencia por periodos cada vez más prolongados, a sabiendas que regresará. La madre no necesita ser perfecta, pero sí constante y accesible a fin de proporcionarle al hijo un sentido de confianza básica, la gente y las cosas en el mundo son más dignos de confianza que de recelo.

Alrededor de los tres años, el hijo se separa de la madre para explorar un mundo nuevo y excitante. Es una separación que implica la individualización, la noción de que es un ser “aparte” y la certeza de que es amado. Para apartarse, requiere de la madre un afecto maduro, genuino e informado que reconozca y acepte las necesidades del hijo como independientes de las suyas. La separación no es el fin del amor, mas bien lo crea. Implica generosidad de dar libertad a la hija de ser ella misma. Si la madre no permite que su hija se separe y se desarrolle impide también su propio desarrollo. Casi desde el nacimiento, la madre afecta la auto-imagen de la hija. Quiere perfeccionarla, arreglarla, implicando que la hija no es todo lo buena que debiera ser. Como no le da a la hija su total aprobación y su amor incondicional la ata a ella para siempre en una ambivalente relación amor-odio. Si la madre se considera a sí misma poco atractiva o fracasada proyecta esa inseguridad y negatividad sobre su hija, lo cual aunado a las percepciones sociales, devalúa la imagen que la niña tiene de sí misma y de lo femenino. Las madres tienden a tener con sus hijas actitudes agresivas, al entablar situaciones competitivas con ellas, aunque sean pequeñas, en cuanto a belleza, atractivo y éxito social. Otra forma disfrazada de agresión se refiere a la coerción y amenaza de retirarles amor y aprobación si no la imita o si se aleja y evoluciona. Las madres como parte de su trato preferente de acuerdo al género, tienden a acariciar más a los hijos varones; en parte porque socialmente son más valorados, en parte porque se les hace mas normal acariciar a un hombre que a otra mujer (Friday,1994). A las hijas no se les brindan tantos mimos y caricias, excepto cuando las peinan, acicalan o arreglan sus ropas sugiriendo que no es suficientemente buena por lo que hay que “componerla”.

Socialmente las madres son presionadas para abandonar su vida sexual. Muchas mujeres toman la maternidad como excusa para hacerlo; están cansadas no son “sexies” de acuerdo a los estereotipos presentados. Esto es culturalmente

inducido y transmite a la hija malas vibraciones respecto a la sexualidad. La madre al querer proteger a la hija de la sexualidad, no le permite conocerla ni aceptarla. La madre transmite a la hija enormes temores, vergüenza, culpa y disgusto respecto al sexo con su silencio, su reprobación, su abstinencia y negación de la sexualidad. Se espera que las niñas sean más limpias, tranquilas, aplicadas, buenas y que no se masturben. Esto último, está directamente ligado al tabú de no mirarse, no tocarse, no sentir placer y menos auto proporcionarse placer.

La idea del placer erótico está prohibida, es incompatible con las mujeres buenas, con las madres. Acceder a ese placer implica alejarse de la madre: perderla. La represión inicia cuando no se permite a la niña llamar las cosas por su nombre, mirar, conocer y hablar de sexo.

Al conocer y aceptar la sexualidad la niña aprende que no todas las relaciones hombre-mujer son de índole sexual que también hay compañerismo amistad y romance. Y que en aquellas relaciones de naturaleza sexual, la mujer tiene necesidades, inquietudes y sensaciones que debe conocer explorar, expresar y exigir. La actitud de la madre hace crecer a la hija pensando que lo relativo al sexo es torcido, peligroso y sucio pero que al mismo tiempo es su principal moneda de cambio. La que debe ofrecer en el mercado de los hombres a fin de conseguir un proveedor-cuidador. La ignorancia de las mujeres en lo referente a su cuerpo se deriva de una conducta impuesta, son instruidas para sentirse atemorizadas, inseguras, no adecuadas. La industria de la moda y el comercio operan sobre la inseguridad aprendida ofreciendo hacernos adecuadas, hacernos sentir bien, oler y saber bien, quitarnos lo sucio de nuestra sexualidad.

Las madres instruyen a sus hijas en la manera de obtener el amor de la gente, pero al negar la competencia que tienen con ellas no les enseñan a manejar la rivalidad. Educan para ser femeninas, tener una vida sexual y ser populares, al mismo tiempo que lo critican. Educan para ser pasivas y dóciles para satisfacer las necesidades de los demás y poner en segundo plano las propias. Y estos comportamientos son incompatibles con el éxito profesional, la independencia la competitividad. Las hacen demasiado conscientes y dependientes de la opinión de los demás. Debido a que la relación con su hija es ambivalente, sientan las bases para que todas las demás relaciones con mujeres, sean igualmente ambiguas

.Las demás mujeres no son dignas de confianza, son rivales, enemigas. La mujer tiende a formar relaciones estables con los hombres, ese es su objetivo vital . El matrimonio representa un deseo de fundirse en el otro, de perder su identidad y convertirse en algo más fuerte que ella misma. El deseo de la mujer de subordinarse al hombre, responde a un esquema de dependencia aprendido de la madre, que le limita su independencia y sus inquietudes convirtiéndola en la mujer detrás del hombre que triunfa, en una triunfadora vicaria a través del fracaso personal y de la pérdida de sí misma. El fracaso personal sucede cuando las tareas y responsabilidades femeninas se oponen a la realización, desarrollo y desempeño educativo, laboral y profesional propio. No se puede pasar de ser una joven a ser una mujer madura sin un proyecto de vida propio, un trabajo o una profesión que permita satisfacer las necesidades económicas, afectivas, etc, de manera que puedan compaginarse con la función maternal a fin de que la mujer pueda realizarse como persona integral y en plenitud.

4.2.3 Tipos de madres y particularidades de la maternidad

Las mujeres viven la maternidad de muchas maneras distintas , en cuanto a pensamientos , sentimientos , actitudes, conductas y nivel de compromiso respecto a ella. Incluso hay variaciones en la manera en que una misma mujer vive y percibe la maternidad de sus diferentes hijos. El contenido específico de la maternidad varía enormemente también, de acuerdo al ámbito en que se desarrolla (si es público o privado), si sucede bajo el marco de otras instituciones como la conyugalidad, si su carga social es positiva o no, de acuerdo a la edad de la madre, de acuerdo a la liga de la maternidad y otras condiciones sociales , como la de monja, prostituta o loca(Lagarde,1993). Así pues existen muchas maneras de vivir la maternidad, muchos tipos de madres. Para describir y analizar los distintos tipos de madres y la manera en que éstas viven la maternidad se tomará en cuenta de manera casi exclusiva el trabajo de Lagarde (1993) ya que su descripción y clasificación es muy amplia y precisa, su estudio es reciente, se llevó a cabo en nuestro país , abarca diferentes condiciones culturales y sociales e incluye a aquellas que llevan a cabo tareas maternas, independientemente de que no hayan dado a luz.

La primera distinción hace referencia al medio público o privado donde se

desarrolla la maternidad.

Madres Públicas son aquellas mujeres, que a partir de sus funciones y actividades laborales, realizan funciones maternas de reproducción social en instituciones públicas. Entre ellas se encuentran: maestras, enfermeras, psicólogas, doctoras, chamanas, cocineras, meseras, secretarias, etc. Estos trabajos son femeninos, por implicar reproducción (física, psicológica y social) y aunque ocurren en espacios públicos y son reconocidos socialmente como trabajo y públicamente por medio del salario; son concebidos culturalmente como maternas pues son servicios que se otorgan a otros.

Madres domésticas o privadas desarrollan su maternidad en el hogar, existen 5 tipos:

Madre biológica- progenitora. Es la única realmente considerada madre de las madres privadas y la única que es intrínsecamente buena. Ella es la que da a luz y sobre ella se determina la filiación. La contradicción se da cuando ella no realiza su maternidad por incapacidad, abandono, muerte, despojo; porque no lo hace adecuadamente o la comparte con las otras, o la descarga en ellas.

Nodriza o madre de leche. Debido a que la lactancia genera lazos de intimidad y de afecto muy fuertes; ella es la que sigue en importancia. Si hay alguna clase de parentesco o de identidad de clase social o grupo se convierte en una relación semi- materna.

Nana. Si bien su función es exclusivamente materna, de cuidado y crianza; es una relación estrecha en los primeros años y ambivalente después, debido a la inexistencia de parentesco y a la diferencia de clases.

Sirvienta. Su función es de reproducción doméstica, limpieza y quehaceres del hogar. Aunque existe el salario de por medio, se considera un trabajo no productivo, invisible, que no genera reconocimiento.

Otras madres: abuelas, hermanas, tías, vecinas, madrinas, etc. La maternidad entre ellas y la madre biológica es colectiva. Hay entre ellas relaciones de cooperación, rivalidad, competencia. Las otras madres también ayudan a maltratar, abusar y explotar económica y emocionalmente a la madre titular por la necesidad que ésta última tiene de la ayuda de las demás.

Una segunda distinción hace referencia a la maternidad vivida o recreada en la

infancia..

Madres-niñas. Son aquellas púberes o adolescentes, que son progenitoras de sus propios hijos antes de la edad “normal o promedio”; que a nivel nacional indica que para ser madres deben ser mayores de 15 años. Esta edad varía de región a región, en las distintas clases sociales y niveles educativos. Poco informadas sobre su cuerpo y la sexualidad, con muchos tabúes eróticos, educativos y religiosos, muchísimas jovencitas rompen las restricciones de la virginidad y el erotismo restringido al matrimonio y quedan embarazadas. El joven desaparece y ella al no enfrentar un aborto y llevar adelante el embarazo queda como dependiente, subordinada, muchas veces rechazada y siempre devaluada en su familia de origen. Truncando sus posibilidades y rompiendo la dinámica de su desarrollo educativo y laboral. Si obligan a los jóvenes a casarse una de las familias debe cargar con la pareja y la criatura siendo responsables de ellos, proveyéndolos y dominándolos. Este apresuramiento es el origen muchas tragedias familiares, personales y de muchos malos matrimonios. A veces la joven rechaza el embarazo y opta por el aborto. Cuando sí lleva a delante con el embarazo da a su hijo en adopción, lo regala o lo abandona. A la joven transgresora todos la juzgan. Los padres la consideran inmoral, los suegros, fácil, por haber atrapado a su hijo, el esposo la considera indigna de confianza porque lo atrapó, se embarazo “por su gusto”, la rechaza porque por ella él perdió su libertad. También duda: “Si se acostó conmigo, puede hacerlo con otro.” Así, la joven además de la gran carga del hijo; antes de ser adulta enfrenta responsabilidades, cambio de vida, rechazo, separación y abandono.

Niñas-madres. Son aquellas que durante la infancia cumplen funciones maternas, con niños menores, de los cuales ellas están a cargo y que generalmente son sus hermanos, aunque pueden ser vecinitos, primos, etc. Se vuelven madres por un principio de matrilinealidad. Para las madres es muy claro: las hijas son las potenciales colaboradoras de la madre en las actividades de la reproducción. Además así “se van enseñando”. Existe la costumbre de convertirlas en madrinas de los niños que cuidan, a fin de reforzar sus lazos afectivos y familiares lo mismo que como forma de distinción y privilegio. Estas niñas al crecer, ya están cansadas de las tareas maternas y en ocasiones ya no desean tener sus propios hijos y huyen del matrimonio y la maternidad. Otras si tienen

hijos pero su vivencia de madres es involuntaria, amarga, descuidada, sin entrega. Por último están aquellas cuya experiencia de niñas – madres les enriqueció la vida y desean fervientemente ser madres y son madres dedicadas y amorosas.

Niñas-nanas. Son aquellas niñas que desempeñan actividades maternas en un ámbito público laboral , ya sea en otra casa o en una guardería. Que puede implicar o no la recompensa de un salario o bien el pago en especie (techo, comida, ropa). Si existe el salario, éste es muy bajo debido a que está ubicado en dos categorías de trabajo considerado inferior: es trabajo infantil y trabajo femenino. Ideológica y socialmente es percibido como del desamparo y la miseria; como una oportunidad de tener amiguitos, compañeros de juego, techo, comida y “entretenimiento”.

Otra categoría de Madres es aquella que paradójicamente no tiene hijos o si los tiene debe asumir la responsabilidad ella sola.

Madre estéril: Es un ser que es percibido como incompleto, que es criticado, rechazado. Socialmente se asume que ha sido sancionada y/o castigada por la naturaleza, o por Dios, o por el mal que encarna y las faltas que ha cometido. Vive con culpas y sentimientos de no ser adecuada al habersele negado uno de los hechos que constituyen a la mujer como tal: la procreación. Su esterilidad puede llevarla a ser abandonada, repudiada o al divorcio.

Madres sin Hijos. No tener hijos es un atentado contra la naturaleza y contra el destino de toda mujer. Si no tiene hijos por que lo ha elegido de manera voluntaria, se le considera como una enferma, como una mujer incompleta, castrada que ha cercenado una parte de sí misma, como una frívola, egoísta.

Madre de hijos incapacitados o con malformaciones. Debido a que la sociedad responsabiliza íntegramente a la mujer por el bienestar y la salud del hijo, las madres con hijos discapacitados se culpan y son culpadas por la sociedad, familia y esposo, por los males de sus hijos. El rechazo que experimentan por parte de los demás y la culpa que ellas sienten es compensada y transformada en sacrificio. Así, se entregan en cuerpo y alma al cuidado y atención del niño.

Madre sola o madre soltera. Al tener un hijo fuera del matrimonio adquiere obligaciones para toda la vida, queda marcada, por haber sido usada eróticamente, queda en desventaja frente a las mujeres vírgenes y sin hijos en la lucha por encontrar marido. Debe enfrentar la maternidad sin la paternidad, que es la institución complementaria. La madre –sola ha perdido el valor de la virginidad;

por eso en sus casas son golpeadas, maltratadas e incluso echadas. En ocasiones, la madre de la joven hace pasar al nieto como hijo propio, otras veces, las jóvenes pasan el embarazo ocultas en la casa sin poder salir a la calle, o son enviadas a otro pueblo o país (de acuerdo a la clase social). Los niños son regalados, vendidos o dados en adopción. Muchas de ellas no tienen un solo hijo, sino que repiten la historia varias veces, buscando el amor y un padre para sus hijos. En su mayoría no constituyen familia hasta que los hijos crecen, se casan y traen a vivir a su familia. Son generalmente mujeres pobres, suburbanas, desprotegidas, migrantes o sin familia.

Aparte existe la categoría de las malas- madres ; Aquellas cuyos comportamientos se desvían de la idealización socio- cultural de la madre como figura infalible, incansable, siempre amorosa.

Malas-madres. Aunque hipotéticamente todas las mujeres son malas madres puesto que ninguna puede cubrir ni real ni simbólicamente los requerimientos maternos y necesidades de los otros al 100%. Este incumplimiento o inadecuación materna es identificado ideológicamente con la maldad. Las fallas, desamor, descuido y agresiones, constituyen evidencia de que algunas madres no pertenecen al ámbito de lo correcto. Sociedad y religión consagran la maternidad como esencia de la mujer, por lo tanto las malas madres son personificaciones de la maldad, el pecado, la disfunción y la locura. Es importante mencionar que a pesar de la naturalidad de la maternidad y su idealización cultural, más de 100 millones de niños deambulan abandonados en las calles del mundo (de acuerdo a cifras del UNICEF) (Lagarde,1993), cientos de miles mueren por abandono, infanticidio, "accidentes", consecuencias físicas de enfermedad mal cuidada, maltrato y descuido.

Madrastras. La relación que define el rol de madrastra es la relación de conyugalidad con el padre; el cual es el propietario de los hijos y de la nueva mujer. Su maternidad no es vivida realmente por que no tiene la relación biológica de la progenitura; tiene un no-hijo. La madrastra es un personaje simbólico al que culturalmente se le atribuye todo el mal que a la madre se le niega. Ella recibe el odio del no-hijo y la descalificación social y el rechazo familiar, por oposición del recuerdo de la madre ausente que es idealizada. Y porque no ha sido madre como el poder ordena y como Dios manda.

Madres que abandonan. La sociedad considera como abandono todo interés

personal o actividad de la madre distinta a la maternidad, sobretodo cuando sus hijos son pequeños. De este modo, la salida a trabajar, a estudiar, al médico, a pasear o divertirse se considera abandono, aún cuando los hijos se hallen bajo custodia. Puesto que se concibe a la maternidad como definitoria del ser mujer, como una ocupación de tiempo completo y que debe realizarse a cada instante; se la considera tan satisfactoria que llena (o debe llenar) tan plenamente de modo que la mujer no se interese en otra cosa, ni desee nada más. Desde esta perspectiva, las mujeres que dedican su tiempo y energía a cosas diferentes de su casa, su marido, sus hijos; viven ansiedad, angustia y culpa. Los cuales son los mecanismos subjetivos de coerción a fin de asegurarse de la mujer para la reproducción de la maternidad. Es muy importante mencionar que hay madres que abandonan físicamente al hijo, que se deshacen de él en el basurero, en la estación de autobuses, en el metro, en el mercado, en una calle transitada, en otro pueblo. Este abandono real, que limita o anula las posibilidades del hijo de sobrevivir es frecuente y constituye una grave desviación social al ideal materno y un delito jurídicamente tipificado. Estas mujeres que abandonan a sus hijos son a su vez mujeres abandonadas, en la mayoría de los casos; las cuales se vieron y vivieron impotentes para enfrentar la maternidad en soledad, minusvalía o desventaja física, emocional, laboral y económica(Lagarde,1993). Es la madre quien realiza el abandono pues debido a la división genérica le corresponde el cuidado vital de los otros. En este caso el hijo, y al abandonarlo sabiendo que está indefenso, que es dependiente y que nadie lo atenderá le produce la muerte: es un homicidio por omisión. La maternidad consiste en gestar, parir y cuidar; la paternidad en reconocer. La maternidad es indispensable para la vida; la paternidad sólo en los aspectos económicos y jurídicos. Además en muchos casos y en forma que se incrementa continuamente el vínculo y el rol paternos son asumidos también por la madre. La paternidad es el conjunto de obligaciones de provisión económica, social y jurídica que desarrolla el hombre en relación a su hijo. Es uno de los roles posibles y esperados de los hombres, pero no es definitorio de su ser social, puesto que la paternidad no tiene como espacio el cuerpo masculino y su función procreadora no ocupa el centro de su actividad y su subjetividad. El alejamiento del padre no implica la imposibilidad de sobrevivencia del hijo. La paternidad es un compromiso social adquirido, va ligado a la conyugalidad y es dependiente de ella. Así, al terminarse el matrimonio, amasiato o unión libre y separarse el hombre de la mujer, esto significa también el divorcio y

alejamiento del padre respecto a los hijos.

Madres que maltratan. El maltrato a los hijos es generalizado. Existen diferentes grados de maltrato: indiferencia, gritos, negligencia, golpes (de leves a fuertes), lesiones, encierro hasta llegar a la muerte. Socialmente es percibido como una obligación y un derecho de los padres. Como una técnica pedagógica e incluso una muestra de amor. Implica el abuso de la fuerza física del adulto en contra de la indefensión, desventaja física y de edad para los niños y su total dependencia respecto a los padres. La violencia es inherente a la maternidad y a la paternidad, si bien social y culturalmente no es reconocido así, pues ambas instituciones son concebidas como relaciones positivas, buenas y gratificantes. A pesar de que los padres son más violentos en su maltrato al menor, realizándolo casi siempre bajo el influjo del alcohol, causándoles lesiones de mayor gravedad y empleando diversos objetos para golpear (palos, lazos, cinturones, hebillas, cables, tubos, etc.). Es un hecho que muchas madres maltratan de manera constante a los hijos, debido a que las mujeres conviven las 24 horas del día con ellos, los niños son indefensos y dependen de ellas para la satisfacción de sus permanentes necesidades. El trabajo constante, la frustración y el cansancio generan en las madres agresión. Dos factores adicionales promueven el maltrato. En primer lugar el contenido cultural de la maternidad tiene un aspecto civilizador y humanizador, el cual implica represión. También, debido al hecho de que por varios años la madre pierde todo espacio propio y carece de intimidad, la tensión se acumula. Sin embargo, si bien la madre maltrata a los hijos con mayor frecuencia; su maltrato es más leve, menos violento. Pues la formación de la madre como protectora y sus aspectos femeninos, los sentimientos de entrega, paciencia, amor, etc contrarrestan la agresión. Por último, la gratificación que las mujeres obtienen de la maternidad limita el maltrato (Lagarde,1993).

Madres que asesinan. El infanticidio materno es frecuente, la maternidad tiene aspectos fatigosos conflictivos y frustrantes que estimulan la agresión de la madre a los hijos. El filicidio revela la maldad no asumida de la maternidad y evidencia lo no – natural y lo culturalmente adquirido de los valores de la maternidad. El filicidio implica la renuncia de lo único a lo que no puede ni debe renunciar la mujer: a ser de los otros en cualquier circunstancia y a cualquier costa. Millones de mujeres viven su maternidad en medio de dificultades extremas a nivel económico, social y

personal, Sin embargo, la ideología de la feminidad no reconoce las dificultades personales de la maternidad para las mujeres, no concibe que las canse, las lesione o las afecte. La maternidad es y debe ser eternamente gozosa y plena; quien no lo perciba así es mala o está loca. El filicidio anula el mito del amor maternal como instinto y revela su naturaleza histórica, cultural y aprendida. Las madres que asesinan al hijo se aniquilan también a sí mismas en su dimensión de madres. Hay otros que los matan en homicidios sustitutivos en vez de matar al cónyuge, por ejemplo. En otros casos, porque la madre se siente perseguida o amenazada por la criatura, o bien la culpa de sus desgracias. Algunas otras, en plena crisis maníaca cometen el asesinato.

Madres que abortan. Si bien jurídicamente el aborto es considerado como un daño criminal, como el homicidio de la madre a su hijo (un feto indefenso), está tipificado como delito y existe un castigo penal para los participantes. El aborto es una de las formas de control de la natalidad dominante y más empleadas históricamente (Badinter,1981,Lagarde,1993). Los objetivos del aborto son evitar la maternidad y deshacerse de la evidencia de que la mujer ha desobedecido los tabúes de virginidad, sexo prematrimonial y monogamia. Muchas mujeres prefieren no utilizar anticonceptivos; lo que implicaría un acto público, consciente y de dominio sobre su propia sexualidad aunque enfrenten el riesgo de un embarazo, prefieren usar el aborto como una medida de control natal secreta, antes que exponerse socialmente como mujeres eróticas: malas. Embarazo y aborto pueden ser y son usados, políticamente para retener a los hombres, acelerar un matrimonio, retrasar un divorcio. Muchas mujeres abortan recurrentemente: madres solas, prostitutas, mujeres infieles. Tomando el daño causado por el aborto y el inevitable riesgo a su vida como una forma de auto castigarse y pagar culpas.

Una característica importante que presenta la maternidad es el denominado; poder maternal. Se refiere al poder que la madre tiene sobre los otros emanado de su ser para otros y de otros. La opresión de la mujer no impide que tenga poder y que lo ejerza para afirmarse o para oprimir a otros. A través de sus cuidados, la madre manipula, dirige, gobierna, enfrenta, etc. Para lograr sus fines y obtener beneficios, las madres oprimen a quienes están bajo su cuidado y órdenes: sirvientes e hijos. Tiene poderes asociados en relación directa a su edad, si posee o no capital, a sus valores, educación y su atractivo dentro de la dimensión conyugal y maternal.

Otra división importante, radica en las particularidades o casos particulares de la maternidad. Existen varios grupos femeninos cuyas características de vida, de subjetividad, de actividades apariencia proscriben la Maternidad y sin embargo la viven; con un contenido específico y son: monjas, presas y prostitutas.

Monjas y maternidad. Las monjas compensan su carencia al no ser esposas y de sexualidad (tanto erótica como procreadora) y la subliman, en el rol de esposas de la divinidad patriarcal y con su servidumbre voluntaria hacia la Iglesia. El contenido maternal de su vida se plasma en su maternidad hacia los débiles, enfermos, ignorantes y pobres de espíritu. Las monjas hacen el mismo trabajo que las demás mujeres: cuidan maternalmente a otros como enfermeras, maestras secretarias, cocineras, son madres públicas y atienden a niños, enfermos y ancianos. Su trabajo también es invisible, no es reconocido ni recompensado; pues ellas no trabajan, cuidan y aman a otros pues así se los dicta su naturaleza. A pesar de las jerarquías que hay entre ellas, las monjas son pares, pues las liga su identidad genérica. También las ligan, los mismos motivos para sustraerse a la sociedad y a la familia. Para no casarse, ser célibes y no tener hijos. Creen haber erradicado de su vida los aspectos más negativos de ser mujer. Sin embargo ellas reproducen y realizan la esencia de la condición de la mujer, de la madre y esposa, el ser para otros en servidumbre voluntaria.

Prostitutas y Maternidad. La mayoría de las prostitutas son madres y esposas. Tienen hijos aunque no cónyuges permanentes. Son madres – solas porque carecen de marido, sus hijos son de diferentes padres, de padres desconocidos o irresponsables. En el aspecto simbólico, maternidad y prostitución pertenecen a ámbitos opuestos de la vida. La prostitución cuyo signo es el mal contamina la pureza de la maternidad, esto como consecuencia de la escisión del género en mujeres especialistas en una y otra opción de la sexualidad: erótica o procreadora(Lagarde,1993). Las prostitutas son mujeres y comparten con todas las demás su condición genérica , históricamente organizada en torno a la maternidad, entrando en conflicto con su situación específica. A pesar de esto, las prostitutas se embarazan y tienen hijos. Mediante su maternidad reparan culpas, reponen pérdidas, se dan compañía , se hacen mujeres como todas, compensan su maldad y aceptan el castigo de sus culpas. Su maternidad es más evidentemente colectiva

que la de otras mujeres y a través de ella quedan sujetas en mayor o menor medida a ciertos poderes y acciones de las mujeres que las ayudan, sean o no parientas. Deben mantenerlas, pagarles, aguantar malos tratos, insultos, agresiones y golpes. A veces mandan a sus hijos al pueblo a vivir con abuelos o tíos. Estas situaciones las comparten con las demás mujeres que viven una doble jornada: trabajar fuera de la casa además del trabajo doméstico.

Presas y Maternidad. A la persona presa se le suspenden algunos derechos, como los políticos. No obstante mantienen el derecho y la obligación social de tutelar a algunos de sus hijos al tiempo que son separadas de otros. Por el papel central que tiene la maternidad en la definición de las mujeres, el castigo a la madre es también el castigo a los hijos, debido a que la relación madre-hijo es social y culturalmente un binomio. Si la criatura está con la madre en la cárcel: : está presa también; si no, vive la pérdida de la madre en la vida cotidiana.

Para las mujeres que tienen a sus hijos en la cárcel, esto puede ser gratificante y enriquecedor pues de este modo pueden reproducir en el encierro la vida doméstica. Para algunas otras, la maternidad en reclusión agrava el castigo: sufren por ellas y por sus hijos, llegan a desquitarse con ellos, Otras se sienten bien de tener junto a ellas alguien noble y bueno por quien preocuparse y de quien ocuparse, además el hecho de tener junto a ellas al hijo, parte de su familia, las hace sentirse especiales en relación con las demás presas. Hay prisiones con celdas colectivas con cuneros para que estén cerca de sus hijos. La vida de las mujeres en prisión se asemeja a la de las vecindades. No extraña la ausencia de hombres en prisión: también faltan en la casa. Las mujeres recrean su convivencia, sus amistades, sus relaciones familiares, sus roles. Entre ellas hay jefas y siervas; las que son temidas admiradas y amadas. Establecen relaciones de dependencia, competencia y cooperación; de amistad o amasiato. Las mujeres presas recrean en la cárcel su mundo íntimo y privado, son madres donde estén. Solamente cambian de sitio doméstico.

4.3 La vejez : No-maternidad o re-maternidad

Si bien desde los puntos de vista social, jurídico y médico se establece que la

vejez se inicia alrededor de los 60 años, para el propósito de este trabajo se considerará el inicio de la vejez en el momento en el que se pierde la capacidad de reproducirse, es decir en la menopausia. Ya que el momento que cierra el periodo reproductivo de la mujer no implica la clausura de las tareas maternas, sino un cambio cualitativo en esas tareas, en la manera en que la sociedad percibe a la mujer y en la forma en que la mujer se percibe a sí misma. La menopausia es una iniciación, una segunda pubertad. Como adolescente se adquiere la capacidad fisiológica de tener hijos. Como mujer madura y de manera paradójica, al perder la capacidad de ser madre en lo biológico y lo particular se adquieren muchas otras capacidades entre ellas la de actuar como madres del mundo en general, de ser guardianas del saber y la intuición (Zweig,1992).

La menopausia se considera una época de cambio negativo, ya que anuncia el cese de la actividad reproductiva, lo cual acentúa la inferioridad de la mujer en la sociedad. A ella, la hace sentir devaluada en un medio cultural donde la maternidad y la juventud han sido glorificadas. La mujer que cree e interioriza el mito de la menopausia como fin de la feminidad, pierde su vitalidad y su interés por el sexo. Se siente y se ve vieja, pues al tener una visión negativa de la menopausia también incrementa el número e intensidad de síntomas desagradables asociados con este cambio vital: cambios bruscos de humor, fatiga, dolores corporales, bochornos, hipersensibilidad de los senos, dolor de cabeza, hinchazón, ciclos hormonales más largos o más cortos, menstruaciones más copiosas, alteraciones del deseo sexual, descenso del nivel de las hormonas femeninas, la progesterona y los estrógenos, al que acompaña un incremento en la producción de hormonas masculinas.

La mujer que toma el cambio de la menopausia como un cambio que puede traer oportunidades, no identifica el final de la fertilidad con el final de la sexualidad, sino que la liberación del temor al embarazo y la liberación del uso de anticonceptivos, funcionan como potenciadores de su interés y goce sexual. Es una mujer que sigue sintiéndose atractiva, cuida de sí misma, tiene un aspecto sano y vital.

En la cuestión de la Menopausia, como en muchas cosas en la vida, algo muy importante es la actitud que se tiene ante los cambios. Hay que concentrarse en

las oportunidades que se le presentan, no en lo que se ha perdido. Es cierto, ya no puede tener hijos, pero ¿lo desea? ¿por cuántos años ha usado anticonceptivos? ¿qué edad tiene su último hijo?

La crisis la experimenta de manera más leve la mujer que no se lo ha jugado todo a la carta de su feminidad-maternidad. La que trabaja, estudia o ha cultivado aficiones e intereses a lo largo de su vida. Para ella es una especie de liberación, ya no tiene hijos pequeños, los grandes ya son independientes y ya han abandonado la casa o están próximos a hacerlo. Esto le da más libertad y tiempo para dedicarse a sí misma, hacer ejercicio, estudiar, trabajar, participar en trabajo voluntario, etc. La mujer que se ha obsesionado con su apariencia y no ha cultivado otros intereses se horroriza al envejecer y se empeña en seguir viéndose joven con lo que sólo consigue verse ridícula. La mujer que se ha olvidado de sí misma, que se ha sacrificado por completo dedicándose integramente a sus labores de madre y esposa se sentirá pérdida, trastornada y se deprimirá. Como paralelamente a la menopausia, se lleva a cabo la independencia de los hijos la mujer experimenta la soledad, el vacío. Si es de y para otros y ahora no están ¿qué va a hacer consigo misma? En ocasiones se aísla de familiares, se deprime y se vuelve melancólica. A veces para revivir su juventud tiene una aventura extramatrimonial generalmente con jóvenes (De Beauvoir, 1949), otras manifiestan tendencias homosexuales. Algunas buscan ayuda en Dios, siendo presas propicias para las sectas religiosas, los espiritistas, los profetas, curanderos, y toda clase de charlatanes. Se vuelve rencorosa, se siente rechazada y perseguida. Se vuelve muy celosa con su pareja.

Por el lado positivo, ahora tiene tiempo para dedicarse a sí misma y a sus amistades. Hay un aumento de energía, un mayor desarrollo de la empatía y la intuición, la mujer es modelo positivo de envejecimiento si sigue activa, positiva, interesada en la vida, trabajando (Borysenko, 1998). La mujer de esta edad tiene muchas capacidades y fortaleza, su experiencia y talento son enormes, por lo que es necesario que sigan en relación con todos los demás a fin de que esa fuente de conocimiento no se desperdicie.

En la Antigüedad y actualmente en algunas culturas como la afro-americana y la indígena norteamericana, se considera que las mujeres al envejecer se van volviendo más sabias y hermosas. Son veneradas como las guardianas del saber,

son consultadas cuando hay que tomar una decisión pues poseen gran conocimiento y experiencia. Son muy respetadas. El cerebro continúa evolucionando a lo largo de toda nuestra vida, lo mismo que nuestra forma de aprender y nuestras prioridades. En el caso de la mujer, ella tiende a aumentar su relacionalidad (inclinación por las relaciones y por compartir sentimientos y pensamientos con los demás), su pensamiento interdependiente (por medio del cual percibe las conexiones que existen entre todos los seres y el medio, y la repercusión que cada decisión tiene sobre el mundo en conexión) y el conocimiento intuitivo: la intuición (Borysenko,1998). En esta edad la mujer se enfrenta a numerosos cambios en la vida, en donde tiene que poner en práctica la flexibilidad y adaptabilidad que ha tenido que desarrollar a lo largo de su vida a partir de los numerosos roles y actividades que ha desempeñado. Tiene que enfrentar el retiro laboral o cambios de empleo, cambio de casa, integración a otro grupo familiar, integración a una comunidad de ancianos, independencia de los hijos, pérdida de amistades y seres queridos, viudez, disminución del ingreso, pérdida del nivel de vida, disminución de las capacidades físicas, enfermedades, etc. Todos estos cambios generan estrés. Sin embargo algunas de las cualidades “maternales” le ayudan en su adaptación. La habilidad de desarrollar varios roles a la vez, la tolerancia a la frustración, la capacidad de persistir en un esfuerzo a pesar de la ausencia de estímulos, la habilidad de expresar sentimientos y pensamientos, de compartir con otros, de delegar trabajos, de dividir responsabilidades y de dejarse ayudar.

La No-Maternidad ofrece a la mujer un cúmulo de oportunidades y de intereses. La oportunidad de cuidar de sí misma, de relacionarse con los demás, abrazando causas políticas, sociales, ecológicas, etc.; que sean de su interés y de dar servicio. Permanecer activa y en relación con las personas y el mundo le ayuda a mejorar su salud, su ánimo, su expectativa de vida y lo más importante: su calidad de vida.

Sin embargo, muchas otras mujeres viven en esta edad un nuevo proceso de maternidad, directo y cotidiano. En nuestra cultura, es muy frecuente que la abuela se haga cargo de criar a los nietos mientras la madre trabaja. De modo que cuando apenas está terminando las labores de cuidado de sus propios hijos y aún sigue atendiendo maternalmente al marido, vuelve a empezar el proceso. Ya sea

porque asume la progenitura de alguna hija adolescente, la cual aparecerá como hermana de su propio hijo. Porque se le encargue cuidar al hijo de una nuera, sea porque comparte la vivienda con ella o porque se lo imponga su hijo y la mujer no pueda negarse. O bien porque asuma el cuidado del hijo de la hija, realizándose vicariamente por medio de la independencia, desarrollo y logros de la hija, tanto laborales como profesionales. Esta Re-Maternidad es una vez más impuesta a la mujer por las circunstancias, la costumbre, las necesidades de los otros. Sin preguntarle, sin tomar en cuenta su opinión. Sin tomar en cuenta que la mujer haya podido estar esperando (incluso por años) esta “liberación” de su trabajo maternal, como una oportunidad para convivir más con su pareja, de forjar amistades o de trabajar en algún proyecto personal como estudiar (desde terminar la primaria, hasta estudiar una carrera), trabajar o poner un negocio.

Re-Maternidad o No-Maternidad son las dos principales opciones para la mujer a partir de la menopausia. La manera en que se vivan: como pérdida o un nuevo inicio depende de la actitud de la mujer y de la manera en que haya vivido las etapas anteriores de la vida. Entablando relaciones sociales significativas, manteniéndose activa, cultivando intereses, aprendiendo a percibirse y a construirse a sí misma como una persona que antes que madre es mujer.

En base a lo anterior podemos resumir lo siguiente, la construcción psicológica y social de la maternidad es un proceso continuo y dinámico. Al ser un proceso de socialización se inicia antes del nacimiento y sólo termina con la muerte, pues el contenido simbólico va cambiando conforme la sociedad evoluciona y el individuo crece. Y éste debe ser capaz de adaptarse a los cambios, necesidades y retos que su rol y la sociedad le demandan.

La mujer vive la maternidad desde que siendo una niña vestida de rosa cuida a su muñeca. Cuando escribe una carta y le hornea un pastel a su novio adolescente. Cuando toda perfumada baila durante horas en altísimos tacones. Cuando teje una interminable colección de chambritas y vela junto a la cuna del bebé. Cuando revisa la tarea de los hijos y hace maquetas. Cuando cuida al esposo o al hijo enfermos, frota su espalda, lava su ropa, hace su comida. Cuando sirve el café de su jefe, cose su botón o envía flores en su nombre. Cuando arrulla al recién nacido y amortaja al difunto. La niña nace hembra, se convierte en mujer

y vive como madre.

Una vez descritas las formas en que familia y sociedad pulen y desarrollan los valores, cualidades y tareas de la maternidad a lo largo de toda la vida de la mujer. En el siguiente capítulo se llevará a cabo el análisis , integrando la información y ofreciendo alternativas y conclusiones.

CAPITULO V

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

En los orígenes de la civilización, la distinción de las personas de acuerdo a su sexo y su formación genérica a nivel psicológico y social tuvieron como fin la organización de la sociedad. La razón por la cual se definieron ciertas actividades como femeninas y otras como masculinas dependió de las prácticas sociales de grupos humanos ahora extintos. Si en ese momento los hombres eran cazadores de grandes presas, se consideró que eran los proveedores, los activos, los que se desplazaban, los que necesitaban cuidados y descanso cuando llegaban al hogar (en su sentido más estricto y primario: la hoguera, alrededor de la cual se reunían y dormían, la cual podía estar en un refugio de piedra, en uno construido por los humanos o a la intemperie). Las mujeres que recolectaban frutas, verduras y leña; cazaban presas pequeñas con las que complementaban o en las que basaban su alimentación, curaban con hierbas y descubrieron la agricultura. Debían permanecer en la casa, cuidando y atendiendo a hijos y marido. No obstante lo anterior, su trabajo era importante y valioso para las comunidades que dependían del trabajo de todos sus miembros, desde los niños que empezaban a caminar, hasta los más ancianos. A fin de protegerse de los elementos, de los enemigos y asegurar su supervivencia, su reproducción.

En la medida en que se abandonó el modo de vida nómada (la caza, la recolección), y los grupos humanos se volvieron sedentarios, los hombres se adueñaron de habilidades y actividades que hasta entonces habían desarrollado las mujeres: la agricultura y la ganadería, disminuyendo la importancia de la participación económica de las mujeres en la vida comunitaria. El protagonismo y los aplausos siguieron teniéndolos los hombres (como hasta la fecha); negándose la importancia y la valoración a las mil y una actividades desarrolladas por las mujeres, colocándolas en una posición secundaria respecto de sus congéneres masculinos; en una situación de dependencia y sumisión.

Aprender cómo ser hombre o mujer en determinada cultura y en cierto momento histórico no es algo que suceda de un momento a otro. Más bien es el resultado de un proceso de socialización que dura toda la vida. Si debe ser

aprendido no es natural, no es innato. No es un hecho determinado biológicamente, es un hecho histórico sancionado social y culturalmente. Distinguir los seres humanos en tipos o categorías, aún cuando la distinción se base en características biológicas como la apariencia de los genitales externos, es un hecho cultural. Para dar más énfasis y validez a la categorización de géneros se pretende conectar la categoría biológica: macho-hembra, con la categoría sociocultural: hombre-mujer. De acuerdo a Lamas (1996), en tanto categorías sociales, las categorías genéricas son transformables. Si bien el proceso es difícil y lento. La realidad nos muestra que es más fácil y rápido modificar los hechos de la naturaleza (por ejemplo la mutación de los virus y bacterias por el uso de los antibióticos) que los hechos sociales, cuyas relaciones de causa efecto son multifactoriales. A pesar de esto, la ideología dominante asimila simbólicamente lo biológico a lo inmutable y lo sociocultural a lo transformable.

Los roles genéricos son hechos socioculturales, no son inmutables, pueden cambiar y evolucionar. De hecho lo hacen, aunque sea lentamente. Estos roles implican desigualdad, jerarquía e inferioridad de una de las categorías: mujeres, en función de la otra: hombres.

Según Scott (1986) citado en Lamas (1996) las categorías de género hombre y mujer son categorías vacías y rebosantes. Vacías porque carecen de un significado único, último y universal. Rebosantes porque aunque parecen estables, contienen el germen y el residuo de formas ya superadas y eliminadas; lo mismo que de otras que apenas se esbozan como futuras, como alternativas posibles de ser y vivir como hombres y como mujeres.

5.1 Maternidad, familia y opresión

En los orígenes de la civilización, la mayor parte de las sociedades veneraban la femineidad. Sus creencias religiosas involucraban Diosas, eran lo que historiadores y antropólogos llaman las culturas de la madre. Kniebihler(2001) describe que a las deidades femeninas se les atribuía la fertilidad de los campos y los animales. Lo mismo que el milagro de la reproducción humana, más

relacionado por los antiguos con la magia, la intervención de los espíritus o a la lucha de espíritus totémicos que a la relación sexual. El pensamiento de ese entonces involucraba la necesidad de la cercanía espacio-temporal de dos eventos a fin de establecer entre ellos una relación de causalidad. Y tal cercanía no existe entre un evento: coito (concepción), el embarazo (que se empieza a notar tres o cuatro meses después) y el parto, separado del coito por nueve meses. Hay restos de figuras de barro de esa época, las cuales exageran las características morfológicas del cuerpo de la mujer relacionadas con la maternidad: senos grandes, caderas grandes y vientre abultado. Paralelamente la sociedad tenía una organización matriarcal y la filiación de los hijos estaba determinada por vía materna.

Con el surgimiento de la propiedad privada (a partir del descubrimiento de la agricultura) de terrenos, animales y productos agrícolas excedentes, surge la necesidad de heredar bienes, cuyos propietarios eran los hombres. Se establece entonces el sistema patriarcal y la filiación de los hijos por vía paterna. Para asegurarse de la legitimidad de los hijos se crea todo un sistema de prohibiciones y tabúes relacionados a la sexualidad: monogamia femenina, el tabú de la virginidad, la heterosexualidad exclusiva y la restricción de la práctica sexual al seno de relaciones de conyugalidad socialmente sancionadas. Así, el sistema patriarcal impone restricciones culturales e institucionales a la sexualidad. Convirtiéndose así el patriarcado desde su inicio en un sistema restrictivo y represivo para las mujeres; y la sexualidad en un principio social ordenador, cuya expresión es controlada y limitada al formar parte de un sistema de género. La sociedad pre-género (Lamas,1996) es bisexual, como bisexual es el primer objeto sexual en los niños de acuerdo a la teoría freudiana y libre de restricciones.

El patriarcado es un tipo de organización social caracterizado por la descendencia, sucesión y herencia patrilineal. Es decir directa del padre. Por la residencia patriarcal, la autoridad paterna y la subordinación real y legal de las mujeres y los niños. La imagen social que se le exige a la mujer está basada en la subordinación a la posición masculina. ¿Cuánta de la fuerza que se le atribuye el hombre en sus relaciones de dominio hacia la mujer, realmente le pertenece? ¿Cuánta de esta fuerza la enajena de la mujer?

La cultura es un poderoso instrumento que moldea la personalidad de los sujetos, influyendo en su manera de razonar, en la forma de representarse las cosas, en la escala de valores o principios en base a los cuales habrán de conducirse, etc. La sociedad se vale de recursos e instituciones para entrenar y presionar a los sujetos con el fin de que se ajusten a las características que cada cultura ha determinado acerca de cómo ser un hombre o una mujer adecuados.

En una sociedad dominada por hombres, ellos tienen muchos privilegios en relación a las mujeres. Tienen libertad para mandar, para tener propiedades, están exentos por tradición del trabajo doméstico, disfrutan de mejores puestos de trabajo, de salarios más altos, de más libertad. Incluso existe un encubrimiento y reforzamiento social hacia la violencia masculina cuyo objeto es la mujer: tanto como hija, lo mismo que como cónyuge. La imagen social que se le exige a la mujer tiene connotaciones complementarias a la del hombre; está basada en el ajuste y la subordinación a la posición masculina. Fomenta en la mujer la necesidad de protección, el miedo a lo imprevisto, la incapacidad aprendida; la destina a ser objeto de sujeción, inferior, incompleta, que sólo se convertirá en persona íntegra al tener un hombre a su lado (Martínez et al. 1998). Parte de las órdenes culturales que los dos géneros reciben implican que la mujer es propiedad del hombre, ya sea el padre o el cónyuge, de este modo las leyes y la costumbre le otorgan todos los derechos sobre la mujer. Incluyendo diversas formas de violencia física, verbal y psicológica, con el fin de demostrar el poderío y el dominio del individuo.

En toda familia, entendida como unidad doméstica, existe una estructura de poder desigual, cuyos principios están determinados por la edad y el sexo (Schmuckler, 1998), la familia, como institución social de gran importancia, es un ámbito de relaciones sociales íntimas donde conviven personas emparentadas entre sí, de géneros y generaciones distintas. Entre sus miembros existen lazos de solidaridad, relaciones de poder y autoridad. Es el contexto donde los individuos aprenden y practican normas y valores.

En cada periodo histórico y cultural se construye un ideal de familia. En el siglo XX y hasta la fecha es la familia como unidad doméstica patriarcal, nuclear (padre, madre e hijos) y heterosexual. Sin embargo, numerosos factores económicos

(cambios en la estructura productiva, pérdida de nivel de vida, incremento del trabajo femenino remunerado, aumento de la pobreza tanto como cualitativa como cuantitativamente), políticos (pérdida del poder patriarcal, pérdida de vigencia y campo de acción de los controles de Iglesias y Estado sobre las personas), y sociales (aumento de los divorcios y separaciones, reducción del tamaño de la familia, incremento de los hogares monoparentales) han modificado esa estructura nuclear haciendo surgir y proliferar otros tipos de familia. Entre los más importantes y comunes están la unipersonal, homosexual, reconstituida (donde uno o ambos miembros de la pareja han tenido lazos conyugales e hijos previamente y forman una familia con hijos “míos, tuyos y nuestros”), extendida ya sea horizontal (con tíos, primos, hermanos) o verticalmente (padres, abuelos, etc.), y monoparentales sobretodo aquellos de jefatura femenina (Schmuckler, 1998).

La mayor presión para los cambios familiares y para el incremento de las separaciones ha provenido de las mujeres. Debido a dos factores básicamente: las asimetrías que padecen las mujeres en el seno familiar y el abandono de las obligaciones de la paternidad por parte de los hombres.

La familia patriarcal está presente casi universalmente, sin embargo, hay una tendencia creciente al abandono de las obligaciones de la Paternidad por parte de los hombres, lo mismo que una renuencia a reconocer tales vínculos y obligaciones. Esta tendencia es apoyada y validada por los marcos legales e institucionales de la sociedad occidental. Aunque el hombre tenga un buen ingreso, puede negarse a mantener a sus hijos (habidos dentro o fuera del matrimonio), puede dejar de mantenerlos (ya sea porque está empezando una nueva familia o porque mantiene a una familia anterior) o alegar que su ingreso es insuficiente (al destinar una parte importante para sus gastos y “gustos” personales). De este modo para contrarrestar el inadecuado o inexistente apoyo del padre, la madre se integra al mercado laboral. El bajo nivel de capacitación (en la mayoría de las mujeres) las destina a tener puestos de trabajo muy bajos y a obtener niveles de ingreso inferiores. Esto aunado a la discriminación laboral que sufren y que por ser mujeres no les permite obtener más del 60 al 75 % del salario que por el mismo trabajo recibirá un hombre (Joseph et al, 1990).

A pesar de todo lo anterior, el acceso a un ingreso independiente fortalece la

autoestima y la autoimagen de la mujer (Schmuckler, 1998) y promueve la toma de decisiones de forma compartida. Si bien no en todos los casos hay cuestionamiento, ni lucha en contra de la dependencia femenina, de la división sexual del trabajo o de los dobles estándares morales.

Otro factor que ha provocado el aumento de hogares encabezados por mujeres consiste en las asimetrías que sufren las mujeres en las familias tradicionales. En primer lugar, el no reconocimiento de las aportaciones no retribuidas (invisibles) de las mujeres para la reproducción doméstica y familiar. Además, la mujer no ha experimentado cambios en la división intrafamiliar del trabajo a pesar del aumento de su participación en el trabajo remunerado, condenándose así a doble y triple jornada de trabajo. Así pues, no hay correspondencia entre los derechos y obligaciones de los diferentes miembros de la familia, hay tensiones que afectan o destruyen la dinámica familiar.

Es muy importante mencionar que si bien en los hogares encabezados por mujeres hay mayor índice de pobreza (Selby, 1991), mayor riesgo de ser pobres, un número mayor de dependientes económicos por trabajador y mayor frecuencia de familias extendidas (tanto horizontal como verticalmente). Son también hogares donde el ingreso se aplica para el bienestar colectivo y la distribución de tareas y decisiones se hace de manera más igualitaria.

Mientras se siga suponiendo que por naturaleza el hombre es la autoridad, aunque no sea responsable ni económica ni socialmente y no comparta las cargas del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos, se seguirán reproduciendo usos, mitos y normas culturales que favorecen la desigualdad de género.

La familia está evolucionando y debe continuar haciéndolo hacia modelos donde haya cabida y se legitimen las diferencias entre los miembros de la familia, en cuanto a derechos, deberes e intereses, sin suponer que las diferencia implica jerarquía sino complementariedad. Donde se elimina el autoritarismo y la violencia en las relaciones conyugales lo mismo que entre padres e hijos. Que promuevan una participación igualitaria en las decisiones familiares y de consumo. Que haya mayor solidaridad y colaboración entre los miembros de la familia (de ambos sexos) para la realización de las tareas domésticas y el cuidado de los niños y

ancianos. Familias que otorguen acceso igualitario de ambos géneros a la educación, la salud, los recursos económicos familiares. Que reconozcan el derecho de todos a la recreación, el placer, el sexo, la planificación sexual y la toma de decisiones personales (qué carrera hacer, con quién casarse, tener hijos o no). Que reconozca el derecho femenino a la educación, el trabajo remunerado y el control de los recursos que ella genere. Que permita que se construya una identidad de género para las mujeres que no estén fincadas en la maternidad o en la conyugalidad, sino en el ser y el hacer como en la del hombre, como la de cualquier ser humano.

5.2 Mujeres-madres y estereotipos

Si bien las diferencias genéricas están históricamente determinadas, hasta ahora hombres y mujeres se definen de manera universal por su condición genérica, distinción que los aleja, los extraña entre sí. Las mujeres son construidas, psicológica y socialmente y viven su vida como seres incompletos y dependientes de otro y relacionales, es decir que sólo son definidas en relación a otros: esposa de, hija de, madre de.

La incompletud femenina deviene en primer lugar del reconocimiento social e ideológico (en la sociedad patriarcal) del hombre como paradigma y modelo de ser humano íntegro y poderoso cuyo correlato es el de la mujer cautiva, sumisa y dependiente. De este modo la mujer incompleta busca su continuidad en otros: padres, hijos, cónyuges, casa o alguna causa política o social. La existencia de las mujeres se desarrolla en femenino como un ser destinado, dedicado, dependiente y cautivo en los otros (Lagarde, 1993). La segunda dimensión de la incompletud de las mujeres se deriva de la confrontación de las mujeres reales con el estereotipo de mujer "ideal" el cual en el mejor de los casos sólo puede ser satisfecho por algunas mujeres, bajo ciertas circunstancias y en ciertos periodos de su vida. El resto de las mujeres, en las demás circunstancias no habrán de llenar ese estereotipo, lo cual les reafirma el sentimiento de ser inadecuadas, inferiores, incompletas, les genera frustración, impotencia, rabia, adicciones, locura e incluso la muerte.

El estereotipo de la mujer femenina implica que para ser plena y realizada debe ser joven, bella, casada o mantener una relación de conyugalidad estable y duradera, engendrar y ser madre. Su periodo más pleno es aquel en el que es madre de niños pequeños; los cuales son dependientes vitales de los cuidados maternos para sobrevivir. En esa relación con el vulnerable, el dependiente se definen y practican las cualidades femeninas básicas de la mujer: dadora, nutridora, protectora, dispuesta a la renuncia, volcada en otros, indiferenciada de los demás. Frente al menor, la mujer a pesar de ser dependiente y sometida, actúa la adultez, la independencia y expresa el poder que el patriarcado ha delegado en ella sobre menores y sirvientes (De Beauvoir, 1949).

En ese contraste con el estereotipo, el contenido cultural de la feminidad de las mujeres su ser como humano siempre está a prueba. En contradicción con la definición dogmática de la feminidad como atributo natural, las mujeres deben probar a cada momento su feminidad y si dejan de lado alguno de sus rasgos pierden grados en la valoración de su existencia social, cultural y política. La mujer es valorada y calificada de dos formas: contrastándolas entre sí (lo cual reproduce la escisión del género) y contra el estereotipo, el cual tiene variaciones de acuerdo a su grupo sociocultural de adscripción. Y se le define como buenas, mejores, malas madres, etc. En ámbitos tradicionales son “buenas” las mujeres que son madres, dulces, recatadas, aguantadoras, que paren “a valor mexicano” (sin anestesia), que tienen los hijos que Dios le manda, que amamanta, que toleran la infidelidad o los malos tratos, el deterioro de la salud, la violencia. Las que no se divorcian para mantener “unida” a la familia. Las “luchonas” que trabajan para mantener a padres, hermanos, hijos, etc. y renuncian a placeres, gustos, etc. en bien de otro. En ámbitos menos tradicionales son buenas las madres que estudian o trabajan, pero no descuidan la casa y menos el cuidado de los hijos (Lagarde, 1993).

Si las mujeres fallan en comparación al estereotipo (como lo hacen casi todas y casi siempre) no se considera que el estereotipo sea irreal o imposible de cumplir sino que la falla significa un defecto de la mujer, una pérdida de valoración, una pérdida de feminidad. Las mujeres que no llenan el estereotipo y transgreden la norma son consideradas mujeres fallidas y son sometidas a un tratamiento político represivo que incluye: negación social de su existencia, exclusión, descalificación,

distintos grados de violencia (física, verbal y psicológica) y la muerte. También son colocadas real y simbólicamente en espacios consagrados y segregados como reductos positivos de pureza (conventos) y negativos de impureza (cárcel, burdel, manicomio).

La cultura obliga así a las mujeres a serlo con cierto contenido, positivamente, de formas específicas, creando también la forma, el espacio y el castigo a las fallas, al incumplimiento (Lagarde, 1993). La base de la insatisfacción, la ansiedad y la locura de las mujeres se basa en la dificultad para cumplir con las expectativas estereotipadas del género; por razones sobre las cuales ellas no tienen ningún control. Por un lado, instituciones como el matrimonio y la paternidad se fracturan y hacen que a las mujeres se les dificulte casarse, mantenerse casadas y obtener el reconocimiento para sus hijos. Por otro, la inserción de las mujeres en el estudio y el trabajo hace que esas mujeres sean diferentes, sean “no-casables”, se queden solteras. Otras mujeres se casan y no conservan el hombre a su lado y son abandonadas con hijos por lo que deben hacer un doble esfuerzo para sobrevivir quedándose solas con sus hijos y debiendo trabajar para mantenerlos y mantenerse. Muchas desean realizar su maternidad de forma tradicional y al no poder hacerlo sobreviene la frustración. Otras se esfuerzan por cumplir con el deber ser y no lo logran, pues, no son bonitas, o jóvenes, ya no son “señoritas”, son pobres, ya tienen hijos, no tienen maridos o trabajo, etc.

Hay dificultades para vivir el ideal femenino por lo que la vida le resulta además de difícil, dolorosa, puesto que implica un contenido de fracaso, desamor y abandono. Como mujeres se les ha creado para ser seres de y para otros. A partir de este sufrimiento las mujeres pueden incursionar en la muerte de otros o propia (suicidio) para sobrevivir a su sufrimiento, confusión e incapacidad. Otras salidas incluyen las adicciones y la locura. La locura femenina que va de la neurosis hasta la psicosis; sobreviene por la exageración en el cumplimiento de su estereotipo. A pesar de llevar al extremo la renuncia en aras de los otros, sobreviene el vacío por la falta de reconocimiento positivo, vital para la existencia. Esto se suma al desgaste físico y psíquico derivados del interminable servicio a otros, la culpa, el abandono, la violencia que reciben de propios y extraños. Así las mujeres, enloquecen de mil maneras dependiendo de su contexto sociocultural. Unas “enloquecen” al creer fanáticamente en dioses, el esoterismo, la magia, en

aspectos sobrenaturales. Lo hacen como un esfuerzo para influir sobre el curso y el sentido de su vida. Se depositan ideológicamente en las cuestiones mágico-religiosas porque no pueden confiar en su propio saber ni en su fuerza; creen en lo sobrenatural porque no pueden hacerlo en sí mismas. Otras “enloquecen” porque no pueden seguir tolerando la voracidad de los otros en sus exigencias de entrega y cuidado por parte de la madre. Ellas al haber llegado al límite de la renuncia personal o de los cuidados a otros llegan a la “locura”, como una forma de liberarse del poder y la dominación de los otros dejando de hacerse cargo de ellos. En este sentido la locura sería un repertorio adaptativo de supervivencia, un acto de autonomía y autoafirmación sobre sí misma y los demás. Otra forma de “locura” en las madres se presenta cuando los otros se ausentan de sus vidas. Entonces estos dejan de ser referentes y espejos de sí mismas, de su identidad y su modo de vida. Es la locura de la soledad, de no sentirse útil ni necesaria; la locura del abandono y el desamor. Esta pérdida de gran magnitud se complementa con la impotencia aprendida de las mujeres para construir alternativas vitales que sustituyan la pérdida. Las normas culturales y sociales refuerzan la imposibilidad de las mujeres para optar, para re-estructurarse a sí mismas desde lo profundo hasta lo social para aprender a vivir de nueva cuenta si ya no tiene atributos requeridos para re-establecer vínculos conyugales o aunque los tenga. Las drogas y el alcohol son una manifestación creciente del malestar emocional de las mujeres-madre. La adicción se constituye como una forma cultural de defensa ante las presiones ejercidas por la misma cultura. La sustancia adictiva es un sustituto que llena el vacío de la vida, la carencia evita la sensación de incompletud, reconocimiento del fracaso, impide la movilización para cambiar, anestesia contra el dolor y el miedo y mantiene a las mujeres reproduciendo la desolación (Lagarde, 1993). “Locas” para terminar son todas las mujeres-madre pues han perdido la identidad y los intereses personales en función de los otros, porque no son capaces de ganarse la vida, de mantener relaciones sociales significativas, porque dependen económica, social y psicológicamente de los demás, porque no son autónomas. Y un adulto “sano” debe ser capaz de mantenerse a sí mismo, obtener satisfacciones laborales y/o profesionales, vivir con otros y mantener relaciones con los demás. Y la gran mayoría de las mujeres-madres son incapaces de hacer esto.

5.3 En el camino de una nueva identidad femenina ¿maternizarse a sí misma o apoyarse en la niña interior?

En las sociedades actuales han ocurrido cambios económicos, jurídicos, políticos, científicos y culturales, los cuales han afectado a la sociedad en su conjunto, lo mismo que el contenido de la feminidad y la maternidad. Al aparecer nuevas formas de identidad femenina que involucran la maternidad como opción ya no como destino.

En los albores de la rebelión feminista se construyó el mito de que era necesario cambiar el mundo para erradicar la opresión de las mujeres. Considerando que la opresión era algo impuesto y separable de la condición de mujer, si bien no se implicaba que sociedad y feminidad estuvieran relacionadas dialécticamente, por primera vez se concebía a las mujeres como seres históricos. Como seres positivos y no como la encarnación de los males y carencias de la humanidad (Lagarde, 1993).

En el feminismo contemporáneo se asume que la mujer es la síntesis histórica de sus determinaciones sociales y culturales, de sus condiciones específicas y concretas. Así la mujer no es un hecho de la naturaleza y el contenido de su feminidad puede modificarse en función a los cambios de la sociedad. La mujer nueva no cuenta con las experiencias de sus antecesoras, madres, abuelas, etc; ni un ejemplo a seguir en la nueva vivencia de la feminidad. Esta mujer vive un momento histórico peculiar donde una nueva realidad se construye día a día. La libertad respecto a los roles restrictivos del pasado y de los límites psicológicos que los roles imponían, abre la conciencia de las mujeres. Las empuja y presiona para ser y tener todo. La cultura patriarcal que sólo dispone de una forma aceptada de ser exitoso, de ser alguien: ser masculino aunque uno sea una mujer, presiona a las mujeres a adoptar el modelo masculino, despojándose de las preocupaciones e inquietudes de mujer, entre las cuales está la maternidad. Así muchas mujeres, incluidas las no feministas con razones libertarias y en la búsqueda de una nueva identidad, expulsan de sus vidas maternidad y conyugalidad. Como una forma de luchar contra las formas de coerción que quieren hacerlas cumplir con el estereotipo femenino. Cada vez más mujeres deciden no casarse, no tener hijos o tener pocos para acceder a formas de vida más deseables. Más mujeres se

esterilizan voluntariamente después de tener uno o dos hijos renunciando así voluntariamente a futuras maternidades.

La aceptación de la esterilidad y la soltería como opción positiva de una vida depende de los círculos particulares en los que las mujeres se desenvuelven. Tales opciones no son aceptadas en aquellos ambientes normados por la Iglesia y sus restricciones hacia la sexualidad. En ámbitos más liberales se reconocen conyugalidad y maternidad como trabas a la realización personal. Algunas mujeres deciden también ser cónyuges sin hijos o bien madres solas. Pudiendo optar, escoger, decidir sobre el control y el contenido de sus vidas. Al actuar con su voluntad sobre la realidad en cualquiera de los sentidos construye su ser social no enajenado. A pesar de esto, las disidentes de la feminidad son acechadas, señaladas y desvalorizadas por lo que no hacen. Ellas son exigidas por la fuerza de las cosas y políticamente por los otros y por el mundo patriarcal para que sean mujeres de y para los otros.

Muchas mujeres se enferman y narcotizan química e ideológicamente para evadir los hechos o conflictos que les genera la feminidad y dejar de hacer sus deberes, descuidándolos y no haciéndolos. Esta evasión de su feminidad no les permite construir exitosamente alternativas, salidas a la opresión y creación de experiencias positivas para las mujeres.

Al solucionar la relación con nuestras madres; tanto la persona real como las imágenes internas que hemos recolectado, es el primer paso a la creación de la identidad femenina distinta e independiente (Zweig, 1992) . Primero hay que hacer conscientes los aspectos de nosotras mismas que hemos absorbido de nuestras madres, tanto los rasgos creativos, positivos, útiles, como los rasgos “sombra”, los negativos que deben ser rechazados, tales como la dependencia hacia los hombres, el sentimiento de inseguridad, las adicciones. Al ser madres de nosotras mismas podemos otorgarnos aquello que nos faltó siendo niñas y que nutrirán y sostendrán nuestra evolución.

En el proceso de la construcción social de su identidad, las mujeres deben maternizarse (brindarse cuidados maternos) primero a sí misma y luego a los demás. En el proceso de superación de la dependencia vital de las mujeres hacia

otros (estado infantil permanente y desprotección) es necesaria la construcción objetiva y simbólica de una madre interior en la subjetividad de cada una. La cual habrá de nutrirse de la capacidad de las mujeres de cuidar, mantener y trabajar aplicada hacia ellas mismas a fin de transformarse en seres adultos, autónomos e independientes. Las mujeres siempre trabajan; dentro y fuera del hogar, con trabajo remunerado o no, para otros o para sí misma, siempre lo hacen, es una de sus cualidades genéricas.

Las mujeres requieren de otras mujeres para obtener afectiva y materialmente los cuidados que requieren y no recibieron, primero de su madre y luego de los hombres. Es necesario promover y fortalecer la relación entre las mujeres a fin de superar la escisión del género, colectivizar las vivencias y apoyarse unas a otras. Al identificarse con otras mujeres, se superará la competencia, la envidia, la enemistad histórica. El fortalecimiento de la identidad intragenérica es la vía para superar la división genérica y enfrentar aliadas la esquizofrenia y la neurosis inevitables producto de la doble jornada. Las mujeres requieren transformarse en seres dispuestos a creer en sí mismas y su fuerza, en lugar de creer en los demás, el destino y lo sobrenatural (Lagarde, 1993). Al ser madres unas de otras, o bien de nosotras mismas podemos proporcionarnos aquello de lo que carecimos y aún carecemos. Buscando una relación con una madre suplente; abuela, amiga, psicoterapeuta, consejera, con grupos de mujeres o nosotras mismas, contaremos con una madre interior en vez de ser hijas sin madre, sólo de ese modo dejarán las mujeres de relacionarse con otros en la búsqueda de consolar su orfandad y resarcirse por pérdidas pasadas. Si se han vivido maltratos o carencias de cariño en la infancia, hay que auto-brindarse cuidados maternos; aceptando que la madre hizo lo mejor que pudo. Que al ser ella también una víctima del poder patriarcal, no pudo proporcionar un modelo aceptable de feminidad. Que el pasado no puede cambiarse, hay que reconocerlo, externar la rabia, perdonar y tomar la responsabilidad de una misma, de la propia vida.

En la búsqueda de una nueva identidad femenina es necesario que las mujeres acepten su diferencia respecto a los hombres en lugar de identificarse con ellos, imitarlos o competir. Encontrar su fuerza, sus objetivos y su posición femenina. Incorporando todos los matices y colores en lugar de los sistemas blanco y negro (Whitmont 1992, citado en Zweig 1992). En la nueva feminidad se valora lo

espiritual, lo sensual, lo intangible, lo concreto, lo práctico, lo idealista. No limitando lo femenino a lo materno sino expresando su potencial creativo a través del trabajo, la actividad, la transformación.

Un modelo interesante y básico para el desarrollo de nuestra propia identidad consiste en descubrir y traer a la vida a la niña que todas tenemos en el interior, en su etapa de 8 a 10 años. Antes de la pubertad, cuando se le cultivan los dones sociales, se le enfatiza el mandato femenino de cuidar a otros, se le encamina a la sumisión, se le va modelando de acuerdo a las expectativas y opiniones de otros para que en lugar de centrarse en sí misma intente agradar a los demás. Antes de ese momento, ella es espontánea, animosa, satisfecha, es ella misma, activa, aventurera, curiosa, sus elecciones no implican pérdidas puesto que su experiencia abarca los contrarios: trabajo-juego, independencia-dependencia, experiencias y actividades masculinas y femeninas(Zweig, 1992).

5.4 Mujeres y hombres ante una nueva feminidad-masculinidad

La sociedad en que vivimos ha polarizado las cosas de tal manera que cada género es irreductible en el otro. Sus diferencias sociales son elaboradas subjetivamente como excluyentes y antagónicas por naturaleza. El ser hombre o mujer constituye un diferente método de conocimiento y una distinta manera de captar la realidad e interpretarla por lo que los dos géneros no entran en contacto con la misma realidad ni la asimilan de la misma forma.

Existe en la sociedad actual la creencia de que si se realizaran funciones, actividades y trabajos específicos del género contrario; o bien se mantienen relaciones, se tienen comportamientos, sentimientos y actitudes del género contrario, los sujetos abandonan su género y por "contagio" se convierten en el opuesto. Lo cual es equívoco. No es así como se dan los cambios genéricos; los cuales pueden ir en muchas direcciones y desembocar en condiciones, inimaginadas, tales como la modificación o desaparición de las existentes o bien el surgimiento de nuevas categorías genéricas. A pesar de esto, a los hombres que hacen cosas de mujeres se les considera mujeres y se les nombra peyorativamente: mujercitas, maricones, mandilones, hombresç-madre. A las mujeres autónomas o que exhiben comportamiento masculinos se les considera

machorras o marimachos.

Los hombres no han reflexionado nunca sobre su identidad genérica porque no la separan de la identidad de la humanidad y dado que tienen poder, superioridad y otras ventajas no existe un discurso sobre la condición masculina (Lagarde, 1993).

En la actualidad las mujeres emprenden nuevas actividades, relaciones, comportamientos. Trabajan por partida doble, tienen una doble vida, deciden sobre su erotismo y su maternidad. Están cambiando su identidad de género, mas para lograrlo requieren de hombres que también cambien: como género y como sujetos particulares. Que se transformen de dueños, amos, príncipes, dioses y enemigos, en posibles interlocutores, compañeros solidarios de trabajo y de vida. A pesar de los cambios, las mujeres continúan extendiendo formas serviles de madres y esposas, a espacios a los que no corresponden. O bien, hacen coexistir el servilismo con formas democráticas de relación y de comportamiento, como por ejemplo las derivadas del trabajo remunerado como el contrato, el salario, etc.

Ante los cambios de los dos géneros, los hombres perciben una crisis de la cual responsabilizan a las mujeres, la parte mala del universo. Cada hecho que modifique su vida, por ejemplo que la esposa tenga un trabajo remunerado fuera de la casa, es vivido como una pérdida, su esposa no estará a su disposición todo el tiempo ni va a seguir atendéndolo como rey, como la imposición de la carga de realizar actividades (trabajo doméstico y cuidado de los niños) de los que siempre ha estado exento, de las que siempre se ha aprovechado y que siempre ha despreciado pues las considera naturalmente femeninos. Lo que siempre había considerado como "cosas de mujeres" se convierte en trabajo cuando lo realizan los hombres y se reconoce que cuesta trabajo. El duelo que experimentan los hombres en estas circunstancias es triple. Primero, porque tienen que hacer un trabajo extra no incluido en sus intereses y que no desean hacer. Además, es un trabajo que desprecian y cuya carga valorativa es inferior. Por último porque se ven presionados a realizarlo por las mujeres: son sometidos por seres inferiores. Los hombres que aceptan cooperar en el trabajo doméstico y los trabajos de la maternidad, lo hacen para mantener o intentar mantener el status quo. Al hacerlo se sienten héroes, seres benévolos, magnánimos, y exigen de las mujeres gratitud y reconocimiento por sus esfuerzos. Si bien llevan acabo esas tareas de manera

esporádica, no con la frecuencia que es necesaria.

La realidad es que muy pocos de los otros están dispuestos a dejar de ser cuidados maternalmente por las mujeres. No desean abandonar su posición infantil, ni su poderío. No están dispuestos a cuidar maternalmente de las mujeres, ni a dejar que ella cuiden de sí mismas. No desean que ellas los descuiden y utilicen su energía, tiempo y espacio para sí. Sin embargo, en muchos ámbitos ya no hay regreso, las mujeres están cambiando y presionando a los hombres adultos para que cambien, comenzando a educar y a socializar a hijos e hijas de una manera diferente, más igualitaria.

5.5 Conclusiones

Los contenidos de nuestra esencia femenina han sido adquiridos culturalmente, por un proceso tan continuo e insidioso que nos los ha tatuado de manera tan profunda y permanente que generalmente pensamos que nos fueron transmitidos genéticamente. Es decir los tenemos tan asimilados que no podemos separar de nuestra naturaleza aquello que aprendimos, de lo que fuimos dotados por herencia.

Hay cuestiones cuya naturaleza histórico-social ha quedado más que establecida y comprobada. El instinto maternal, ni es instinto ni existe evidencia que compruebe su existencia. Más bien es una forma de control ideológico del sistema patriarcal, para legitimar y dar validez al hecho de la maternidad como destino único e idealizado para la realización plena de la naturaleza femenina. La maternidad como destino es un imperativo social, no implícito en la naturaleza femenina. La Maternidad como tarea exclusiva de las mujeres también obedece a motivos culturales. Ni todas las mujeres tienen gusto, inclinación o habilidades para cuidar o educar a los niños; ni todos los hombres carecen de ellos. Es cierto, sólo las mujeres pueden concebir, gestar, parir y amamantar, por cuestiones netamente biológicas. Pero también es cierto que los hombres están capacitados para alimentar a los bebés y niños, cuidarlos, atenderlos, cambiar pañales, jugar con ellos, etc; verdadero es también el hecho, de que muchos hombres disfrutaban esas tareas. Otra verdad del tamaño del mundo consiste en que los niños requieren contacto con miembros de los dos géneros a fin de tener una identidad

mejor estructurada y una visión e interpretación del mundo lo más completa y realista que sea posible. En tanto seres humanos con características personales que derivan de las condiciones históricas de la sociedad en que el individuo se desarrolla; lo mismo que de su propia historia como persona no es posible generalizar. Así el amor maternal en cuanto sentimiento es variable y contingente. No es condición universal de las mujeres y exclusivo de ellas.

La tendencia actual nace de la voluntad y la presión femenina que quiere compartir con los hombres el universo, el mundo, la vida, el trabajo, el cuidado y la relación con los hijos. Para transformar juntos la condición humana. Enriquecerla, complementarla. Usar la perspectiva de género para describir cómo opera la simbolización de las diferencias sexuales en las prácticas, discursos y representaciones sexistas y homófobas. A fin de evitarlas y construir una sociedad más tolerante con diversas formas de vivir su identidad y práctica sexuales. Donde haya un espacio de expresión y de respeto para todas las tonalidades del gris, donde se acepte que la división en términos binarios deja muchas variables fuera.

Es muy importante educar a los niños de los dos géneros como miembros del género humano, con las mismas oportunidades y obligaciones. Aceptando y asumiendo las diferencias entre los géneros como diferencias que se complementan; no como una desigualdad jerárquica o insuficiencia. Mientras se les siga tratando y socializando jerárquica y diferencialmente, persistirá el dominio y la sumisión, se reproducirán las mismas desigualdades que hasta ahora y no se reconocerá el potencial de trabajo, de energía, de recursos, de creatividad, de inteligencia, etc que poseen y pueden aportar las mujeres. No hay sistema ni sociedad que pueda permitirse desperdiciar o prescindir del potencial ni de las capacidades de la mitad de sus miembros.

Las mujeres tienen mucho que aportar como personas. Además en la medida que se desarrollen más plenamente como seres humanos serán mejores madres; capaces de enriquecer verdaderamente la vida de nuestros hijos. Al ser personas independientes, con intereses y actividades propias, con satisfacciones y ambiciones propias, mejores personas y mejores modelos de vida y de género. Capaces de vivir en una cultura sin género, no imitando o parodiando a los hombres, siguiendo un modelo andrógino. Sino conociendo, explorando y

explotando sus capacidades más plenamente. Asumiendo la maternidad como opción, no como obligación. Como oportunidad, no como condena. Al elegir la maternidad de manera consciente y voluntaria serán más capaces de disfrutarla, en lugar de padecerla. Como mujeres y como madres reproducimos la cultura, producimos los cambios y la transformamos. Así que es la mujer, la que presiona y modifica la Historia a fin de brindar más y mejores oportunidades a todos los miembros del género humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Badinter, E. (1981) **¿Existe el amor maternal?** Barcelona, España: Paidós/Pomaire.
- Bazan, G., Cruz A.& Muñoz V. (1998) **Concepto de la Paternidad y Maternidad en adolescentes estudiantes: Un análisis de redes semánticas.** Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México. Campus Iztacala, Tlalnepantla, Edo. de Mex., México.
- Borysenko, J. (1998) **MUJERES: Cómo alcanzar la plenitud a cualquier edad.** Barcelona , España: Ediciones Martínez Roca
- Conway, T., Cherrin, S. (1998) **Women, Families and Feminist Politics: A Global Explanation.** New York : Haworth Press.
- De Beauvoir, S. (1949) **El Segundo Sexo.** Buenos Aires:Sudamericana.
- Debold, E., Wilson, M., Malavé, I. (1993) **La revolución en las relaciones madre-hija.** Barcelona: Paidós.
- Echavarrí, N.y Miranda, N. (1997) **Aspectos Socioculturales en la Confirmación Sentimental de la Mujer.** Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México. Campus Iztacala, Tlalnepantla Edo. de México.
- Friday, N. (1994) **Mi madre/ Yo misma.** México: Colofón .
- Griffiths, M. (1995) **Feminism and the Self: The Web of Identity.** New York: Routledge Press.
- Herrero, G. (1998) **De la Domesticación a la Educación de las Mexicanas.** México: Torres Asociados.

- Hickman,H., Tena,O y Plancarte,P.(2001) **El Proceso de investigación: Volumen V: El reporte final.** Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Dirección General de Actualización al Personal Académico. Edo. De México,México.
- Joseph, P. y Miller, A. (1990) **Gender and Power in Families.**New York: Tavistock/Routledge.
- Kniebiehler, Y. (2001) **Historia de las madres y la maternidad en Occidente.** Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lagarde y Del Río, M. (1993) **Los Cautiverios de las mujeres: Madres, esposas, monjas, putas, presas y locas.** Universidad Nacional Autónoma de México. Colección Posgrado. México.
- Lamas, M. (Eds.)(1996) **El Género: La Construcción Cultural de la Diferencia Sexual.** México: Porrúa.
- León, D.M. (2001) **Rol que está asumiendo la mujer del siglo XXI al no elegir la maternidad como una forma de vida.** Tesis de Licenciatura . Universidad Nacional Autónoma de México. Campus Iztacala, Tlalnepantla ,Edo. de Mex.,
- Marcucetti,C.(2003) **Lotería: Historias de las rifas diarias.** México : Diana.
- Marone, N. (1999) **De tal madre tal hija: El nuevo rol de la madre en la educación de su hija.** Barcelona: Atlántida.
- Martínez, D., González, M. Y Galván, Ch. (1998) **Los mitos machistas hacia la mujer como facilitadores de la violencia: Propuesta de un Inventario de Detección.** Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México. Campus Iztacala, Edo. de Mex., México.
- Schmuckler, B. (Ed.) (1998) **Familias y Relaciones de Género en Transformación.** México: EDAMEX.
- Selby, H.A. (1991) **La familia en el México Urbano: Mecanismos de defensa frente a**

la crisis (1978-1992). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Zweig, C. (eds.) (1992) **Ser mujer**. Barcelona: Kairos,

Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Estudios Superiores Iztacala
(2003) **Manual de Titulación: Carrera de Psicología**. Edo. De México, México.